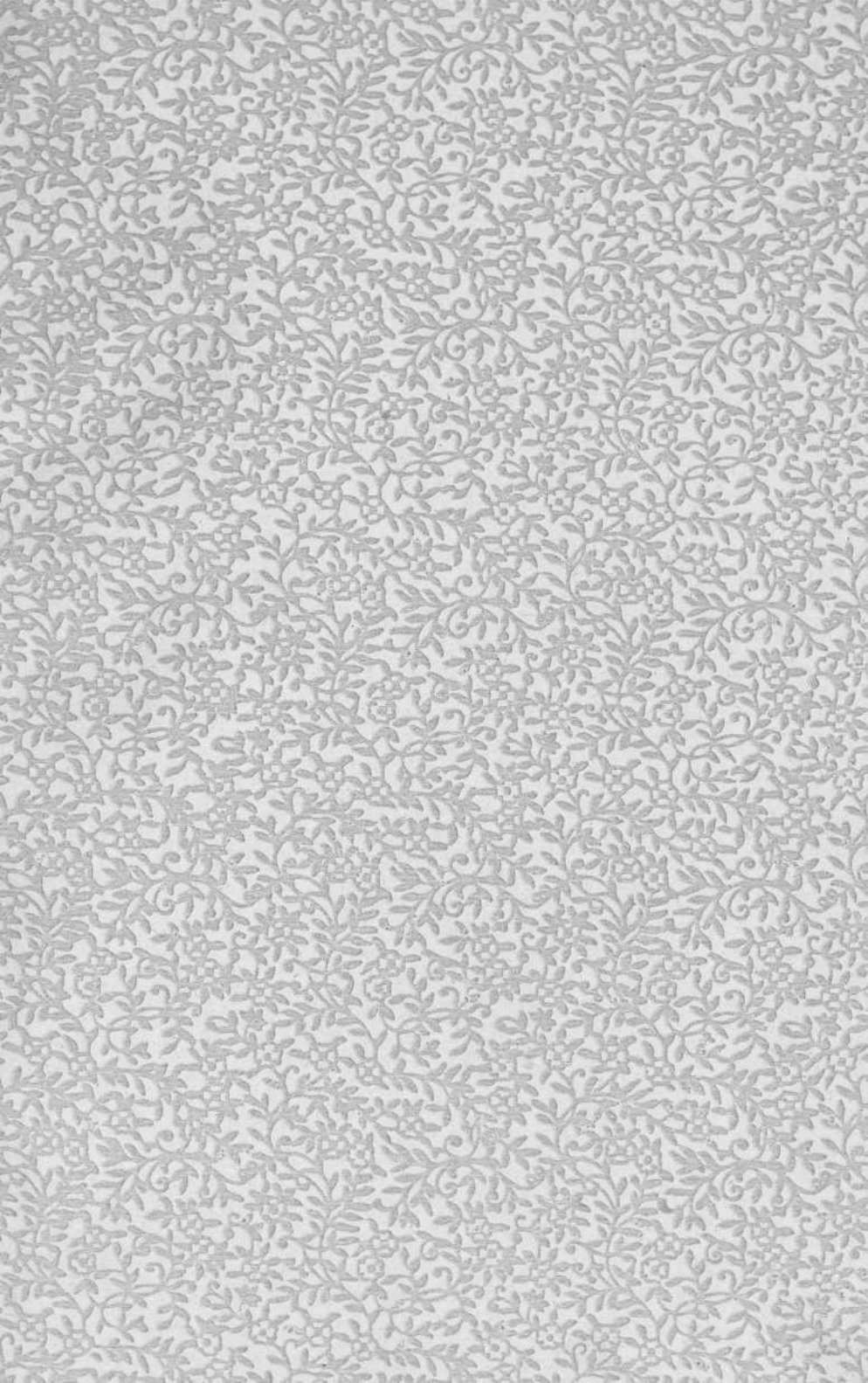


3.







EL SEÑOR DE SAN JUAN

ESTUDIO CRÍTICO-LITERARIO

DE JOSÉ MARÍA VILLALBA

ESTUDIO CRÍTICO-LITERARIO

EL SEÑOR DE SAN JUAN

MADRID

LIBRERÍA DE LA UNIVERSIDAD

CALLE DE LAS ANIMAS, 13

1907

FR. JERÓNIMO DE SAN JOSÉ



ESTUDIO CRÍTICO-LITERARIO

POR EL DOCTOR

D. JOSÉ IGNACIO VALENTÍ

ARTÍCULOS PUBLICADOS

EN

EL MONTE CARMELO



MADRID
IMPRESA DE LUIS AGUADO

Calle de Pontejos, núm. 8.

1901



FR. JERÓNIMO DE SAN JOSÉ

ESTUDIO CRÍTICO-LITERARIO

INTRODUCCIÓN

QUIEN de amante de las glorias religiosas y literarias de nuestra patria se precie, no podrá menos de celebrar alborozado las que en copioso número esmaltan y decoran el venerando suelo de Aragón.

Ese reino, cierto, ha logrado la fortuna de ser mejor conocido que ninguna otra región de España, así en su historia como en sus instituciones: pocas serán las que puedan ostentar un archivo tan completo como el de aquella inmortal *corona*, y una serie tan brillante de cronistas como el sabio Zurita, el patriota y celoso Blancas y el elegante y sesudo Bartolomé Leonardo de Argensola; y más contadas serán las que, en la esfera eclesiástica y en sus varias ramificaciones, cuenten con historiadores tan eruditos y circunspectos como los preclaros hijos de la Orden Capuchina Fr. Lamberto de Zaragoza y Fr. Ramón de Huesca, que florecieron en la pasada centuria. Siempre será digno de consulta é investigación el *teatro histórico* de la Iglesia aragonesa, de aquella Iglesia celeberrima por la memoria de sus varones ilustres, y en cuyo seno florecieron San Lorenzo y San Vicente, los levitas más famosos de la Iglesia latina.

Justo es, pues, que á hacer más simpático y popular, si cabe, el nombre venerando de Aragón — aun con ser tan conocidas é ilustradas la historia y las instituciones de ese reino sin par en los anales de España — se consagre el ingenio de los artistas, literatos y hombres de ciencia, y en que antes agotará éste sus recursos que faltar materia para loar y enaltecer. También yo, desmedrado, sí, de in-

genio y ayuno de saber, pero entusiasta por el honor y prestigio del suelo aragonés y muy en particular por el de la rica perla engastada en esa inmortal corona, la invicta Zaragoza, cuyo solo nombre llena de gratísima emoción á todo pecho español, también yo, digo, quiero celebrar la grandeza de Aragón y quilatar los merecimientos de uno de sus hijos más ilustres.

Antes, empero, que corra la pluma para dar cima á esa tarea, ensalce mi labio á ti ¡oh ilustre *Cesaraugusta!* ¡Salve, ciudad afortunada, que te asientas en un horizonte tan dilatado como en historia, monótono en su verdura y solitario en su misma extensión, cercada de álamos piramidales que, á modo de cipreses, parecen guiar á un fúnebre monumento, en el confluente de tres ríos confundidos al pie de tus muros, como los reinos bajo el cetro de sus soberanos! ¡De tus hombros cuelga el manto imperial, monumento de tu fundador; á tus pies yace la mitra veneranda de los Braulios y Valerios, junto al turbante de tus quejes árabes; los trofeos y las coronas de los reyes de Aragón al lado de la rasgada toga del Justicia; y, orladas tus sienas recientemente con el sangriento y chamuscado laurel de la independendencia, te recuestas en el sagrado Pilar, en el cual cifraste desde el origen del Cristianismo tu gloria y tu conservación! (1). ¡Salve, oh Zaragoza, consagrada por el intrépido y valeroso Vicente, diácono y tesorero de la Iglesia de Roma, que alcanzó la palma en la octava persecución imperando Valeriano, mereciendo tener por cantores á los poetas Prudencio y San Eugenio, por panegirista á San Agustín y por cronista á San Isidoro; y consagrada igualmente por el martirio de la alcorniada doncella Engracia y de sus diez y ocho compañeros y por la multitud innumerable de hombres y mujeres, ancianos y niños, pérfidamente alanceados á las puertas por donde salían para el destierro, y cuyas cenizas, juntadas bárbaramente con las de otros malhechores, aparecieron por milagro formando *blancas masas* que fueron depositadas en la célebre basílica de Santa Engracia, la basílica más antigua que aun nos queda de la España romana! (2).

(1) D. JOSÉ MARÍA QUADRADO. *Recuerdos y Bellezas de España. Aragón.*

(2) Por real orden de 4 de Marzo de 1882 fué declarado monumento nacional histórico y artístico la iglesia de Santa Engracia de Zaragoza. En el informe de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando se lee lo siguiente: «El Monasterio de los *Santos Masos*, por otro nombre de los *Santos Mártires* y de *Santa Engracia*, es, en efecto, uno de los más insignes de nuestra época cristiana primitiva: la historia y el arte hacen de él una de sus más valiosas joyas. La discreta comunica-

¡Salve, Zaragoza, inmortalizada por los viriles acentos de Aurelio Prudencio, «poeta lírico, el más inspirado que vió el mundo latino después de Horacio y antes de Dante» (1), y por las grandes virtudes de tus obispos Máximo, Braulio y Tajón, el *Maestro de las Sentencias*, maestro y predecesor de Pedro Lombardo, á quien mejor que al último compete la primacía en este género de enseñanza teológica! ¡Salve, oh Zaragoza, en cuyo seno se congregaron tres memorables Concilios á fines del siglo IV, VI y VII, ora para fulminar el primer anatema contra los errores del seductor Prisciliano, ora para abrir un religioso asilo á las viudas de los monarcas; concilios que dieron nueva autoridad á aquella Iglesia, esclarecida desde el principio entre las más ilustres de España! ¡Salve, y mil veces Salve, tú que diste el ser y la vida á aquella cohorte de esclarecidos ingenios, luz y ornamento de la patria, que se llaman Samuel Tajón, el verdadero padre de la Teología escolástica reducida á método; Jerónimo Zurita, primer cronista del reino de Aragón; Antonio Agustín, insigne en Arqueología y Numismática; José Pellicer, tan diligente bibliógrafo como docto humanista; y, en tiempos más recientes, Olivares y Comín, sabios jurisconsultos, y Blasco, varón eruditísimo, que ha enriquecido á España con notables producciones históricas y literarias!

En esa lucida falanje de escritores aragoneses, aunque no hijo de la inmortal Zaragoza, si bien nacido en la provincia de este nombre, figura un varón ilustre que juntó en sí toda clase de erudición y doctrina, vertidas pródigamente en multitud de obras: discípulo predilecto de Bartolomé Leonardo de Argensola y biógrafo de San Juan de la Cruz. Me refiero á FR. JERÓNIMO DE SAN JOSÉ, gloria de la Descalcez Carmelitana y eximio legislador literario que sentó las bases y formuló las leyes sobre que se ha de cimentar y con que se ha de regir la Historia, al escribir aquella obra peregrina, joya inapreciable de nuestra literatura, no tan conocida como debiera serlo, y que se designa con el nombre de *Genio de la Historia*.

ción del digno prelado de Huesca demuestra hasta qué punto es una verdadera deuda nacional la reedificación de aquel famoso monumento. Parecerá á primera vista extraño que sea el obispo oscense el que la reclame; la Academia, sin embargo, recuerda que ese Monasterio de los *Santos Masos* fué cedido por el obispo de Zaragoza al de Huesca en el Concilio de Jaca el año 1063, y que esta donación fué confirmada en 1121, después de conquistada la capital de Aragón».

(1) VILLEMMAIN. Trae esa cita el clarísimo Menéndez y Pelayo en su monumental *Historia de los Heterodoxos españoles*. Tomo 1, cap. 11, § 9, pág. 154.

Bosquejar la fisonomía moral y literaria del eximio carmelita aragonés, y señalar de un modo particular las excelencias y primores de aquella producción, como, aunque más á la ligera, los de la *Vida de San Juan de la Cruz*, debida igualmente á la pluma de Fray Jerónimo, tales son mis propósitos. Duéleme, empero, que la poca maña y destreza en la ejecución disten mucho del ardoroso y entusiasta deseo que me anima de salir airoso y lucido.

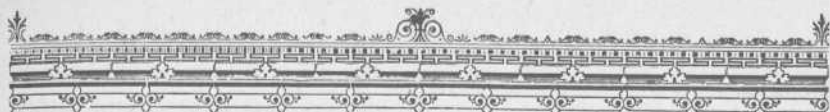
Y, señalando más al pormenor aquellos propósitos, trazaré:

1.º La Biografía de Fr. Jerónimo de San José, con ligerísimas pinceladas, atendido á que son muy escasas las noticias que se tienen de este escritor.

2.º Formaré, como mejor sepa y entienda, la apología del *Genio de la Historia*, y entresacaré los trozos más selectos, quilatando en la balanza de la crítica sus bellezas doctrinales y literarias.

3.º Examinaré, aunque muy levemente, la otra producción, ó sea *Vida de San Juan de la Cruz*, transcribiendo y juzgando los trozos que considero de más substancia y miga, ya que, á mi humilde entender, alcanzó Fr. Jerónimo en su obra la palma clásica que en este género alcanzaron Sigüenza, Yepes, Rivadeneyra y Nieremberg, los hagiógrafos insignes de la centuria dorada de nuestras letras.





I

NACIÓ Fr. Jerónimo de San José (en el siglo Jerónimo Ezquer-
rra de Rozas) en la villa de Mallén, provincia de Zaragoza,
á fines del siglo xvi. Era hermano del Dr. D. Martín Hernando Ez-
querria de Rozas, regente del Supremo Consejo de Aragón. Muy re-
traído anduvo el mozo de placeres y recreos de los sentidos, afa-
noso siempre de compartir el tiempo entre la piedad y el estudio.
De ahí sus ansias crecientes por cobijarse pronto á la sombra rega-
lada del claustro que da vida, frescor y lozanía á los ánimos juve-
niles bien dispuestos, comunicando alteza y rectitud en los pensa-
mientos, concierto y armonía en los afectos. ¿En qué sagrada mi-
licia se alistará, empero, el virtuoso adolescente? Rogaba el devoto
mancebo de continuo con fervorosas ansias al Señor que fuese ser-
vido de encaminarle al estado de vida religiosa que más le hubiese
de agradar, resignando en el gusto y beneplácito divino toda su vo-
luntad y poniendo en las segurísimas manos de Dios, como dice el
Salmista, sus tiempos y sus suertes (1). Inspiróle el Señor que abra-
zara el Instituto carmelita reformado, al cual se dirigían ya sus
anhelos, considerando que esta sagrada Orden tenía por protectora
y, más todavía, por Madre á la misma Soberana del Cielo y de la
Tierra, la Virgen María, á la cual, desde sus más tiernos años, pro-
fesaba singular y cordialísima devoción. Y crecía más su anhelo de
ser carmelita al juntar con su amor á la Señora el que profesaba á
aquellas dos lumbreras del misticismo, gloria perdurable de la na-
ción española, Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

Vistió, pues, Fr. Jerónimo el hábito de carmelita descalzo, gos-
tando más de andar cubierto con él que de empuñar cetro de oro y
ceñir regia diadema. Amigo, por extremo, del retiro y la soledad,

(1) *In manibus tuis sortes meae.* Salmo xxx, 16.

gustaba de vivir sólo para Dios y sus libros, y allí se recreaba como en el más fino y regalado objeto de sus amores. Era sencillo como una paloma, ajeno de toda malicia, recatado y comedido en sus palabras y acciones é imitador de la condición angélica por su pureza y castidad. No se vió nunca en él el más leve movimiento de impaciencia; su hablar reflejaba siempre la paz y sosiego de su espíritu. Era este hablar instructivo y edificante, oliendo siempre al licor divino del vaso y á lo que traía dentro. Parecía un infante recién nacido, ¡tan fajado y envuelto andaba con estas dos vendas de humildad y obediencia, así en la casa de sus padres como en el claustro! Se ostentó siempre reflejando las dotes de esa niñez espiritual, tan recomendada por Cristo y á la cual vincula la privanza y valimiento en su reino y hace heredera de los tesoros amplísimos de su munificencia divina. Anhelaba, además, sacar pingüe rédito de su vivir, y de ahí el afán de traer muy guardados sus sentidos, ventanas por donde se asoma el alma, y en evitar toda distracción é inútil plática, puertas por donde se desliza el tiempo sin sentirlo, recurso expedito para desperdiciar y consumir tan precioso don.

Con veloz carrera recorrió el dilatado campo de la Teología, de la Filosofía y de la Jurisprudencia civil y canónica; señoreólo todo cuan vasto es, llegando á ser consumado maestro en dichas ciencias. Y no menos que en ellas adquirió grandes conocimientos en arqueología é historia, y en la literatura clásica, griega y latina. Los Superiores de la Orden, huelga decirlo, querían entrañablemente á Fr. Jerónimo, prendados y cautivos de sus grandes letras y virtudes.

En atención á unas y otras, y deseando que de las mismas recibiera luz y norma de vida el Instituto carmelitano, le hicieron ascender aquellos dignos Superiores á los primeros puestos de la Orden. Fué investido Fr. Jerónimo con el alto cargo prioral, que ejerció en el convento de Gerona, y luego con el no menos importante y delicado de Definidor de la provincia de Aragón. Es por demás encarecer el celo y puntualidad con que los desempeñó, granjeándose la simpatía y aplauso de todos; y con ese celo y puntualidad sirvió más tarde el otro honrosísimo cargo de cronista general de la Orden.

Al humilde carmelita, empero, amigo de esconderse y vivir á solas con Dios y entre sus libros, le cautivaban y enamoraban más las dulzuras de la celda que los esplendores de altos puestos; de suerte que, creciendo la desgana de éstos y el hambre de aquélla, pronto hubieron de advertirlo los Superiores y le mandaron al con-

vento de San José de Zaragoza. Gozó aquí lo que no es decible, cobrando alas su deseo de vida austera y contemplativa, y de mayor trato y comunicación con Dios y sus amados libros. La celdilla era para él todo su tesoro, que beneficiaba largamente para sí y para los otros. Avaro y circunspecto, si cabe, más que antes, se mostró en el uso del tiempo, hurtándolo á toda recreación y vagar y consagrándolo sin reserva á Dios y al estudio. Vivía en estado de cisma y guerra interior, mortificando y circuncidando todas las aficiones de carne y sangre, con lo cual se le mecía el alma en un océano de paz y bienandanza. Tenía la sencillez de la paloma y la mansedumbre del cordero, y gustaba de ataviarse con el manto de la pobreza, enamorado de los ejemplos del Dios del Pesebre y de la Cruz.

¿Qué mucho, empero, ofreciera tan gallardas muestras de santidad quien nutría cotidianamente su espíritu con las enseñanzas de San Agustín, el gran maestro de la sabiduría cristiana, y hacía perenne objeto de meditación y estudio los pensamientos que bullían en aquel cerebro prócer, y los afectos que agitaban el corazón más grande y hermoso que en pecho humano latió? ¿Qué mucho fuera tan esclarecido en letras y virtudes quien apacentaba de continuo su espíritu en las celestiales producciones de Santa Teresa y San Juan de la Cruz? A esas glorias nacionales, con tales nombres designadas, rindió siempre Fr. Jerónimo el tributo entusiasta de su admiración y cariño, trabajando sin cesar por sublimarlas y engrandecerlas. Y de esa comunicación con espíritus tan excelsos recibió el suyo grandes medros y quilates, así por lo que toca á la vida sobrenatural como literaria.

Enamorado, sobre todo, Fr. Jerónimo del hijo de Gonzalo de Yepes y Catalina Álvarez, del huérfano de Fontiveros, del pobre enfermero del hospital de Medina, del primer carmelita descalzo de la Reforma, del compañero y amigo de Santa Teresa, del asceta penitente de Duruelo, del apóstol y misionero de los pueblos de Castilla, del religioso ejemplar, prodigio de todas las virtudes, austeridades y heroísmo, del más original, elevado y profundo de los místicos, no ya de España, sino del mundo, creador con el Maestro Ávila de ese lenguaje místico, sin rival en nación alguna, propio, fluido, castizo, elegante, grave y espléndido, que pulió y sublimó, con los acentos de su grandilocuente y avasalladora palabra, el inmortal Fr. Luis de Granada; de ese esclarecidísimo varón que, después de tres siglos, atrae y hechiza, embelesa y arrebatada con los soberanos encantos de su fisonomía moral y literaria; enamorado,

digo, Fr. Jerónimo de San Juan de la Cruz, quiso demostrarle la afición y particular estima que le tenía, y refirió en clásico y elegante estilo los hechos todos de su vida.

En plácida quietud y sosiego corrieron los años postreros de la vida de Fr. Jerónimo, metido allá en su escondida celda del convento de San José de Zaragoza, procurando afinar el oro de sus virtudes y recoger pingüe cosecha de frutos intelectuales, hasta que, coronado de merecimientos, durmióse en el Señor el 18 de Octubre de 1654, dejando á sus hermanos el rico tesoro de sus ejemplos, de sus virtudes y de sus libros.

Además del *Genio de la Historia*, su obra maestra, y de la *Vida de San Juan de la Cruz*, que merece con todo rigor el dictado de clásica, producciones de las cuales daré cumplida noticia, escribió Fr. Jerónimo otros trabajos de menor cuantía, los cuales me duele mucho no poder examinar, como sería mi deseo, por el temor de ser prolijo. Aquellas dos obras, empero, son las que han conquistado á Fr. Jerónimo la nombradía, mereciéndole un puesto honrosísimo en la historia de las letras españolas.

Entre los trabajos de menor importancia á que he aludido, merecen señalarse: *Historia del Carmen descalzo*, la cual dejó de publicarse; *Flor del Carmelo antiguo y renovado*, donde se trata de su excelencia y perfección, y de los medios para alcanzarla (manuscrito en 4.º que poseyó el Dr. D. José Sanz de Larrea); *Basílica de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza*, obra de mucho estudio y erudición, que costó á su autor diez años y quedó manuscrita en el convento de San José; *Vida del glorioso San José*, también manuscrita en ese convento; *Vida del V. P. Fr. Antonio de Jesús*, uno de los primeros que se descalzaron en Duruelo y primer prelado de la Reforma carmelitana (manuscrito igualmente); *Vidas de veinte religiosas*, las primeras que profesaron en el convento de Ávila (manuscrito); *Vida de San Bertoldo*, primer General latino de la Orden del Carmen (en preparación); *Estímulo al Doctor Bartolomé Leonardo de Argensola*, persuadiéndole que publique sus escritos (manuscrito), y gran número de *Epístolas literarias* que, dada la cultura y erudición del autor, sería de seguro, si se publicaran, objeto de estima y veneración por parte de los doctos.

Cultivó también Fr. Jerónimo el género poético; y no podía menos de ser así, atesorando un ingenio tan culto y discreto y tan amigo de toda gracia y donosura en el lenguaje; y más si se tiene en cuenta que el regalado y suavísimo poeta San Juan de la Cruz era su autor predilecto, regulador constante de su vida intelectual y

moral, y que se bañaba perennemente su alma en las delicias de tan alta convivencia espiritual. Poeta fué Fr. Jerónimo y excelente poeta. Lástima que no se hayan divulgado sus versos para solaz de eruditos y regalo del alma piadosa. Un tomo intitulado *El Parnaso Español* existe en la Biblioteca Nacional, y el ya referido José Sanz de Larrea, docto jurisconsulto de Calatayud y canónigo después de la iglesia colegial de Santa María la Mayor de dicha ciudad, poseyó el original de gran número de poesías diferentes, versiones sagradas de himnos usados en el Breviario, de varias antífonas y de otros asuntos píos. Latassa, el sabio y laborioso bibliógrafo aragonés, hizo un compendio de esa que conceptúo elegante y amena colección poética, si bien no haya tenido el gusto de examinarla, á juzgar sólo por las ricas dotes naturales y brillante cultura literaria de su autor.





II

LA posteridad—y en especial el devoto de la cultura literaria—no dejará nunca de mostrarse agradecida al noble y patriótico intento del ilustre marqués de Torres (floreció á mediados del siglo XVII) en dar á luz el precioso manuscrito bautizado con el título de *Genio de la Historia*, que su autor, Fr. Jerónimo de San José, «menos codicioso en publicarle, le entregó manuscrito, para que, entre otros, le guardase» (1). Digna será siempre de particular estima y gratitud la conducta del alcorniado prócer por el señalado servicio que prestó, no ya á las letras españolas, sino á la misma Preceptiva literaria, la cual es, por igual, escuela de buen gusto para todas las naciones del mundo.

Si elogio, empero, merece el marqués de Torres por haber dado á luz obra de tanto mérito, lo merece todavía mayor, justo es decirlo, el que la escribió por haberse juzgado indigno de tamaña distinción, contentándose con que su *Genio* «ocupase privadamente un rincón» en la erudita y copiosa librería de aquel magnate; honra que le parecía muy sobrada á *ese papel* y á *esos borrones*, como decía él en su extremada humildad y llaneza (2).

Escribió Fr. Jerónimo el *Genio de la Historia* á instancias de su sobrino D. Jorge Ezquerria de Rozas, caballero de la Orden de Santiago y conservador del Real Patrimonio del reino de Sicilia, que pedía le hiciera algunas advertencias en orden á la Historia, así para conocerla y estimarla como también para, si se ofreciere oca-

(1) Dedicatoria del marqués de Torres al rey D. Felipe IV. — Para esta y las restantes citas me valgo de la edición del *Genio de la Historia*, publicada por la Biblioteca *La verdadera Ciencia española*.—Barcelona, Imp. Barcelonesa, 1886.

(2) Carta de Fr. Jerónimo al marqués de Torres. Anda inserta al principio del libro.

sión, escribirla; pareciéndole que, por haberse ejercitado en esa labor, tendría noticia de lo que generalmente pertenece á ella.

Aunque el humildísimo carmelita confiesa que, «tal cual es el empleo de la Historia, nunca me persuadí podía yo en él arrogarme el nombre de maestro para escribir arte ó proceptos de ella», y que «en este apuntamiento (así califica á su trabajo) nadie busque alguna perfecta arte de escribir Historia, que no ha sido ni es ése mi intento, ni, cuando lo fuera, se hallara en este escrito sino el dar á conocer lo más principal y propio de ella y declarar, si es lícito así decirlo, su genio, para que, conocido éste, no del todo se ignoren las obligaciones de su empleo» (1); aunque tal diga Fr. Jerónimo, á impulsos del bajo conocimiento que tenía de sí y de sus cosas, imitando en esto, como en lo demás, la suma abnegación y desnudez de espíritu de su amado Padre San Juan de la Cruz, fuerza es confesar que salió en extremo lucido y airoso de su empeño, mereciendo ser contado entre los más señalados preceptistas, si no el mayor, del arte histórico en España.

El doctísimo D. Bartolomé Leonardo de Argensola, en muchas cartas que escribió á Fr. Jerónimo, pondera el mérito y valía del *Genio*. En una, escrita á 12 de Diciembre de 1628, en Zaragoza, hablando de un fragmento del mismo, prorrumpe, con la elegancia que suele, en estas palabras: «Digo que, á mi parecer, abraza todos los requisitos y todos los peligros, con tanta diligencia y con tanta destreza, que ni Aristóteles, substancialísimo retórico, ni Quintiliano, maestro de advertencias discretas, pudieran añadir ni quitar una. Finalmente, haga V. P. cuenta que este discurso histórico le han hecho en Atenas y en Roma los mayores historiadores para lo que es: *Furare in verba Magistri*. Idem, si V. P. quiere convertirle en una Epístola para enseñar á escribir Historia, hágalo así y tendránle envidia Tácito y Tucídides» (2).

No comprendo cómo los historiadores de nuestra Literatura hayan dejado de enaltecer cual se merece joya de tal valía. No incurrió seguramente en esta falta Menéndez Pelayo, el apologista bizarrísimo de nuestra cultura nacional, en mal hora desconocida y ultrajada por los sabios de allende los Pirineos y, desgraciadamente, por muchos de casa; no: antes bien, en su maravillosa *Historia de las ideas estéticas en España*, hace el debido aprecio de Fr. Jeró-

(1) *Introducción del autor.*

(2) *Elogio al autor del Genio de la Historia* (puesto igualmente al frente del libro), por el Dr. Juan Francisco Andrés, cronista del reino de Aragón.

nimo y pone de relieve las excelencias y primores que abundan en la obra de tan insigne carmelita. Me limitaré ahora á decir que de *bellísimo* califica el rey de nuestros críticos y eruditos al *Genio de la Historia* (1).

Conviene, por tanto, que se haga detenido y minucioso examen del mismo, y se entresaquen trozos selectos, modelos de elegante y castiza locución española y ricos en preceptiva literaria, para que así sea mejor conocida la utilidad y transcendencia de esta obra, y honrada la memoria del varón insigne que la trazó.

Divide el autor su trabajo en tres partes: en la primera trata de la importancia, dignidad y naturaleza de la Historia; en la segunda, del método, estilo, igualdad y brevedad de la misma; y en la tercera, de algunos más principales requisitos del historiador.

PARTE PRIMERA

Comprende diez capítulos de sabrosa y nutritiva lectura. En los dos primeros estudia el autor los provechos y utilidades de la Historia. No es fácil tarea enumerar unos y otras, por ser en tanto número; además, son tan notorios, que parece cosa superflua el referirlos; no obstante, su transcendencia é importancia hace que más se declaren y encarezcan. «Es la Historia—dice Fr. Jerónimo, con el buen sentido que le caracteriza—una de las lecturas que más ordinaria y vulgarmente se traen entre manos, y por eso mismo una de las que menos se estiman como deben. Porque el ordinario uso de las cosas suele envilecerlas, aunque sean tan grandes y milagrosas como la gobernación y sustentación de todo el Universo por medio de la divina Providencia, como ya notó el gran juicio de Agustino» (2). De ahí que convenga renovar la memoria de esos provechos y utilidades, y más á los que dejan de cultivar tales estudios por desgana ú olvido.

El ejemplo tiene más irresistible fuerza que la palabra para mover al prójimo á abrazar la virtud y huir del vicio. Véase con qué perspicacia discurre Fr. Jerónimo: «El ejemplo, ora sea de la virtud loada y premiada, ora del vicio reprobado y castigado (cual debe solamente referirse en la Historia), siempre halló más grata y fácil

(1) Tomo II, vol. I, cap. IX, pág. 310.

(2) Cap. I, § 1.

acogida en los ánimos y obró con mayor imperio y fruto en ellos que la dulzura y majestad de palabras, por mucha fuerza que lleven y artificio, si va desnuda de la representación de acciones ejemplares, en que siempre, aunque solamente referidas, centellea viva la eficacia y poderío de la obra. Y aunque es así, que visto y (como dicen) tocado con las manos el suceso tiene más energía que oído ni leído, porque la presencia del objeto más viva y eficazmente imprime con su noticia la moción, pero ésta de ordinario se pasa y resfría presto y alcanza á muy pocos si no se aviva, perpetúa y hace universal por medio de la Historia» (1).

En hermosa síntesis, que subscribiría gustoso el gran Cicerón, recoge el autor los provechos de la Historia. «Ella, dice, es la que hace presente lo pasado, cercano lo distante, notorio lo secreto, perpetuo y casi eterno lo caduco, constante lo voluble, y la que ofrece á la vista muchas veces lo que se vió sola una vez y aun apenas alguna. Ella renueva lo viejo, acuerda lo olvidado, resucita lo difunto, y, con una casi divina virtud, restituye á las cosas su antigua forma y ser, dándoles otro modo de vida, no ya percedera, sino inmortal y perdurable. Ella, finalmente, como testigo de los tiempos, ciencia de los siglos, luz de la verdad, vida de la memoria, espuela de la virtud, archivo de la posteridad, monumento de la antigüedad, incentivo del valor, estímulo de la gloria, tesoro de la prudencia, oficina de las artes, teatro de las ciencias, madre de los aciertos y espejo limpio de las acciones y costumbres humanas, es la universal maestra de la vida. En su escuela se aprende la policía del gobierno, la observancia de la religión, la institución de la familia y la buena dirección de todos los estados. De aquí toma documentos la paz, esfuerzos la milicia, noticias el estudio, ejemplos el valor, y nuevos y mayores alientos la piedad» (2). Recoger debieran los escolares en el archivo de su memoria las ideas que encierra tan completa y luminosa síntesis, previa la declaración de un sabio profesor. ¿Sería posible no encariñarse con el estudio de la Historia que tan múltiples y valiosos frutos produce en todos los órdenes de la vida?

Con oportunos ejemplos, sacados de la Historia eclesiástica y profana, declara cumplidamente Fr. Jerónimo la nobleza y soberanía de la Historia para aficionar al hombre al bien y apartarle del mal. En ella, dice, «como en un limpio espejo, ven los buenos en las

(1) Cap. citado, § 3.

(2) Cap. citado, § 4.

ajenas virtudes dibujadas las suyas, y los malos en los ajenos vicios los suyos reprehendidos» (1).

Con sin igual bazaría y gentileza amplía todavía más esos conceptos discurriendo sobre las utilidades que se siguen del estudio de la Historia. «Todo lo que con tanto anhelo procuran, y en que sudan los mortales, se endereza ó debe enderezar á conseguir una vida feliz por medio de la virtud y del valor, para lo cual el arte, la experiencia, la peregrinación, el trato y comunicación con hombres sabios, la noticia de muchas cosas, la erudición en varias facultades, todo para esto ayuda y es menester; pero alcanzándose con suma dificultad algo de ello en la brevedad de la vida, se goza y halla todo junto en la Historia. Estiman, y con razón, los cuerdos mozos el consejo de los sabios ancianos... y así valiéndose de sus documentos y noticias, en hombros de la gigante vejez alcanzan á ver lo que en su enana edad no pudieran; pero éstos mismos, en hombros de la *canuda* Historia que empareja con los primeros siglos del mundo, ¿hasta dónde llegarán á ver? (2)... Muy anciano y cano es el que por medio de la Historia vive desde que el mundo comenzó; ignorante y niño el que en largos años de vida no sabe más de lo que alcanza su edad, aunque en ella alcance todo lo que en ella pasa y sucede... El mayor poeta de la Grecia, para representar por hombre grande á Ulises, lo introduce y pinta adornado de varias noticias y apariencias, diciendo que había visto las ciudades y costumbres de muchas gentes. ¿Pero las de cuántas pudo Ulises ver, que le hiciesen consumadamente noticioso, si ya no fué en el teatro universal de la Historia que ciñe siglos y distancias en brevísimas letras?»

Y describiendo cuanto se contiene en el vasto escenario de la creación, continúa diciendo Fr. Jerónimo: «Aquí ve el hombre las provincias, las naciones, las costumbres, leyes, ritos y ceremonias de ellas; sus ciudades, tierras, frutos, comercio y abundancia; aquí las extendidas monarquías y repúblicas; los principios, aumentos y caídas de los grandes imperios; los héroes y príncipes justos y tiranos; los insignes varones que florecieron en la guerra y en la paz; sus hazañas, empresas y consejos; los ejércitos numerosos, las sangrientas batallas, la fundación de repúblicas, de familias y religiones; la diversidad de estados, oficios, empleos, inclinaciones y mi-

(1) Cap. citado, § 7.

(2) Á juicio de Menéndez Pelayo, y seguramente de todo el que posee exquisito gusto literario, esas frases *parecen escritas en Atenas*, como decía á Fr. Jerónimo su maestro Bartolomé Leonardo de Argensola.

nisterios de virtudes, vicios y obras de los mortales; y, finalmente, toda la muchedumbre, variedad y mudanza de las cosas del mundo. Con esta general noticia, quien por beneficio de la Historia la tuviere, quedará más capaz que Ulises con la suya para el manejo de cualesquiera cosa grande, y mucho más fácilmente advertido que con el peligroso navegar y prolijo discurrir por varias tierras y mares, sólo con engolfarse en el siempre tranquilo y quieto mar de la Historia» (1).

Fácil y gustosamente se aprende la enseñanza que brota de las páginas de la Historia, más que la contenida en otros libros meramente especulativos. Sin advertirlo, aquella lección domina y señorea el alma «como el navegante—dice bellamente Fr. Jerónimo—que divertido en apacible conversación, cuando menos lo piensa, se halla en el puerto. Es un género de enseñanza la de la Historia muy eficaz y suavísima, porque á vueltas de la noticia de un suceso se lanza en el ánimo un vivo deseo de abrazar lo que con él se persuade, ó ya también de evitar lo que con él se reprende. Téplase la aspereza del precepto que á solas causa horror, y se facilita la inteligencia del aviso que en la especulación á veces se embaraza, y todo se allana y suaviza sólo con la representación de un ejemplo en la Historia» (2).

Y no sólo es la Historia luz para la inteligencia y norma de vida fácil y suavísima, sino que es fuente de recreación y honesto deleite para el alma. «Porque—dice atinadamente Fr. Jerónimo—como sea tan propio y natural al hombre el apetito del saber, y por otra parte le sea tan penoso el trabajo de adquirir la ciencia, de aquí es que con mayor facilidad se aplica á la noticia que le ofrecen las Historias, por venir vestida de aquellas circunstancias y ropaje exterior tan familiar á los sentidos, de los cuales tanto depende el discurrir del alma en esta vida, y así, trabajando menos el ingenio, gusta más de este modo de aprender y saber á menos costa suya» (3). ¡Qué donosa y sensata manera de discurrir! ¡Cuán en armonía con las tendencias del espíritu humano!

Además, varia y tornadiza es la condición del hombre, y por eso la novedad en todo le cautiva y entretiene; de ahí el interés y atractivo de la Historia en este punto, y que «én cualquier estilo y método (por bajo y deslucido que sea) que se escriban los sucesos, siempre

(1) Cap. II, § 2.

(2) Cap. citado, § 3.

(3) Cap. citado, § 4.

halla en ellos particular cebo y deleite el apetito humano». Y «la recreación y gusto del alma ha redundado en beneficio manifiesto del cuerpo» (1); como así sucedió al magnánimo Alfonso V de Aragón, que cobró la salud con la lectura de la Historia de Alejandro escrita por Quinto Curcio Rufo, más amigo por otra parte éste—y sea dicho al correr de la pluma—de la dicción pura y elegante que de tributar severo culto á la verdad histórica.

Para mayor ponderación y estima de la Historia, alega el autor el hecho de que casi todos los libros de la Sagrada Escritura son historiales, y de que todas las ciencias necesitan el socorro y ayuda de la Historia.

No sé si en libro alguno (pienso que no) se exponen con tanta lucidez y maestría los provechos y utilidades de la Historia como en ese admirable *Genio* de Fr. Jerónimo de San José. Convendría que los que tienen á su cargo el adoctrinar á la juventud en todas las esferas de la vida se inspiraran en esas enseñanzas para poner de relieve la importancia de la Historia, á la cual llamó Cicerón: *Testis temporum, lux veritatis, vita memoriæ, magistra vitæ, nuntia vetustatis* (2); clásica definición que en todas las edades se repite, sin diferencia de país, lengua ni civilización; importancia, repito, que han reconocido unánimes los mayores ingenios, timbre y decoro de la humana raza, como Séneca y el citado príncipe de la elocuencia latina, en la antigüedad; San Isidoro, en la Edad Media; Bosuet, Fenelon y nuestro clásico Sigüenza, en la moderna; Jovellanos, Dupanloup y César Cantú, en la contemporánea.

En los capítulos tercero y cuarto trata Fr. Jerónimo de la dignidad y excelencia de la Historia.

Dice el insigne carmelita, con mucho acierto, que de la utilidad y provechos de la Historia se colige claramente su nobleza y dignidad; porque «siendo este género de escritura tan importante para la vida humana, y de tanto lustre y decoro para la perfecta noticia de todas las cosas, se le sigue de aquí por consecuencia necesaria una muy particular y grande excelencia, con la cual sobradamente se aventaja á otras artes y facultades que mendigan de ella mucho de lo que más las enriquece y ennoblece. Porque la Pintura, Escultura y Arquitectura, para el retrato y representación de las cosas que imitan, se valen de la relación de ellas mismas. La Poesía, si finge, es sobre algún suceso verdadero; y si no finge, substancial-

(1) Cap. citado, § 4 y 5.

(2) *De Orat.*, lib. II.

mente es Historia, aunque poetizada. La Filosofía moral, la Retórica, la Jurisprudencia, la Ética, Economía, Física y Política no pueden dar paso sin el socorro de la Historia; y aun la Sagrada Teología apoya también sus verdades con el testimonio y experiencias referidas en ella. Todas, finalmente, las artes y las ciencias, cada una por su camino, se aprovecha de la Historia por necesidad, utilidad ó por decoro, y ella en una cosa excede á las que más ejercitan el ingenio, que es en la autoridad de lo que dice, en lo cual es muy semejante á la fe divina. Porque, así como esta virtud no prueba, sino que supone como cierto é infalible lo que enseña, y su luz, con ser oscura, es más firme y cierta que toda la claridad de las ciencias naturales, así en su manera la Historia, sin dar prueba ni razón de lo que narra, pide indubitable crédito en el oyente ó leyente; como quiera que las artes ó ciencias, para merecerle, han de probar lo que pretenden persuadir» (1).

Entiendo yo ser ésta la razón filosófica de la suprema dignidad y alteza de la Historia; razón que puso en clara luz y evidencia Fr. Jerónimo, y que importa señalar en primer término al tratar de la dignidad en la Historia.

Reconoce luego el insigne carmelita, con harto fundamento, que tiene á su favor la Historia otra mayor y más sublime excelencia, «si la consideramos como un principal instrumento escogido por Dios para el mayor fin de sus obras, que es la glorificación de su santo nombre y salvación de las almas que redimió con su preciosa sangre, pues por medio de la Historia divina principalmente, y de la humana en alguna manera, se consigue el uno y otro fin, ministrando ambas, con los ejemplos y sucesos, vivos y poderosos estímulos para alabar y honrar á Dios y para seguir, hollado el vicio, la virtud merecedora de la holganza eterna» (2).

Así como la anterior prueba conceptuaba yo ser la razón filosófica de la dignidad y alteza de la Historia, juzgo que la presente es la razón teológica por excelencia de esa suprema alteza y dignidad. Con esa marca teológica viene igualmente impresa la otra prueba que el autor señala.

«A ésta—dice—que es suprema dignidad de la Historia, se sigue otra no menos superior y divina, que es el haberse publicado el mismo Dios por Autor de esta manera de escritura. Porque si la nobleza de los autores que componen y sacan á luz alguna obra se comu-

(1) Cap. III, § 1.

(2) Cap. citado, § 2.

nica y alcanza á ella misma, como al hijo (pues éste lo es del ingenio) la gloria y nobleza del padre, y no solamente á su obra, sino también á todo aquel linaje de escritura, ¿qué gloria, nobleza y dignidad puede compararse con la que á la Historia le proviene de tener por Escritor y Autor, entre los que la profesan, al mismo Dios? Habiendo la Divina Majestad de escribir y publicar (digámoslo así) un volumen de escritos y obras suyas que compuso Él mismo (que también Dios ha compuesto y sacado á luz su libro, si los hombres los suyos), quiso que casi todos ellos fuesen historiales. De manera que entre los historiadores y profesores de la Historia podemos contar al mismo Dios como á principal Autor de la Historia Divina; pues aunque se sirvió del ministerio de sus profetas, como de instrumentos suyos, bien que animados y libres en su operación, pero el Señor, que les dictaba é infundía las razones y palabras, era el que por medio de ellos, como con pluma bien cortada, principalmente escribía. Puede, según esto, ya la Historia gloriarse de que, aunque las demás ciencias y artes reconocen por su Autor y principio á Dios, por ella, no sólo por su Autor y principio, sino también por su particular Escritor y Profesor le reconoce» (1).

¡Cómo cobra particular afición y estima á la Historia quien la contempla en tal espejo sublimada y engrandecida! ¿Quién será osado—vista la Historia desde ese punto de vista, el único real y verdadero—á considerarla de inferior categoría en el orden de las ciencias humanas?

Y á esta suprema dignidad de la Historia, que es como la esencial gloria suya—según afirma Fr. Jerónimo,—se junta la accidental, que le proviene de haber sido cultivada por nobilísimos escritores sagrados, eclesiásticos y profanos, entre los últimos, príncipes algunos y reyes. Confirma el autor esta verdad con varios ejemplos de nota, todos oportunamente traídos y que demuestran con luz meridiana cuán digno y excelente es el arte que manejaron y cultivaron tan ilustres ingenios, y para el cual ha sido instituido en muchos reinos y provincias, comunidades y repúblicas, el elevado cargo de Cronista, ejercido comunmente por personas beneméritas de la Iglesia y del Estado.

La dignidad y excelencia de la Historia proviene, finalmente, de los muy particulares requisitos que deben adornar al historiador, á saber: sabiduría, entereza y autoridad, y, además, de los premios y honores que á ella y á éste han sido concedidos (2).

(1) Cap. citado, § 2.

(2) De estos requisitos se tratará ampliamente en la tercera parte.

En los capítulos quinto y sexto trata el autor de la naturaleza y divisiones de la Historia.

Considera á ésta en su más lata y universal acepción, y dice que es «cualquier narración de algún suceso ó cosa. De suerte que, ora sea la narración hablada, escrita ó significada; ora sea verdadera ó falsa; ora larga ó breve; ora suelta ó asida á números y metro; ora en llano ó en alto y figurado estilo; ora perpetua y seguida, ó precisa por siglos, anales ó días, ó en otra cualquier manera, como sea, finalmente, narración, será en este sentido y acepción Historia. Item: como sea narración de algún suceso público ó privado, humano ó divino, bueno ó malo, natural ó moral, y asimismo de alguna cosa natural, artificial ó política, sobrenatural y divina, ó cualquier otra que por suceso ó cosa pueda imaginarse, la narración de todo ello y de cualquier cosa de ella es Historia» (1).

Después de tan amplio y luminoso desenvolvimiento del concepto de Historia en sentido lato, pasa el autor á señalar y explicar las múltiples divisiones de la misma, y eso con tanta precisión y exactitud, que el lector viene á alcanzar cumplida inteligencia del asunto.

Define luego la Historia, diciendo que es «narración escrita, llana y verdadera de casos y cosas verdaderas». En verdad que, en su más propio y riguroso sentido, cuadra á la Historia esa definición mejor que otra alguna, por lo común, mera descripción ó elogio. Si alguno desea una definición más clara y comprensiva, entiende muy rectamente el autor que podría formarse diciendo que «Historia es una narración llana y verdadera de sucesos y cosas verdaderas, escrita por persona sabia, desapasionada y autorizada en orden al público y particular gobierno de la vida» (2); definición que contiene los cuatro géneros de causas, formal, material, eficiente y final. Después declara Fr. Jerónimo los nombres que más ordinariamente se dan á la Historia, y deduce la etimología y origen de ellos.

Estudia en el capítulo séptimo las particulares narraciones, que llama él de la Historia, porque aun cuando, según su definición y naturaleza, todo el cuerpo de aquélla substancialmente es narración, «hay, dice, en ella algunas partes que especialmente merecen este nombre, por no ser otra cosa que unas relaciones de casos y sucesos particulares que se van ofreciendo en el discurso de la His-

(1) Cap. v, § 2.

(2) Cap. vi, § 2 y 3.

toria, y son unas como parciales narraciones de que principalmente se compone la universal de toda la obra» (1).

Esas relaciones deben ser muy ceñidas y particulares, y será muy conveniente el señalar las circunstancias que más suelen individualizar el caso que se narra, como son las personas, el tiempo, lugar, modo y otras que le acompañan. Entiende el autor, con mucho acierto, ser principalísima la primera; porque de las personas, dice, «toma su mayor energía y representación el suceso». Es del todo necesaria la circunstancia del tiempo, porque «sin ella queda sin luz y seguridad la relación, mayormente para los siglos venideros en que sólo por los tiempos se aclaran y distinguen las cosas; y cuando falta esta antorcha, todo es andar á obscuras y tropezar en concurso y confusión de nombres y sucesos semejantes, cuya averiguación pende mucho del tiempo». No menos necesaria es la circunstancia del lugar, porque «de él se colige, no sólo la verdad, sino, á las veces, la importancia y grandeza del hecho». Y la del modo igualmente, porque tiene éste «particular énfasis para la inteligencia y cebo para el deleite del que lee» (2).

Algunos esquivan las menudencias en la Historia, deseosos de que se diga sólo la substancia del hecho. Pero, además de que no es dable prescindir de las circunstancias referidas para puntualizar é individualizar el suceso, hay que tener en cuenta, dice sesudamente el autor, «que las Historias no se escriben sólo para los presentes, sino también, y muy principalmente, para los ausentes y venideros. A los que sabemos y vemos hoy las cosas, y las tocamos y traemos entre manos, nos cansa y parece superfluo el referirlas con mucha particularidad...; pero al que vive en muy remotas tierras, ó á los venideros en los siglos futuros, que ni saben, ni verán lo que sabemos y vemos ahora los presentes, todo aquello que á nosotros es muy vulgar será muy raro, y lo que nos parece poco y pequeño será para ellos mucho y muy grande. Y si no, ¿por qué andamos con tanto afán buscando en los autores y en las inscripciones de las piedras y medallas antiguas los más menudos ritos y costumbres de aquel tiempo, así en lo sagrado y religioso, examinando y averiguando los principios de la Iglesia y religiones; como, en lo profano y seglar, desenterrando estatuas y adorando fragmentos y vestidos de las cosas pasadas? El letrero y armas, ó insignias de la moneda corriente, ¿quién ahora con atención lo mira, y precia en

(1) Cap. VII, § 2.

(2) Cap. VII, § 3.

ella otra cosa que el valor para contratar? Pero de aquí á mil años, y aun menos, si se hallasen tales monedas, ¡con qué estimación se procurarían leer y entender sus caracteres y figuras! La ceremonia más pequeña y ordinaria que ahora tiene la Iglesia y se usa en una religión ó república, será, en los tiempos venideros, de gran importancia para muchas cosas» (1). ¡Qué razonar tan discreto y sensato! ¡Qué seguridad de juicio y doctrina! ¡Y cómo el lector queda firmemente persuadido de lo que con tanta naturalidad y caudal de buen sentido se expone y dilucida!

Declara, finalmente, el autor que el estilo más propio para esas particulares narraciones es el que ostenta mayor igualdad y llaneza, distante á la vez del encumbrado y del bajo. «Sea, dice, el estilo de la narración particular llano, suave, igual y corriente» (2).

En el capítulo octavo trata Fr. Jerónimo de las descripciones, que constituyen una parte importantísima de la Historia. Estudia el carácter y naturaleza de las mismas, su riqueza y variedad, y sus límites, determinados por la naturaleza misma del asunto. Excluirse deben las que no tengan otro objeto que distraer la imaginación. «Debe, dice el autor, ser proporcionada al asunto y á la materia del cuerpo de lo que se describe, porque las partes que no tuvieren proporción entre sí, y relación al todo, le harán feo y monstruoso» (3).

En cuanto al estilo, añade «que, como esta parte de la Historia sirve más al ornato que á la substancia, más al gusto que á la necesidad, aunque también á la necesidad, concédese más lugar al deleite y divertimento con las flores de la elocución, y así se hallan en los mejores historiadores unos trozos de prosa bellísima en las descripciones que cogen entre manos, emulando tal vez y aun excediendo á los poetas, bien que sin exceder los límites del decoro y gravedad histórica» (4).

Entiende que, para el acierto en este punto, se han de estudiar los modelos, como Tito Livio, Quinto Curcio, Tácito, Suetonio, Josefo, Plinio y otros, aunque no historiadores, muy entendidos en este arte, como Cicerón, Salustio, Quintiliano, y en especial Plinio el Joven, muy digno de nota por algunas epístolas en que luce á maravilla el talento descriptivo. Pero, advierte el autor, «que los que con más gala, por ser más propio ornato de sus obras, ejecuta-

(1) Cap. vii, § 4.

(2) Cap. vii, § 5.

(3) Cap. viii, § 4.

(4) Cap. viii, § 5.

ron esto, fueron los poetas, y así en Virgilio, Horacio, Lucano, Marcial y otros de esta clase y esfera, hallará, el que desea describir con hermosura y perfección, ejemplos ilustrísimos» (1).

Justo es advertir ahora que las descripciones constituyen una parte importantísima de la Historia. La escuela pintoresca describe minuciosamente los fenómenos naturales, en cuyo caso la descripción, como que se refiere á hechos sucesivos, se acerca mucho ó se confunde con la narración. Las descripciones geográficas, geológicas y botánicas de los diversos países, dice un sabio preceptista; las de las ciudades y monumentos, las muy extensas y minuciosas de las artes, trajes, usos y costumbres, tienen menos cabida en la historia desde que las ciencias se han subdividido y han fijado de una manera precisa sus respectivos límites, y principalmente desde que la *geografía* y los *viajes* constituyen dos especiales géneros literarios (2).

En el capítulo noveno habla Fr. Jerónimo de las conciones ó razonamientos. Esas conciones, designadas hoy con el nombre de *arengas* ó discursos, que se ponen en boca de los personajes históricos, son otra de las partes que los admiradores de la antigüedad han considerado esencialísimas en la Historia. Empleadas con tino y prudencia pueden animar mucho la narración, sin faltar en el fondo á la verdad histórica. Trata este punto Fr. Jerónimo con su habitual maestría. Habiendo discurrido acerca de la oportunidad y verosimilitud que deben reunir las arengas y de la necesidad de acomodarse al decoro de la persona que habla, censura la artificiosa elocuencia de que se valen algunos escritores, atentos más á lucir su ingenio y bizarría que á respetar los fueros de la verdad histórica, ó á lo menos de la verosimilitud. «De aquí se sigue—dice el ilustre preceptista—que en todos estos razonamientos es uno mismo el estilo y modo de discurrir y ponderar; porque, como no se acomoda á las personas introducidas, todas hablan de una manera, con un mismo estilo y modo, que es el propio de la persona del historiador. Yerro que el predicador también en sus sermones y el poeta en sus comedias muchas veces, cometen sin acordarse de que hay diferencia de hablar el criado ó su amo, el vasallo ó el rey, el mozo ó el viejo, el español ó el alemán, el iracundo ó el pacífico, el rústico ó el cortesano, la mujer sin letras ó el varón muy estudioso y erudito. Cada estado, condición y sexo pide su estilo, modo y discurso diferente, y

(1) Cap. citado, § 6.

(2) Coll y Vehí. *Elementos de Literatura*, sección 3.^a cap. 1.

así á cada uno ha de corresponder el razonamiento, y disfrazarse el escritor en varios trajes según la variedad de los sujetos que imita ó representa, como el secretario de un señor debe, cuando en nombre de él escribe ó responde, revestirse del puesto y autoridad de su amo para con la persona á quien escribe» (1).

Historiadores griegos y romanos, como Tucídides y Tito Livio, y entre los nuestros Mariana, se excedieron en el uso de las arengas, las cuales, aun las felices y oportunas, dan á la Historia un carácter demasiado oratorio y novelesco. Tiende á patrocinar su uso el ilustre carmelita, á ejemplo de los antiguos y de nuestros historiadores clásicos, pero con las necesarias reservas y condiciones de que va hecho mérito. Entiendo yo—siguiendo á los preceptistas de más sano juicio—que el historiador deberá dar cuenta de las arengas que realmente hubiesen pronunciado los personajes principales; insertará íntegras las muy importantes que se hubiesen librado de la voracidad del tiempo, ó reducirá á un discurso breve, significativo y correcto las que por su extensión ó mediana importancia no fueren dignas de ser literalmente transcritas.

Con destreza y elegancia trata el autor en el capítulo décimo de las digresiones en la Historia. Es un capítulo que no tiene desperdicio. Todo él es un tejido de primorosa locución y estilo, y, lo que es más, un modelo de exposición doctrinal.

En el uso de las digresiones debe andar con mucho tiento el historiador. Si bien no es necesario emplearla, hermosea y completa la obra. Es lo que el paréntesis á la cláusula. Cuatro son las condiciones para su recto uso: que sea propia, breve, agradable y rara.

Propia; es decir, según explica Fr. Jerónimo, «que salga de las entrañas de la materia que se trata, ó que á lo menos tenga con ella una muy cierta y conocida afinidad... porque si del todo es voluntaria y extraña y ajena de la materia, y solamente como pegadiza, ella misma se cae, y juzgándose por impertinente á lo que en la Historia se trata, ó la desprecia y deja el lector, ó la lee con disgusto y sin fruto. Esto enseña aquel ciprés á la orilla del mar, dignamente reprendido de Horacio, poniendo límite á los que, amigos de crecer un volumen, lo alargan y llenan con digresiones excusadas, atentos sólo á escribir lo que saben, no lo que conviene escribir. ¡Oh! que es muy bueno el cuento, gracioso el episodio, moral la digresión, y se dice y escribe con todo el artificio y gala de la Retórica, ó con sutileza, doctrina y erudición muy exquisita. Es ver-

(1) Cap. ix, § 3.

dad; pero no era éste su lugar y asiento propio. Guarde ese ciprés y arboleda el pintor para el jardín y el bosque ameno, no para la arenosa y desierta orilla, donde sólo, porque sabía de países, le añadió» (1).

Breve; «porque no siendo esta parte —dice el insigne preceptista— esencialmente necesaria para la integridad é inteligencia de la materia, sería con ella usurpar el lugar, tiempo y atención que pide lo principal de la Historia. Es la digresión como un divertimento del principal cuidado y oficio; y ése nunca debe ocupar mucho el ánimo, sino sólo entretenerlo para que, descansando un rato, vuelva al trabajo del discurso primero. Y sería monstruosidad si lo que sólo ha de servir de diversión se convirtiese en ocupación de propósito, como lo sería que el caminante, que sólo para descansar un rato se detiene en una floresta ó valle, hiciese allí mansión muy de asiento, olvidando el principal cuidado y fin de su jornada» (2).

Agradable; «porque lo voluntario—dice el autor,—para que no del todo sea ocioso, tenga siquiera tal gracia en la invención y disposición, que sabrosamente divierta el ánimo y le alivie, como suelen en las comedias mezclar los bailes, ó los que llaman entremeses, con que á tiempos... se da lugar á que por un rato se divierta el auditorio... No se haga, pues, del episodio fábula, patria de la venta, sustento de la salsilla, ni principal de lo accesorio» (3).

Rara; «por que no se olvide la consecuencia de las cosas que se tratan, cortado el hilo de ellas con prolija interrupción, incurriendo con esto en la falta del otro abogado, que Marcial donosamente reprende, porque, alegando en un pleito de tres cabras que á su cliente habían hurtado, se divirtió á contar las guerras de Mitrídates, de Cannas, de Cartago, de Sila, de Mario y Mucio, y otras cosas grandes y notables, sin llegar jamás á tratar de sus tres cabras; y así, viendo que se detenía tanto en esto, le dice: Acaba ya con todas esas grandes historias, y trata de lo que importa para el pleito, que son las tres cabrillas» (4).

(1) § 2.

(2) § 3.

(3) § 4.

(4) § 5.

PARTE SEGUNDA

En ella trata Fr. Jerónimo del método, estilo, igualdad y brevedad de la Historia, siendo su exposición no menos luminosa y concienzuda, clara y precisa que en la primera parte.

El capítulo primero versa sobre el método con que se debe escribir la Historia; y á vuelta de atinadas y juiciosas observaciones, muy dignas de tenerse en cuenta, preceptúa Fr. Jerónimo que «la obra toda en su disposición y método se ordene de tal arte, que la división la distinga, la consecuencia la una, la colocación la enlace, y cada cosa, puesta decentemente en su lugar, forme un todo perfecto, hermoso y agradable».

La metodología es una de las ciencias que más han adelantado en los tiempos modernos, y en la Historia se notan profundamente grabadas las huellas de este adelanto. Pueden seguirse tres métodos: el *narrativo*, el *filosófico* y el *mixto*. Entre los antiguos siguieron el primero Tito Livio y Quinto Curcio; y entre los modernos Solís y Bartolomé Leonardo de Argensola; y el segundo, Tucídides y Tácito, en la antigüedad; Bossuet y Montesquieu, en la edad moderna. En estos métodos se fundan las diferentes escuelas históricas, de las cuales no es pertinente tratar aquí. Sea como fuere, el método sea intrínseco, muy alejado de vaciar en un mismo molde y por un procedimiento mecánico las series parciales de hechos que constituyen la totalidad. Las divisiones de libros, secciones y capítulos han de corresponder á la buena clasificación intrínseca de los hechos y reflexiones del historiador. Hay mucho aprovechable en la doctrina enseñada por Fr. Jerónimo en tan substancioso capítulo.

En el capítulo segundo trata del estilo de escribir, diferencias de él y cuál sea propio de la Historia.

Define el estilo diciendo que «es el modo y orden de las palabras, elección, uso y composición de ellas» (1). Admite tres maneras de estilo: supremo, medio é ínfimo; división tan generalmente adoptada en las escuelas, y que tiene por fundamento el grado de elevación que imprime el tono en el estilo, por lo cual ha sido muy exactamente comparada con los tonos y claves de la música.

Declara Fr. Jerónimo el concepto de esos estilos y dice que el

(1) . § 1.

medio es el que cuadra á la Historia, si bien declara con mucho seso «que la afinidad que este medio estilo tiene con los otros dos le hace sumamente dificultoso, por haber de participar del uno y del otro y distinguirse igualmente de ambos; primor y cuidado con razón temido en el que anda por la senda media, de la cual si algún tanto declina, aunque sea hacia la mano derecha, pierde el camino» (1). Y eso mueve al autor á hacer algunas reflexiones de mucho peso, que acreditan la habitual perspicacia de su ingenio.

«Siempre—dice—han sido más fáciles en cualquiera cosa indiferente los extremos. Y digo en cualquiera cosa indiferente, porque en las que son de suyo buenas, ó no hay extremos, ó no son fáciles si los hay, porque lo bueno fué siempre arduo y pide trabajo y sudor al que la ha de conseguir. En estas otras cosas la dificultad mayor está en la medianía; que como en el mismo hablar el extremo de hablar mucho y del callar del todo es más fácil que el hablar sólo aquello que conviene, y por eso es contado entre los perfectos el varón que no tropieza ni excede en las palabras; así también en el modo de hablar es mucho más fácil ó el encumbrar sobradamente el estilo ó el abatirlo vilmente, que el guardar una decente medianía. Conviene, pues, á la Historia, dejando sendas que tuercen á uno y otro lado, por muy altas ó muy bajas, andar llano, derecho y seguro por el camino medio, procurando no perderle jamás» (2).

En muchas cosas conviene el historiador con el poeta y orador, y en muchas se distingue. «Descúbrese en la narración histórica—dice con clásica perfección el ilustre preceptista, cuyo admirable ingenio luce á maravilla en ese *Genio* de oro—los huesos, los nervios y músculos, más distintos que en la del poema y oración, donde se manifiesta más el movimiento, el brío, el orgullo y una como erizada crin de la elocuencia. En aquella la voz es blanda y sosegada; en éstas suena la trompa clamorosa. Corre lento y fácil por ordinaria madre el río de la Historia, cuando el bullicioso arroyuelo ó arrebatado raudal del poema y oración juega ó se precipita por entre floridas márgenes ó desiguales breñas. Finalmente, en las cláusulas, cadencias, figuras, ornato y números y en todo el genio y curso de su estilo, ha de ser el historiador, aunque tan aseado y corriente, pero no tan alto, brioso y florido como el orador y poeta. Su mediocridad (aún aquí de oro) debe siempre observar, ajustando

(1) § 3.

(2) § 3.

su decir á la materia con tal moderación y temple, que en su inteligencia no sea necesario humillarse ni sudar los ingenios» (1).

Con motivo del estilo encumbrado y artificioso que empleaban los ingenios en aquella edad, toma de ahí ocasión Fr. Jerónimo para condenar con discreta censura tamaño abuso en que habían de caer forzosamente los historiadores, para confinar con la pompa culterana de la poética y oratoria, formulando su preceptiva en tan juicioso aviso. «Ministre enhorabuena el cuerdo por tasa á la pluma y á la lengua las palabras limadas antes y pesadas muchas veces; pero reprima el ambicioso follaje de la exornación demasiadamente afectada, siquiera para que lo que refiere y dice se haga más creíble. Porque sin duda aventura su crédito la verdad misma cuando con excesivo artificio de palabras se propone, como la hermosura nativa suele engendrar sospecha de no muy natural si la vemos adulterada con el exceso del afeite» (2).

En el capítulo tercero propónese el autor averiguar si es lícita y en qué manera la novedad del estilo y del lenguaje.

Con exquisita medida y tino trata este asunto, haciendo muy juiciosas reflexiones, que lástima es no puedan transcribirse todas. «No porque en algo se mude y altere el estilo, ya luego es malo; ni el hacerlo, cosa nueva; pues en todas las lenguas del mundo ha sucedido lo mismo, aun cuando más se han mejorado... El estilo se muda como lo demás que está sujeto al tiempo, el cual hace renacer y envejecer vocablos, vistiendo en cada siglo la lengua y propio idioma de nuevas voces y frases, como á los árboles cada año de follaje nuevo. Y á la manera que en los hombres la lozanía de la juventud se ríe del desaire de la vejez y florece sólo la edad verde, así la de los vocablos antiguos es despreciada de los que nacen y se crían á vista de los nuevos» (3).

Después de confesar que sólo el uso es el supremo árbitro y juez calificador de los lenguajes, dice: «No hay, pues, que melindrear en esta materia contra la novedad del estilo, sino tener tragado que es lícito, y lo fué, y lo será siempre, sacar á luz nuevas voces, y florear la lengua española, de suerte que se pueda en ella, como en la griega y latina, usar de modos, frases, figuras y tropos elegantes... aunque siempre con moderación» (4).

Da el autor briosa y cumplida contestación á los reparos que los

(1) § 4.

(2) § 6.

(3) § 1 y 2.

(4) § 3.

de sobra devotos de la cultura del estilo oponen á la introducción de palabras nuevas. Contra la corrupción de las costumbres que á la del lenguaje dicen seguirse, responde «que el estudio de mejorar el estilo no corrompe ni vicia las costumbres, antes con su ocupación honestamente recrea los ingenios y divierte de otras, no tan lícitas, en que se pudieran estragar y corromper... y ojalá en todos tiempos y provincias, la vaga juventud y muchedumbre de ociosos divertidos aplicase el ingenio á la lectura y pulimento del lenguaje; que, entretenidos en esta inocente curiosidad, sería mayor el número de los cuerdos y recogidos, y aun las famas, honras y haciendas de todos se verían con menores desdichas, y la virtud tendría más de su parte al entendimiento, pues siempre le tiene más granjeado y benévolo en cualquier honesto estudio que en otras diversiones licenciosas. Y no sé yo por qué esta parte de elocuencia se haya de tener por sospechosa contra las costumbres, las cuales antes se persuaden y defienden con ella, sino es que alguno diga que solamente los reos y criminosos son los elocuentes, consecuencia que saca ironizando San Jerónimo, gran defensor de la elocuencia. Como si no fuese muy al revés—añade el Santo—y escondiesen los facinerosos las sangrientas espadas en los troncos de los árboles, que en los volúmenes de los sabios elocuentes: quiso decir, que la rusticidad de su trato ayudaba á la maldad de su vida, y las armas de su malévolos intención se ocultaban como envainadas en la grosería de sus troncos ingenios, y no en los escritos elocuentes de la sabiduría, que es la armería propia de la virtud y erudición» (1). Prueba esto el autor con luminosos ejemplos de la antigüedad, todos oportuna y discretamente traídos.

Contra el segundo temor del peligro de la fe, por la novedad de los vocablos—responde el ilustre preceptista aragonés,—«que es afectado escrúpulo; pues ni la fe se funda en el lenguaje, ni la cultura del estilo hizo jamás encuentro á la fineza de la fe. La novedad de voces que condenó el Apóstol, es muy diferente y su sentencia muy á otro propósito. Porque, aunque en el texto griego la palabra original sin diptongo significa vanidades, y con él novedades (harto misteriosa y razonablemente, porque la novedad suele ser muchas veces vanidad); pero no siempre, ni cualquiera es reprehensible sino la profana, que es la que el Apóstol excomulga, y ésta (como dicen sagrados intérpretes) es sola aquella que introduce con nuevas voces dogmas nuevos contrarios á la fe» (2).

(1) § 4.

(2) § 6.

Después de haber, en los capítulos cuarto y quinto, tratado, con gran copia de erudición y doctrina, del estilo levantado ó sublime; del estilo lleno de grandeza, vehemencia, calor y energía; del que forma la verdadera elocuencia, aquella que domina los ánimos, que arranca las lágrimas, que roba la admiración y los aplausos; estilo del que nos ofrecen abundantes ejemplos las Sagradas Letras y los Padres y Doctores de la Iglesia griega y latina, discurre en el capítulo sexto acerca de la templanza con que se debe usar del estilo sublime, particularmente en la Historia.

Antes vuelve con su acostumbrada maestría á tratar del uso de voces nuevas y de la manía culterana. No puedo resistir al deseo de copiar algunos trozos, en que encierra exquisito jugo doctrinal y literario. «No se tiene ya entre los tales (habla de los culteranos) por cláusula elegante sino la que se dice de manera que, en muchas horas, el más atento no la puede entender. Una metáfora sobre otra metáfora, y en cada palabra diez figuras, y en cada figura quince alegorías y alusiones, que el mismo á quien esta obscuridad afectada costó mucho estudio y desvelo, después de escrito, no lo entiende ni sabe lo que quiso decir. Huyen éstos, con pretexto de elocuentes, de la más hermosa y agradable propiedad de la elocuencia, que es la claridad, y (por decirlo así) perspicuidad en el decir. Para esto no basta que el concepto ó pensamiento que suprime la lengua ó la pluma sea de oro; esto es, que sea rico y precioso; ni basta que como el oro resplandezca y brille por de fuera; más que esto ha menester para su perfección y hermosura. Ha de resplandecer (nótese la viveza y elegancia de la expresión y, más que eso, la verdad y exactitud del concepto) también en lo hondo y centro de él, como el cristal y el diamante ó cualquiera otra piedra transparente y preciosa, descubriendo la finura y riqueza de su más íntimo valor con resplandores que de todas partes lo cerquen y en que todo él esté bañado y penetrado. Esta manera de riqueza y hermosura es á la que aspira la verdadera elocuencia y la que es dificultosa de hallar y de adquirir; que esa otra, de obscuridad y horror impenetrable, con obscuro y mal cultivado ingenio se alcanza» (1).

«Defienden este modo de hablar sus amadores —continúa— con título de arte y sacramento, dando á entender que aquello es alteza á que no llega la inteligencia vulgar. Pero yo hallo en esto, y confieso, una distinción muy digna de advertirse. Porque tal vez la

(1) Cap. vi, § 2.

cosa es de suyo tan elevada y sublime, que no fácilmente la alcanza la cortedad del ingenio humano, al cual parece obscura, no porque lo sea ella en sí misma, sino antes por la demasiada luz y claridad con que excede la proporción de nuestro entendimiento; como la luz del Sol, que siendo en sí clarísima, pero por exceder la proporción de nuestra vista, si se mira de hito en hito en su rueda, deslumbra y obscurece. Y porque lo confirmemos con el mayor ejemplo, el mismo Dios que, por ser infinita claridad, se dice habitar en luz inaccesible, respecto de nosotros se dice también, en frase sagrada, habitar y esconderse en nube, y estar rodeado de tinieblas, y ser su más alto y puro conocimiento en esta vida una purísima obscuridad y rayo de tinieblas. Cuando á semejanza, pues, de estos objetos, son oscuros los que rodea y envuelve en sus ambages la elocuencia humana, justo es que se tolere, y aun se venera aquella obscuridad, que al fin no es del objeto, sino del entendimiento, corto de suyo y desproporcionado para tanta luz; pero cuando, siendo el objeto en sí clarísimo, es juntamente proporcionado y perceptible á un mediano ingenio, el obscurecerlo y entraparlo, vicio es del que habla, no del que oye, al cual es cosa aborrecible y enfadosa topar con un bulto de sombras y tenebrosidad, cargado de una y otra nube de metáforas, alegorías, tropos y figuras, que cuando lo desenvuelve y, desnudándolo de aquellos velos, llega al centro, no halla sino un juguete y conceptillo baladí, sin alma, sin vida, sin substancia, sin ser, y una como figura fantástica, ornada de ropas rozagantes, pero armada sobre palos viles» (1). ¡Con qué maña y destreza reduce á cenizas Fr. Jerónimo la vana pompa del culteranismo!

Difícilmente se moderan estos excesos, por la dificultad de colocarse siempre en el justo medio, y «mucho más, dice el autor, cuando el extremo representa alguna mayor excelencia, de la cual llevado el afecto, no sabe contenerse en una medianía. La excelencia del estilo sublime tiene á sí anexas dos propiedades, que admitidas con templanza le hacen por extremo grande, y sin ella por extremo vicioso. Éstas son la novedad y obscuridad. Ambas se ayudan y fomentan entre sí; porque la novedad del lenguaje hace el estilo obscuro, y la obscuridad del estilo hace el lenguaje nuevo. Pero porque la raíz de todo el daño consiste en la innovación, templado el estilo en la novedad, lo quedará también en la obscuridad» (2).

(1) § 3.

(2) § 4.

Entiende con mucha verdad el autor ser la citada la raíz de todo el daño; por eso, con gran caudal de doctrina y juicio, examina atentamente las tres clases de novedades en el estilo, en los vocablos, en las frases y en la colocación de las palabras.

En cuanto á la novedad en los vocablos, dice que «los vocablos pueden ser nuevos, ó porque de nuevo total y primeramente se inventan en alguna lengua, ó porque ya usados en una se introducen en otra, ó porque introducidos en una significación se les da otra de nuevo, ó porque del uso antiguo y olvidado ya en la misma lengua se resucitan y vuelven á usar, ó porque, siendo en el mismo idioma dialecto propio de una provincia, se introduce en otra y se hacen comunes al lenguaje, ó, finalmente, porque de un vocablo usado y recibido se deducen y fórman otros que no lo eran... Para inventar un vocablo, y formarle totalmente de nuevo, es menester mucha necesidad y mucha arte; porque sin aquélla sería ociosidad vana, y sin ésta necia presunción. Los vocablos sirven á las cosas y son como vestiduras suyas, y así á las cosas nuevas se deben aplicar vocablos nuevos, porque el vestido que se hizo para un cuerpo, no fácilmente se acomoda á otro, y si alguna vez esto se hace, queda muy á peligro de ó no ajustarse bien al uno, ó desconocerse entrambos por la semejanza ó identidad del traje, de que nacen las anfibologías, dudas y obscuridad en el estilo. A la cosa, pues, nueva, lícito es y aun necesario buscarle vocablo nuevo que, declarando su naturaleza, la distinga de todas las demás. Y así, esta necesidad es la primera causa legítima de la invención primera de una voz» (1).

Estudia luego el autor «el segundo y tercer modo de inventar vocablos, pasando después al examen de las innovaciones en el estilo, ora sea en las frases, ora en la colocación de las palabras, y terminando con formular la siguiente preceptiva, juiciosa en extremo y discretísima: «Para templar, pues, la demasía de toda innovación y novedad, así en vocablos como en frases y colocación de palabras, se deben observar tres condiciones: la primera, que sea rara; la segunda, que sea provechosa; la tercera, que sea inteligible... Que sea rara..., porque, si es muy frecuente y ordinaria, además que sería hacer un nuevo lenguaje (cosa feísima y ridícula), se frustraría lo que con el mismo innovar se pretende, que es agrandar y admirar con su extrañeza; pues el frecuente uso de las cosas, aun cuando son excelentes, mengua y aun quita la admiración de

(1) § 5.

ellas, y siendo lo nuevo por sólo esto mismo agradable, pierde la gracia de la novedad con la frecuencia. Los vocablos de nuevo inventados, ó sólo son buenos porque son nuevos, y entonces, aunque de suyo no hermosos, pero, como lunares raros en el rostro, hermosean el de la oración, y si esta rareza pierden siendo muchos, no teniendo otra gracia más que el ser raros, quedan en sólo el distrito y nota de fealdad. Y de aquí se ve lo que acarrearán á sus escritos los que, usando de unos terminillos y frasecillas nuevas, y muy frías, sin vida y sin misterio, nos muelen con su repetición enfadosísima. Ó estos vocablos son substancialmente en sí mismos excelentes, y entonces se les hace agravio vulgarizándolos con la frecuencia y repetición, que no sólo les quita la gracia de la novedad, pero les disminuye la que de suyo tienen. Ni se remedia el hastío que causan con variarlos; porque si bien es verdad que de esta manera son menos enfadosos, pero la frecuencia del innovar, aun con esta novedad, causa y pierde la gracia de la innovación, que es la rareza. Agrada la invención de un traje y vestido extraño, y más si es precioso, y mucho más la variedad en esa misma invención y preciosidad; pero cansa y enfada el continuado uso de semejantes trajes nuevos, aunque varios, y no queda para una rara ocasión con qué poder admirar y agradar cuando, saliendo del ordinario curso en las solemnidades y en las fiestas, se procura lo raro. Séalo, pues, el vocablo y frase y colocación de voces nuevas, para que en la oración cause hermosura y gusto en el oyente.

»Sea juntamente provechosa esta innovación, y lo será siendo el motivo y causa de inventar necesidad ó conveniencia. Porque ningún provecho mayor puede considerarse en el fingir nueva frase y vocablo, que el declararse de este modo lo que sin él quedara no entendido, ni mayor conveniencia, después de ésta, que una más clara noticia de la cosa, ó más viva energía para mover la voluntad ó dulzura mayor para regalar el oído, que todas son causas de considerable conveniencia para la invención de frases y vocablos» (1).

Y en cuanto á la tercera condición, ó sea la claridad, dice: «Con ella se evita el torpe vicio de la obscuridad, que de la novedad no bien ejecutada suele seguirse. Un vocablo, aunque sea incógnito, nuevo y extrañísimo, se puede colocar de tal manera, que él mismo esté manifestando allí su propia significación; como, al contrario, tal vez el vocablo y frase muy usada y conocida, por la mala colocación de las palabras, se niega á la vulgar inteligencia. Y aquí elo-

(1) § 7 y 8.

gia—como es merecido—la singular pericia y destreza que en ese punto alcanzaron los clarísimos Argensolas, aquel milagroso par de ingenios en todo hermanos» (1), como dice bellamente Fr. Jerónimo, ilustres aragoneses, bastantes por sí solos, justo es decirlo, para honrar un reino, y á los cuales no cesa de rendir el insigne carmelita el homenaje de su más profunda veneración y estima.

Después de lo dicho, en que discurre Fr. Jerónimo, con sin igual perspicacia y maestría, acerca del uso de voces nuevas, doctrina que quizás no se encuentre tratada por autor alguno con tanta riqueza y finura de observaciones y con tanta elegancia y propiedad en el estilo, por lo cual, aun á riesgo de ser prolijo, me he detenido en estudiarla y extractarla, para que se transparente más la simpática y bizarra personalidad literaria de tan conspicuo aragonés, no conocido ni loado en la medida que precisa serlo; después de lo dicho, repito, reduce el ilustre preceptista en breves líneas la doctrina referente al estilo y la aplica al de la Historia.

Vuelve á decir que el estilo medio es el más proporcionado y acomodado para el ordinario curso de la Historia; esto es, dice: «ni muy alto ni muy bajo, sino con una grave, lisa y corriente medianía, y que tal vez para una descripción ó razonamiento se permite más floreo y alteza, y en alguna de estas ocasiones sería lícito usar del estilo sublime» (2). Añade ahora, que de ese estilo se podrá usar en la Historia escrita con carácter político, cual la de Tácito, ó en la sucinta y abreviada, como los Índices latinos de Zurita; pero cuidando de no incurrir en los vicios de novedad y obscuridad que le son vecinos, de los cuales debe sin cesar cautelarse con mayor empeño todavía que el poeta y orador.

En el capítulo séptimo trata Fr. Jerónimo de la igualdad de la obra en la Historia. Aquí, verdaderamente, todo es oro, y de ley; es, sin duda, éste uno de los capítulos más bellos y substanciosos de la obra.

Es esta igualdad dote que debe adornar todo escrito, y especialmente la Historia. En el estilo más que en el asunto, déjase notar la igualdad ó desigualdad de una obra. Consiste esa igualdad—dice el autor—«en la proporción y correspondencia de diversas partes que forman un todo, por medio de la cual, en la misma diversidad y unión de ellas, conste asimismo, esto es, tenga cada una su lugar, conveniencia y trabazón con las demás, y ayude á la hermosu-

(1) § 8.

(2) § 9.

ra y buena disposición del todo que compone. Debe, pues, según esto, ser el cuerpo de la obra todo en sus variedades uniforme, y tan seguidamente igual, que no dé lugar á que el asunto parezca muchos, sino tan solamente uno, en la materia, en la gravedad, en el estilo; como en el cuerpo humano, para que sea perfectamente dispuesto, no basta que alguna sola parte en sí lo sea, si á ésta no corresponde la perfección y conformidad de todas las demás» (1).

«Es muy difícil alcanzar esa igualdad, y en los autores más cultos y eruditos no se halla en todo su ajuste y perfección. Esa igualdad—dice Fr. Jerónimo,—esa proporción y correspondencia aun en las mismas obras naturales de aquel supremo Artífice que las crió todas ajustadas al examen de peso, número y medida, y que entre ellas se hallan muchas, al parecer, no tan compasadas como aquí las pedimos, pues entre los rostros humanos (labor propia de aquel pincel divino) apenas se hallará uno tan igualmente perfecto, que no desdiga del modelo de la hermosura más que en una parte. ¿Cómo carecerá, pues, de esta nota el artificio de la ignorancia humana, si aun en sus obras la permite el concierto de la sabiduría divina?» (2).

Por lo que atañe á la igualdad de una obra, distingue el autor la igualdad material y totalmente uniforme, y la formal y respectivamente disforme. Explica esas igualdades, así en el orden natural, como en el espiritual y político. La material es, por lo común, imperfecta; la formal es la que atesora belleza y perfección. «En este gran todo que abraza Tierra y Cielo—dice el autor con frase halagadora,—¿qué diferencias de criaturas no se hallan desigualísimas entre sí, en substancia, cantidad y calidad? Los ángeles tan diferentes de los hombres, los hombres de las bestias, las bestias de las plantas, las plantas de las piedras, las piedras de la tierra, y la tierra de todo lo demás. Los elementos entre sí tan desiguales unos de otros, excediéndose en cantidad y actividad, como los cielos en grandeza y perfección, y en ellos los planetas y estrellas, en la grandeza, claridad, virtudes é influencias. Pues ya en el cuerpo de la tierra, ¿qué cosa hallaremos que con otra tenga total conformidad? Los montes no con los valles, ni los valles y los montes entre sí. En el llano de la tierra, una fértil, y otra á ella vecina muy estéril; una poblada y habitada, otra yerma; una rica de minerales, pero llena de malezas; otra sólo con minas de hierbas y de flores.

(1) § 1.

(2) § 2.

Ni es menos vario y desigual en sí el mar; que, aunque parece muy uniforme en las aguas, admite desigualdades muchas en la virtud y propiedad de ellas... Pero en esta misma desigualdad consiste su (del mundo) hermosura y perfección, resultando de esta proporcionada variedad una armonía y contento para el oído de la mente suavísimo (1).

Y en lo espiritual, donde entran las obras del ingenio, acontece que la propia y verdadera igualdad es la formal, es decir, proporcional y respectiva, y eso se acomoda á la Historia, «la cual se compone de partes que tienen en sí mucha diversidad, pero todas entre sí gran proporción» (2). Expone Fr. Jerónimo con mucho acierto esta doctrina, y haciendo, como en todo, gala de su talento literario.

En el capítulo octavo discurre sobre la brevedad de la Historia. Obsérvese con qué exquisito tacto y habilidad lo hace, y dígase si no alcanzó aquí Fr. Jerónimo, como en otras partes de tan peregrina obra, la palma clásica. Empieza de esta manera: «A la igualdad y proporción de que resulta la hermosura de un escrito, le añadimos la brevedad que le corona, conservando aquel imperio y brío con que la fuerza de razones y palabras rinde á los lectores. Limitada es la del ingenio humano, y no puede durar con vigor por mucho tiempo. Viene el discurso á cansarse, viene á desfallecer, viene á faltar, si se prolonga la carrera. En la de un caballo, si es medianamente señalada, le vemos correr y acabarla con brío y gallardía; pero, en larga arremetida ó prolija retirada, el caballo revienta en medio del camino, ó llega ya á su fin sin obedecer ni sentir el acicate. El impulso del brazo impreso en la saeta, y la actividad de la pólvora encendida en la bala, dura indefectible por alguna distancia breve; pero, si el trecho es largo, cuando vengán á tocar el término señalado, llega ya una y otra y se deja caer floja y cansada sin vigor alguno. Lo mismo pasa al escritor, y lo mismo al que lee su obra; que como la fuerza del ingenio se cansa en discurrir, también el gusto del lector en la atención á ese discurso, y así ambos, el que escribe y el que lee, desmayan y padecen hastío en un escrito largo.

Esto, que á todo género de escritura es común, comprende también á la de la Historia; que, aunque el cebo de la narración y sucesos que se escriben suelen con menos cansancio entretener la cu-

(1) § 4.

(2) § 5.

riosidad de los lectores, todavía se viene á fatigar el ánimo y faltar con la atención el deleite que daba fuerzas para la continuación de la lectura» (1).

Estudia luego Fr. Jerónimo la brevedad y difusión material y formal con la precisión y tino que suele, y resume su sentir diciendo que, «aunque se ha de procurar el ajustamiento á la materia en orden á ceñirse ó alargarse todo escritor, pero en la Historia es más tolerable la difusión que la concisión demasada, porque el cebo que en esta escritura, más que en otra alguna, halla la curiosidad, hace que no tan fácilmente se canse, y así, en gran parte, se disimule la prolijidad si la hubiere» (2).

Y á los que piensan ser superfluas muchas cosas que en las Historias se narran, sea por menudas, sea por notorias, contesta el autor que las tales muchas veces revisten gran importancia é interés; «las pequeñas para ornato y noticia de las grandes, y las sabidas para inteligencia de otras que se ignoran, y unas y otras para ejemplos á la posteridad, á la cual, en los venideros siglos, será muy raro, grande y nuevo lo que ahora, por andar en los ojos, manos y boca de todos, se desprecia» (3).

PARTE TERCERA

En la parte tercera de ese admirable *Genio*, trata Fr. Jerónimo de algunos más principales requisitos del historiador.

Tomando el agua desde su origen, declara que el más importante requisito para el escritor es el saber. Enmudezca mi labio, y abra el suyo de oro, que lo hará de perlas. «Éste, dice, es el principio y fuente de donde se origina y nace el escribir bien, porque mal escribirá uno lo que ignora, y no mejor podrá enseñar lo que no sabe. Séame lícito—continúa con generoso acento—exclamar aquí con la razón y la experiencia: ¡Oh cuán poco se considera qué cosa es escribir y publicar un libro y un tratado! Hácese el que lo escribe doctor y maestro universal del mundo; y, subido en la cátedra de su libro, tiene por oyentes á todos los mortales que lo quisieren leer, á quienes, como maestro y catedrático, enseña en aquella materia de que en su libro trata. Mire, pues, ahora la obligación que se echa á cuestras, el ambicioso título que se arroga, el peligro á que se ex-

(1) § 1 y 2.

(2) § 6.

(3) § 6.

pone y la vergüenza que le cubrirá el rostro si se hiciere maestro cuando y de quien no merecía ser discípulo. Hay muchos, entre los que así se abalanzan, que antes de aprender enseñan, y antes de leer escriben, y aun antes de conocer las letras se precian de letrados. Apenas gustaron con los primeros labios la noticia de alguna facultad, cuando la leche, no bien en ellos recibida, la quieren comunicar á otros, con ambición de ser padres los que aun no son hijos. Mucho tiempo ha primero de oír el que seguramente ha de hablar, y aprender por largos años discípulo lo que maestro ha de enseñar después» (1).

¡Qué caudal de sentido práctico no encierran estas observaciones, aplicables á todos los tiempos, máxime á los presentes, en que cunde esa desordenada afición á escribir á tontas y á locas, sin preparación alguna! «Lastimoso es y digno de remedio este daño—continúa el docto y sesudo carmelita;—porque ¿quién aprenderá si enseñan todos? Y ¿quién tendra tiempo para leer si cada uno está ocupado en escribir, si ya el que escribe no escribe sólo para sí, y es único y necesario lector de sí mismo? Yacen por esta causa las divinas obras y escritos admirables de los grandes maestros cubiertas de polvo en los rincones, ó, cuando mucho, para vana ostentación de compuestas librerías, encarceladas en estantes, sin que sirvan más que de una vistosa alhaja con lo dorado de las hojas y cubiertas, contentándose sus dueños con tener noticia de sus títulos y conocer los libros por de fuera. ¿Quién toma á Platón en las manos para leerle y entenderle? ¿Quién á Aristóteles? ¿Quién á Homero y Virgilio? ¿Quién á Cicerón y Quintiliano? Y (lo que es más digno de lástima y dolor) ¿quién se acuerda de revolver el sacrosanto volumen de los libros divinos y los comentarios y obras celestiales de los santos doctores, llenos de misterio y sabiduría soberana?» (2).

Si ya se dolía tan egregio varón de contemplar en su tiempo olvidados esos preciosos manantiales de la sabiduría sagrada y profana, ¿qué diría hoy en ese general, no ya olvido, sino desprecio de la cultura griega y latina, y de cuanto huele á meditación y estudio de la Biblia, el libro por excelencia? ¿Qué diría?... Pero es fuerza continuar.

Los sabios que lo son de veras, tiemblan al dar á luz sus obras, juzgando no hallarse todavía éstas en la conveniente sazón y madurez. «No hallamos este encogimiento — dice Fr. Jerónimo — en

(1) Cap. 1, § 3.

(2) § 4.

los nuevos sabios, sino una confianza y animosidad muy hija de su vana presunción. Quiérenla honestar algunos con el especioso título de celo del bien común, y otros con el de precisa obligación y precepto que los violenta y fuerza. Es muy donoso el escrúpulo que para esto encarecen aquéllos en sus prólogos, de que se les pedirá estrecha cuenta del talento recibido; y, si así lo creen, será menor su culpa y mayor su ignorancia. Mas ¿quién de juicio entero creerá de sí (y más cuando se lo disuaden otros) que tiene tal talento? ¡Gran sencillez, gran celo y gran vanidad ó presunción! Como el publicar de estotros, que se lo mandan con precepto irrevocable. Lo cual, si alguna vez se hace creíble (como es en religiosos), muchas, en los que son dueños de sí, se tiene por fingimiento vano; y especialmente en escritores menos sabios, en quien con la ignorancia reina el apetito de lucir y ostentar lo que no son. No quiero por esto condenar á los floridos ingenios para que, desconfiados ó encogidos, dejen de hacer pruebas de sí, ni á los ya sazonados y ricos de sabiduría para que, tímidos ó envidiosos, la escondan y sepulten; que los talentos (cuando verdaderamente los hay, y á luz de ajena y grave persuasión en desengaño humilde se conocen) descubrirse deben y lograrse; pero con esta advertencia quisiera hacer cautos á los unos y á los otros, para que ni aquéllos se abalancen antes de tiempo, ni éstos á más de lo que permite la prudencia» (1).

Pide Fr. Jerónimo al escritor copiosa sabiduría, y no ya sólo de la materia sobre que escribe, sino de las diferentes artes que pueden conducir al mayor decoro, luz y ornato de lo que escribe; pues, como dice él con soberano acierto, «ninguna facultad ó ciencia hay que, para su perfecta inteligencia y declaración, no pida el consorcio de otras muchas que hacen y constituyen sabio al que las tiene» (2).

De ese consorcio necesita muy en especial el historiador; «porque, habiendo de referir lo que hay, lo que pasa y sucede en el mundo, es lance forzoso tener noticia y comprensión de todo ello, más ó menos general ó particular, cuanto lo fuese el asunto del historiador». Pone Fr. Jerónimo de relieve esa necesidad, y la deja, con luminosos ejemplos, plenamente demostrada. «¿Qué arte, dice, aunque sea de las más ordinarias, viles y mecánicas que hay en la República; qué ciencia, aun de las más escondidas y sutiles de la

(1) § 5.

(2) § 6.

escuela, deja de ser importante y á las veces necesaria para su relación?... Inmensa es la materia á que se extiende la Historia, y así debe también serlo la noticia del historiador; porque, como ninguna cosa hay que se escape de su pluma, así á todas debe alcanzar su inteligencia» (1). Así discurre Fr. Jerónimo con su habitual discreción y sensatez.

En el capítulo segundo trata Fr. Jerónimo de la diligencia que debe adornar al historiador. Si la sabiduría es tan necesaria á cualquier escritor, máxime al historiador, ¿no será medio indispensable para alcanzarla la diligencia, y más todavía al devoto de la composición histórica? Y tan propia y debida á esta manera de escribir es esta cualidad, «que los historiadores—según dice cuerdamente el insigne carmelita,—por lo particular de sus escritos, se han alzado con el título y epíteto de diligentes, como dando á entender que aun que también á otros escritores convenga este renombre, pero á ellos especialmente les pertenece y se atribuye».

Al escritor incumbe atesorar gran caudal de sabiduría para ejercer dignamente su noble profesión. «Lo que ha de ser eterno, agradar, y siempre á todos, ¿qué diligencia no merece? ¿cuál cuidado lo asegura? ¿qué solicitud no pide, no ya para eternizar una digna escritura, sino para no dejar el escritor eternizada en ella su ignorancia, y estampado para siempre su descrédito, y una obscura fama de su nombre?» (2). Al historiador, empero, urge en grado extremo ser diligente. «En los demás escritores—añade Fr. Jerónimo—examinamos jueces lo que dicen; en el historiador, súbditos lo adoramos sin examen. A aquéllos, si no lo prueban, los repruebo; éste sencillamente propone, y lo recibo; antes bien, como niño colgado á los pechos de su relación, trago, cerrados los ojos, como leche, lo que en otros considero como bebida que, antes de entregarla al gusto, la encomiendo á la vista. Dignidad grande de la Historia, cuyos pechos (séame lícita esta gran alusión) son mejores que el vino, esto es, que cualquiera otra escritura: elogio propio de la divina, y acomodado á ésta de la Historia» (3).

La puntual y cabal noticia de lo sucedido, á que esa exquisita diligencia se endereza, se obtiene sólo de dos maneras: ó hallándose el mismo historiador en los sucesos, ó informándose de quien los sabe con certeza. Imposible resultaría, empero, la tarea del histo-

(1) § 7.

(2) § 1.

(3) § 2.

riador si hubiera de escribir únicamente lo que vió ó sobre aquellas cosas en que intervino. «Nadie — dice Fr. Jerónimo — pudiera historiar lo distante ó pasado, y muy pocos lo presente y sucedido en nuestra tierra. Débese, pues, conmutar en la diligencia del que escribe la vista y el manejo de lo que en su escritura trata; que todo es encargar más el cuidado y fe en el historiador» (1).

Pondera el autor con sumo acierto las dificultades que ofrece la averiguación de los casos presentes, y estima ser mejor que el historiador esté ausente, «por que así tenga el ánimo libre y desapasionado para juzgar y conocer la verdad, examinando, sin el amor y afecto de la propia, las ajenas relaciones; cosa dificultosa en los que se precian y jactan de que vieron ellos mismos las cosas, aunque con menos cuidado y atención» (2). Pero estas dificultades suben de punto cuando se trata de desenterrar hechos pasados. «En la Historia — dice Fr. Jerónimo, — que los ofrece recientes y aun casi vivos, es fácil ó menos dificultoso volverlos á la luz y restituirles su antigua forma y vida; pero en aquellos adonde no ha quedado rastro de calor, y están ya del todo difuntos, ¿qué fuerzas de ingenio y bien decir bastarán para restituirlos á la luz, si no fueren divinas y con particular ostentación de su virtud? Yacen, como en sepulcros, gastados ya y deshechos en los monumentos de la venerable antigüedad, vestigios de sus cosas. Consérvanse allí polvos y cenizas frías, ó, cuando mucho, huesos secos de cuerpos enterrados, esto es, indicios de acaecimientos cuya memoria casi del todo pereció; á los cuales, para restituirles vida, el historiador ha menester, cual otro Ezequiel, vaticinando sobre ellos, juntarlos, unirlos, engarzarlos, dándoles á cada uno su encaje, lugar y propio asiento en la disposición y cuerpo de la Historia; añadirles, para su enlazamiento y fortaleza, nervios de bien trabadas conjeturas, vestirlos de carne con raros y notables apoyos, extender sobre todo este cuerpo así dispuesto una hermosa piel de varia y bien seguida narración, y, últimamente, infundirle un soplo de vida con la energía de un tan vivo decir, que parezcan bullir y menearse las cosas de que trata en medio de la pluma y del papel» (3). ¡Qué gallardía y viveza de expresión! ¡Cuán espléndida y lúcida preceptiva, en lo que atañe á dar calor y vida al hecho histórico! «Así concibe la Historia Fr. Jerónimo de San José — dice el egregio Menéndez Pelayo:—

(1) § 3.

(2) § 4.

(3) § 5.

pintoresca, animada, no como centón de dispersos fragmentos, sino como cuerpo organizado y vivo, bullendo y meneándose, con el soplo celestial que anima el cementerio de las edades» (1).

El capítulo tercero versa sobre la festinación lenta del historiador en la composición y enmienda de su obra.

Si bien ha de ser en extremo diligente el historiador, no empero hasta el punto de apresurarse en referir el hecho histórico. «La festinación lenta, una manera de priesa vagarosa» — como dice bellamente Fr. Jerónimo: — tal es la cualidad que conviene á maravilla al historiador. «Porque — continúa el insigne carmelita — no es más diligente el escritor cuando afectuoso se apresura, que cuando circunspecto se detiene... Es sin duda necesario tiempo al que escribe para elegir ó admitir un digno asunto; tiempo para hacer perfecta idea de todo el argumento; tiempo para agregar el material y preparar el aparato; tiempo para, después de preparado, disponer la obra y exornarla, y mucho más tiempo para reverla, enmendarla, pulirla, perfeccionarla, y, después de todo esto, para dejarla dormir en un rincón muchos días hasta que, mortificado el gusto y tierno afecto del que la escribió, y ella desnuda de aquella primera gracia de la novedad, la vuelva á rever su autor, mirándola, no ya como cosa propia y reciente, sino como ajena y antigua» (2).

Declara Fr. Jerónimo, aduciendo el ejemplo de grandes escritores que corroboren su sentir, ser indispensable largo tiempo para que broten maduros y sazonados los partos del ingenio. «No es crédito del autor, dice, ni de la obra, el decir que se hizo en breve tiempo, si ya no fuese por virtud divina, que no le ha menester; pero, en el obrar humano, la obra grande pide mucho tiempo, y la que se hizo sin él, contra sí trae la sospecha de no ser tan consumada ni perfecta, y de cualquiera manera no se libra fácilmente su autor de justa acusación. Porque, dime, ¡oh tú que blasonas de que en una hora escribes un tratado, y en un día un libro!, esto es, en pocas horas y días le compones y publicas: ó el tal escrito ¿es malo, ó es bueno? Si malo, te culpo porque no tomaste tiempo para hacerle bueno; y si bueno, también te culpo, porque, tomando más tiempo, le hicieras mejor y más perfecto, pues el remirar la obra con espacio y sosiego la mejora y perfecciona; luego nunca te puedes librar de justa acusación, y menos gloriarte de que le escribiste en poco tiempo» (3).

(1) *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo II, vol. I, cap. IX, pág. 312.

(2) § 1.

(3) § 2.

No todos los escritores gozan de idéntica penetración y claridad de ingenio, y por ende son más tardos ó fáciles en producir sus obras; pero, aun cuando se concedan las más brillantes facultades al escritor, resultará más perfecta la labor que fuere tejida con más detenida meditación y estudio. Aclara este punto Fr. Jerónimo con su habitual maestría, y, por cierto, ofrecida aquí con el mayor realce y brillo. «Aunque es así verdad, dice, que hay los tales ingenios, veloces y repentinos, los cuales, ó por natural acomodación de los órganos y humores que disponen para la obra del discurso é inteligencia, ó por facilidad adquirida con el trabajo y uso frecuente, ó, finalmente, por alguna particular gracia infundida del cielo, más presto y fácilmente que otros perciben, discurren, forman ideas y las perfeccionan en cualquier materia y asunto que emprenden, pero nunca, ó muy raras veces, estas obras, así velozmente fabricadas, si ya no son por especial gracia divina, tienen la perfección que aquellas que con sosiego, tiempo y atención profunda se meditan. Muy constante curso de la naturaleza es, que lo que más dura al formarse ó engendrarse, eso dura y vive más; y lo que menos, menos; ora lo consideremos en las semillas y en las plantas, ora en los minerales y en las piedras, ora en los vivientes y animales... Lo mismo acaece en las obras del arte y del ingenio; que las que más tiempo y atención costaron á sus artífices, no detenidos por falta de habilidad, sino por sobra de atención, esas viven, duran y perseveran más que las que sin ese tiempo y atención se atropellaron más que fabricaron. Estas tan presto mueren como nacen, y muchas veces no duran más tiempo del que se gastó en forjarlas, y especialmente los escritos, que, cuando son tales, en acabándose de leer se comienzan á olvidar, si ya luchando el fastidio y la paciencia en su lectura, no la desamparan al principio. Los detenidos en su cuidadosa formación... duran y perseveran mucho tiempo, y siete veces leídos y repetidos siempre como la primera agradan, porque otras tantas veces, con juicioso desagrado del autor, fueron limados. No sólo agradan como la vez primera, sino mucho más, y tanto más agradan, cuanto más veces y con atención mayor se miran, pareciéndose en esto á la verdad, que, cuanto más de cerca y más veces se mira y remira, se conoce más su hermosura; como, al contrario, la mentira, á quien semejan los escritos repentinos, que, cuanto más de cerca se mira y reconoce, tanto más desagrada, porque descubre lo que es. Lo atentamente escrito, siete veces leído agradará; esto es, infinitas; que si el número de siete es misterio de infinidad, á infinito cuidado y desvelo del artífice corres-

ponde agrado y duración infinita de la obra. Dure, pues, mucho en las entrañas del ingenio, para que después sea perpetua en la memoria de los siglos.

»En tanto que la obra está en la oficina de su artífice (el libro debajo de la pluma de su autor), capaz es de mejorarse... allí, con aquel amoroso desamor (1) la mira y remira veces sin cuento; allí la borra y desborra, la pule, retoca y hermosea; prueba en ella las fuerzas del ingenio, y, compitiendo consigo mismo, se procura vencer, desconociéndose por momentos en las nuevas ideas, luces y perfecciones que concibe. Y como trabaja por adelantarse á sí mismo, es fuerza que, yendo delante de sí, se vea por las espaldas, y de esta manera venga á reconocerse por todas partes, sin que de su obra ni de sí le quede cosa oculta, y exenta del registro y de la lima. Lo cual todo cesa, despedido el libro de casa, y dándole, como á los esclavos, libertad, con que se priva del derecho y dominio que tenía sobre él, sin que después el desengaño, ya tardío, pueda reparar los descuidos de la pluma, porque en las de sus alas, publicado una vez, el libro vuela irrevocable... De los borrones, como de entre las nubes el Sol, sale un escrito más puro y resplandeciente, cuanto más en ellos se detuvo para la enmienda» (2).

En el capítulo cuarto trataba Fr. Jerónimo de la consulta para la enmienda de la Historia ya escrita.

La diligencia y lentitud, pedidas al escritor y mucho más al historiador para la enmienda de su obra, no bastan todavía; debe el que escribe desconfiar del propio juicio y consultar el parecer de persona competente; porque dice el insigne carmelita: «Mal se acaba de desnudar de sus afectos el corazón humano, y pocas veces deja de sobornar al juicio la voluntad, interesada en causa tan propia. Debe, pues, en la de su libro no fiar de sí, ni aun de su más rígida censura, porque el mayor desagrado suyo lleva embebidos mayores aplausos que la más benigna y apasionada, si es ajena, sentencia. De esta suerte, vemos muchos que, con ambición de humildad, se vituperan ellos mismos, cuando interiormente se están adorando y despreciando á los demás, casi sin entenderlo ellos. Y el padre, que cuanto más reprende al hijo y le desprecia, le está entonces fabricando ídolos en su corazón, sin acabar de conocer el uno ni el otro faltas en lo que aman; porque aun aquí, si ya no la

(1) Palabras tomadas del célebre Bartolomé Leonardo de Argensola, de cuyos versos era tan devoto el autor.

(2) § 4. Alude también á otros versos de su predilecto Argensola, escritos á un novel poeta.

verdadera caridad, el amor propio cubre la muchedumbre de pecados. Tal sin duda es el tierno afecto del artífice para con su obra, del autor para con su libro... Por lo cual, si el historiador es cuerdo y busca el mejoramiento de su Historia en desengaño de una fiel censura, apele de la propia suya á la de un varón docto y recto, que sabia y llanamente le diga la verdad» (1).

Que el censor de una obra sea docto y recto, se desprende de la misma naturaleza de la cosa. Pero explíquenos esto Fr. Jerónimo con la discreción y habilidad acostumbradas. *Docto*, «porque sería ridícula y absurda censura la de un ignorante, debiendo el censor de una obra ser, por lo menos, tan versado y docto en la materia de ella como su autor mismo. Y digo por lo menos, porque de buena razón debiera serlo más; pues quien ha de advertir lo que al artífice se le pasó por alto, y notar las imperfecciones que se escondieron á su mayor desvelo, mucho mayor desvelo y noticia que él ha de tener». Condena el autor los vanos y empalagosos elogios puestos al frente de los libros, en que á las veces se descubre tanto la ambición del que censura, como la vanidad del censurado. Y aun «éste no es el menor daño que de aquí se sigue, sino el descuido ó afectada omisión en disimular gravísimos defectos en los libros, ocupándose el censor más en la composición del elogio que en el examen y averiguación de la doctrina... Yo confieso—añade el autor con noble desenfado—que, cuando topo al principio de un libro esta inútil y ambiciosa carga de elogios, pierdo con la paciencia la estimación del autor y de la obra, y apenas me queda sazón para entrar en su lectura, pareciéndome que, quien busca ó afecta semejantes loores, no puede tener la madurez y gravedad que para escribir y enseñarnos se requiere» (2).

Recto: «para que ni la afición ni el odio perturben la censura. Un Quintilio, que con severa llaneza diga: Corregid esto, enmendad estotro, borrad aquello, y no deje cláusula, período, sentencia, palabra, ni aun ápice, que no lo mire y remire, pese y examine todo con advertidísima prudencia». Es muy difícil al censor conservar esa serenidad y rectitud; lo ordinario es que caiga en uno de los dos extremos: ó alabarle todo ó vituperarlo todo; extremos, por cierto, viciosísimos. Debe, pues, la prudencia guiarle en su oficio, «dando—dice Fr. Jerónimo—con el peso fiel de la justicia á cada uno su derecho, á cada cosa su debida estimación, distinguiendo y estimando en un mismo sujeto y en una misma acción lo bueno y lo

(1) § 1.

(2) § 2.

malo, sin que la censura de lo uno sea agravio ó favor de lo otro» (1).

Mas de nada serviría haber hallado á ese censor recto y docto si el escritor no tuviera la blandura y docilidad suficientes para recibir las correcciones y avisos convenientes. «Es de ingenios bien disciplinados y dispuestos á la sabiduría la docilidad, como quien sabe lo que ignora el que más sabe, y que el camino para salir de la ignorancia es la buena disposición de un dócil ánimo. En esto se conocen y diferencian los dignos escritores de los que no lo son; que, de ordinario, ninguno oye con más gusto sus reprensiones que los que merecen mayores alabanzas; como, al contrario, el menos digno de loor, al primer advertimiento arroja la paciencia» (2).

Usábase antiguamente el recitar á muchos juntos las obras antes de publicarlas, y principalmente las de Historia y Poesía; «costumbre—dice Fr. Jerónimo—cuanto provechosa olvidada ya en nuestros tiempos, en que tan fácilmente y tan sin lima se dan á luz escritos muy dignos de tinieblas» (3).

Pero, si bien aprueba el autor esta costumbre, entiende rectamente que, para formar más exacto juicio de la obra, se dé privadamente á leer á algunos particulares, los más advertidos en la censura y lima, «porque la gracia del que recita, y más si es el mismo autor, y la desatención, tal vez casi forzosa, del que oye, hurtan en gran parte el juicio á la censura. La cual, no tanto á la recitación acelerada y respetuosa, cuanto á la solitaria y atenta lección, se ha de fiar. No se puede, en aquella celeridad de la recitación, advertir enteramente el misterio del concepto, de la frase, ni aun á veces de la palabra, y lo que más se percibe es el sonido y cadencia de las cláusulas. Y cuando lo advierta y entienda todo, no puede hacer conferencia de lo que oye con lo que oyó y con lo que ha de oír, todo lo cual se concede al que despacio y á solas lee y vuelve á leer y á conferir lo que está escrito... Entregue, pues, su obra el dócil y cuerdo escritor á uno y á muchos doctos y rectos censores, para que ellos á su gusto y á solas la lean, y puedan atentamente considerar y remirlarla muchas veces. Toda esta atención—concluye—pedimos al que ha de publicar cualquier escrito, pero principalmente al que escribe y publica Historia, porque en ella el yerro es más fácil, menos ordinaria la enmienda, y el daño ó el provecho más universal» (4).

(1) § 3.

(2) § 4.

(3) § 5.

(4) § 6.

Sean amigos los autores de enmendar sus escritos; pero no lo sean tanto, que anden siempre descontentos de ellos y les cueste harto trabajo darlos á luz. «Despreciar se debe el aura popular— dice Fr. Jerónimo,—y también los dientes de la envidia, y obrar con libertad y pureza de intención. La lima también no ha de hacer más que alisar y pulir, no gastar y descomponer, ni, á vueltas de las motas que la espinza saca del paño para dejarlo igual, se han de sacar bocados de la pieza. Así tampoco esperar jamás que la obra no haya de tener por alguna parte imperfección ó quiebra alguna, porque eso es pedir y esperar un imposible; basta que con todo el cuidado posible á la flaqueza y prudencia humana se procure perfeccionar, y que la obra llegue á estado que los doctos y cuerdos la juzguen por muy digna de luz. Mas porque este extremo de cuidado en la enmienda y desconfianza en la obra propia es tan raro en los escritores cuanto frecuente el opuesto á él, no hay para qué añadir aplausos á la flojedad humana, que siempre necesita más de espuela que de freno en las cosas que se perfeccionan á fuerza de cuidado» (1).

El capítulo quinto versa sobre la elección de lo que ha de escribir y el juicio para lo que ha de censurar el historiador.

Gran parte de la sabiduría del historiador consiste seguramente en saber elegir lo que conviene eternizar en la Historia. Conviene hacer notar que todo escritor ha de obrar con suma prudencia en la elección de asunto para su obra y en las cosas particulares que se han de escribir en ella. «Los asuntos, ó son libres ó necesarios, dice Fr. Jerónimo; quiero decir, ó voluntarios ó imperados de quien puede con violencia obligar. En estos últimos no hay que escoger, sino bajar la cabeza y recibir la carga; pero se ha de trabajar en ellos y tratar la materia de suerte que parezca no imperado el asunto, sino voluntariamente elegido, y que el escritor no tenga necesidad de valerse de aquella triste y apenas creída excusa del precepto y obediencia precisa, porque nadie acaba de creer que quien de veras se quiere excusar de escribir no lo pueda hacer; pues estas acciones, que requieren tan sazónada disposición del ánimo, nunca se mandan con apremio tan riguroso que se pueda presumir violencia en el ingenio, el cual, como fuente y raíz de la libertad humana, se conforma con la voluntad en el obrar libre y aborrece todo violento imperio. Trate, pues, el que de algún modo se ve obligado á un particular ó general asunto, la materia de él con la destreza y

(1) § 7.

desahogo que si fuera libre, ó con efecto se excuse de emprenderle quien tuviere libertad de escoger asunto á su albedrío» (1).

Viniendo al otro extremo, esto es, al juicio en elegir las cosas particulares que se han de escribir en la Historia, escribe Fr. Jerónimo: «A dos puntos se reduce todo el acierto en esta materia, que son lo que se debe callar y omitirse, lo que escribirse y publicarse en la Historia, lo cual es una de las dificultades grandes que hay para acertar en ella. No todo lo que sucede en el mundo es conveniente publicarse, y así ni escribirse ó referirse; porque, si de ello no se ha de seguir alguna pública utilidad, ¿por qué se ha de dar á la pública luz? Muy fácil es el yerro en esta parte, si el que se precia de severo y diligente no sabe contenerse en los límites de la prudencia».

Lo que puede ser estímulo para el mal y piedra de tropiezo para las almas sencillas é inocentes, debe callarlo el historiador y dejarlo en perpetuas tinieblas, como también abstenerse de divulgar la noticia de cuanto no pueda sacarse fruto alguno de imitación ó escarmiento; no obstante, dice Fr. Jerónimo, «será muchas veces cordura y conveniencia el descubrir lo malo y flaco de un sujeto bueno para realce de su grande valor, para ejemplo y consuelo de muchos, para común doctrina de todos. Así nos pinta el sagrado historiador á Pedro temeroso, á Mateo publicano, á Magdalena pecadora, y aun para los mismos efectos ó semejantes debe tal vez, no sólo referirse lo malo, sino también lo que puede tener alguna especie y color de tal, lo que parece mengua ó flaqueza en los grandes varones, pues vemos que, del que juntamente fué Dios, nos refiere la divina Historia su temor, su tristeza y agonía en la oración del Huerto. Son, como en otras cosas, en ésta semejantes la pluma y el pincel, y como éste alguna vez tiene gracia en pintar hermosamente lo feo, y en otras lo disimula del todo, así también la pluma, en la tabla de su historia..., será, pues, cordura, y aun necesidad tal vez, disimular un vicio para excusar el deshonor, ó el desmayo, ó la mala imitación de una gente y familia, y tal vez el publicarlo para escarmiento y fuga de eso mismo» (2).

Pero ¿debe el historiador limitarse á narrar simplemente los hechos (historia narrativa), ó, proponiéndose un fin más alto, estudiar las causas, consecuencias y enlace de los mismos, deduciendo enseñanzas prácticas de carácter moral y político (historia pragmáti-

(1) § 1.

(2) § 2.

ca)? No pequeña controversia ha habido en este punto. Ambos extremos deben, sin duda, evitarse; armonizados en la medida justa y prudente, reservado queda á los grandes maestros. Expónganos Fr. Jerónimo ampliamente las dos tendencias, y formule con su labio de oro la consiguiente preceptiva que, de seguro, será la única armónica y verdadera.

«Sienten algunos—dice—que en ningún linaje de Historia se ha de mezclar ó añadir palabra al corriente de la simple narración, con que se prevenga y usurpe el juicio y censura al que leyere, sino que le quede libre y desembarazado para que cada uno, según su talento ó necesidad, coja de la lectura el fruto que ella misma ofrece, condene ó repruebe lo que su capacidad é inteligencia alcanzaren. Y, descendiendo en particular á las dos más universales especies, ó géneros de Historia, que son profana y religiosa, dicen que aquélla se embaraza con las censuras y documentos del autor, y ésta no los ha menester, por ser toda ella documento espiritual y moral, y que así, en ambas es superflua la advertencia del escritor, por estarla clamando las mismas cosas, hechos y sucesos que refiere; después de cuyas voces, llenas de vida y energía por virtud del suceso allí representado, son del todo vanas é importunas las del autor, que vuelve á inculcar con repetición ó ponderación, á veces frívola, lo que había ya dicho y lanzado en el alma el mismo suceso referido. Y, así, no admiten éstos en la Historia más de una sencilla y pura narración, confirmando este sentir con el ejemplo de la sagrada y divina, en la cual apenas se hallará cláusula que, apartándose de la simple narración, se divierta á documentos morales ó políticos. Otros, por el contrario, querrían que la Historia fuese toda sermulario, y entonces les parece la mejor del mundo cuando la ven atestada de documentos (carga pesadísima de inútil doctrinaje); tras cada cláusula su moralidad, y en cada hecho y suceso su censura y advertimiento político, añadiendo á esto varia y prolija erudición intempestiva. Pero, lo que así se escribe, ni es Historia, ni lo deja de ser; porque, pareciendo relaciones, es sermón; por mejor decir, ni es lo uno ni lo otro, y con ambas cosas muele sin provecho al lector.

»De estos dos extremos debe huir el que desea acertar, ni olvidando del todo la censura y documento, ni multiplicando éstos de suerte que parezca ése el principal cuidado. De muchas maneras se puede hacer esto: ó con alguna ponderación particular, que referido el caso se vuelva sobre él, y entonces ha de ser muy templadamente, con tal concisión y límite que no se alargue á digresión sino es

muy raras veces, y en ocasión y necesidad muy precisa y patente, y con tal destreza que no induzca olvido de lo que iba narrando. Y de la misma suerte, y con la precisión dicha, se podrá hacer esto en las conciones y locuciones, rectas y oblicuas, de los personajes introducidos, que, como se representan hablando y ponderando, tiene allí lugar toda moralidad, exhortación y advertimiento, el cual atribuyéndose, no á la persona del escritor, sino á la del que se introduce en la Historia, viene todo á refundirse en pura narración. Puede también cumplir con esta parte en la misma corriente de la narración, sin cortar el hilo de ella, encajando á su tiempo una breve sentencia que descubra el alma de lo que se va diciendo, y sirva como de aviso y recuerdo al lector, embebecido en la lectura, para lo cual se requiere gran arte, y destreza singular. Pero mucho mayor será la de aquel que de tal manera supiere ordenar la narración, que ella misma, sin alterarla ni añadirla, ni mezclar sentencia diferente de lo que allí se dice, esté representando todo el advertimiento y doctrina que encierra el caso que refiere. A esto sólo llegan los grandes maestros de la Historia y Elocuencia, que son ya tan dueños del arte y de las cosas que escriben, que en las mismas palabras con que desnuda y puramente las relatan embeben el documento y la moralidad que allí puede observarse, y lo están representando las mismas palabras. En este género son oráculos: divino, San Ambrosio, siempre que algo refiere; y humano, Tácito, en su Historia» (1).

En el capítulo sexto declara Fr. Jerónimo que ha de juntar el historiador lo útil con lo dulce.

Expone cumplidamente el insigne Carmelita esa sentencia del Padre Horacio, y lo hace con su acostumbrada discreción y sensatez. «Este, dice, es un precepto generalísimo y necesario, no sólo para el poeta, con quien particularmente hablaba aquel autor, sino también para el orador é historiador y para cualquier otro que escribe en cualquier materia, antes bien para el que gobierna, enseña ó cura, y, finalmente, para todo hombre que trata y comunica con otro en orden á su bien. De suerte que en el trato político no se puede dar paso de enseñanza ó gobierno, si ha de ser acertado, que no sea por medio de esta mezcla de lo útil con lo dulce. No recibe el enfermo la píldora de buena gana, si á lo útil de lo amargo no se le añade lo dulce del almíbar. Ni el súbdito sufre con paciencia la vara del rigor si no llevare flores con que, al herirle, se las deshoje enci-

(1) § 5.

ma. Extiende el niño alegre la mano á la palmeta cuando en la otra le pone el maestro la manzana, y fácilmente se abraza lo arduo y rígido de la virtud si se nos propone con semblante risueño. Toda enseñanza ha menester esta mezcla y precepto, y especialmente la de la Historia, que, como se ordena á componer la vida y recrear el ánimo, debe para esto valerse de lo útil y lo dulce con que maravillosamente se compone y recrea todo el hombre (1).

Cierto que se ha de atender primero á lo útil; pero esa utilidad no se alcanzará sin la compañía de lo dulce, porque dice Fr. Jerónimo: «Como no basta la utilidad del manjar, por mucho que sea provechoso, si no tiene de suyo ó se le añade con artificio la sazón que lisonjea al gusto para que fructuosamente le reciba, así la doctrina y enseñanza, por más útil que sea, carecerá de fruto si le falta el sainete de lo dulce que la introduzca al paladar del alma». Confirma esta enseñanza el autor con el ejemplo de San Agustín, quien oyendo al divino Ambrosio, y llevado de la dulzura de sus palabras, dice que se le entraba en el corazón juntamente con ellas la verdad, y que así vino á rendirse al yugo de la divina ley, asido á las coyundas de aquel dulce decir; que fué el cebo con que el diestro pescador Ambrosio prendió un pez tan grande como Agustino; tanta es la importancia y tan importante el fruto de mezclar lo dulce con lo útil (2).

Esa mezcla de lo útil con lo dulce puede ocurrir ó solamente en las palabras, ó solamente en las cosas, ó juntamente en las cosas y las palabras. Comenzando por el primer extremo de la dulzura, «hay algunos, dice Fr. Jerónimo, tan inclinados á todo lo suave y dulce, que así en las obras como en las palabras y escritos no muestran ni parece que respiran otra cosa sino blandura, melosidad y terneza, ora sea por natural simpatía con estos afectos, ora por singular elección y estudio, aunque no puede dejar de fundarse mucho en la natural inclinación. Estos, si gobiernan y mandan, jamás toman la

(1) § 1.

(2) § 2. Alude Fr. Jerónimo á las palabras con que principia San Agustín el capítulo xiv del lib. v de sus *Confesiones*: *Cum enim non satagerem discere quæ dicebat sed tantum quemadmodum dicebat audire, veniebant in animum meum simul cum verbis quæ diligebam, res etiam quas negligebam; neque enim ea dirimere poteram. Et dum cor aperirem ad excipiendum quam diserte diceret, pariter intrabat et quam vere diceret.* De aquí se infiere la importancia grandísima que tiene la forma en la expresión de nuestros conceptos, y aun para inculcar las grandes verdades del orden moral y religioso, como del pasaje transcrito se desprende. Y ¿cómo no, siendo Dios el autor de la suprema verdad y de la suma belleza?

vara del rigor ni saben decir una palabra dura. Si enseñan, es con un modo fácil y suave. Si hablan ó escriben, no hay cláusula ó período que no destile miel; y parece que van azucarando cuanto hacen y dicen, sin saber mezclar un grano de pimienta ni una punta de agrio entre lo dulce, atendiendo más al gusto que al provecho, aunque algunas veces ni con esto satisfacen al gusto, sino que antes le dejan desabrido, porque lo muy dulce sólo es golosina para niños y mujeres... Son las palabras como los vasos en que se da el manjar ó la bebida. En vasos y vajilla muy hermosa se puede dar vianda ó bebida poco útil, y aun el veneno suele allí disimularse, como en platos y vasos muy groseros se puede servir al gusto y al provecho lo que más le importa. No todo lo que se dice y habla dulcemente es por eso bueno, ni malo todo aquello que se dice con aspereza y amargura. Lo áspero se puede decir con palabras dulces, y lo dulce con ásperas, y uno y otro de ambas maneras. Vicioso es, pues, el extremo de aquel que en sus palabras, en sus obras, en su doctrina, en su gobierno, en su sentir, todo es dulzura sin que le mezcle algo de necesaria utilidad (1).

Es vicioso también el extremo de los que sólo pretenden la utilidad, no cuidando de amenizarla con suavidad y dulzura. «Como de ordinario, dice Fr. Jerónimo, todo lo más útil trae consigo un pedazo de dificultad, y lo difícil, por la corrupción de nuestra naturaleza, se nos haga horrible y lo rehuya el gusto, es necesario templar y suavizar aquel horror con las palabras dulces, y á veces con la doctrina y sentimientos más suaves. Contra lo cual pecan los que de su natural son tan desabridos, que ni consigo mismos ni con otros tienen suavidad alguna. Estos, en el gobierno ó en la enseñanza, jamás topan con una palabra de consuelo; ni en las obras ó los escritos les hallaréis blandura; en todo se representa el ceño de su aspereza, escabroseando siempre cuanto hacen y dicen. Paréceles que, como se cumpla con la parte de la utilidad, todo está hecho, siendo así que muchas veces se hace nada si se olvida de la dulzura. Antes aquélla no es provechosa si ésta falta. Porque no importa que el manjar sea precioso de substancia y alimento si está mal sazonado y no le puede arrostrar el paladar más sano, cuanto más el enfermo, cual suele de ordinario ser el de los mortales para las cosas de virtud. No se contente, pues, el escritor con la utilidad sola de la doctrina; procúrela guisar y sazonar con salsilla tan dulce que se haga apetecible, y de esta manera provechosa á los lectores. Por esto la mezcla

(1) § 3.

de lo útil con lo dulce llevó siempre la palma en todo género de obrar, sea en lo político, sea en lo escolástico, sea en lo hablado, sea en lo escrito (1).

Mas ¿en qué proporciones ha de hacerse esta mezcla de lo útil con lo dulce? Después de algunas luminosas consideraciones, resume acertadamente el autor su sentir en estos términos: «El saber, pues, cuándo en el gobierno, cuándo en lo escrito haya de abundar más ó menos lo dulce que lo útil, que lo recto, que lo agrio, es obra de singular sabiduría, y el ejecutarlo, dando el punto y sazón á esta mixtura, es una de las mayores destrezas que se puede esperar del escritor más sabio, á cuya prudencia dejamos el arbitrar en los particulares casos, de que no se puede dar regla cierta, sino es una muy general, diciendo: que siempre lo útil ha de ser lo principal que se pretenda; y así, preferido á lo dulce y deleitoso. Y que de esto sólo se ha de mezclar aquello que más ayude á inducir la utilidad» (2).

En el cap. VII trata Fr. Jerónimo de la entereza y rectitud del historiador.

Pone singular empeño el ilustre carmelita en declarar estas cualidades, que tan de veras convienen á cualesquiera escritor, y más á todo historiador, para ser digno de este nombre. Tiende, como se ve, el autor á dignificar y ennoblecer tan elevado cargo, y á que se forme una idea exacta de lo que debe ser quien lo ejerce. A eso se encaminan sus esfuerzos en todas las páginas de esta meritísima producción. «Es la verdad—dice—el alma de la Historia, porque sin ella no es más que un cuerpo muerto; y así, todo lo que se opusiere á la verdad, se opone al ser y naturaleza de la Historia. Para conservación, pues, de esta alma en el cuerpo histórico, pedimos al historiador la rectitud y la entereza, con la cual no admita en su narración cosa que no sea muy apurada en el crisol del examen, y aprobada en el tribunal de la verdad» (3).

Cierto, la verdad de los hechos es el carácter distintivo y, en cierto modo, constitutivo de la Historia. La falsedad es enteramente intolerable en ella. Polibio, el historiador más apasionado de la verdad que ha existido jamás, y cumplido modelo del género de Historia llamada *pragmática*, dice que, así como el instrumento llamado *regla* no deja de merecer este nombre, cualesquiera que sean su longitud

(1) § 4 y 5.

(2) § 6.

(3) § 1.

y su anchura, con tal que sea *recta*, así la Historia será Historia aun cuando estuviese desnuda de los adornos que pueden embellecerla, pero dejará de serlo en el punto mismo que falte en ella la verdad. «Por cuatro achaques puede peligrar la de una Historia—dice Fray Jerónimo,— que son: la inteligencia, el afecto, el odio y el temor de quien la escribe». Dejando el primero, pues ya discurrió largamente sobre él, empieza á tratar del afecto, «que es una vehemente inclinación de la voluntad á alguna cosa; ó la tal cosa—continúa— á que el historiador está inclinado es el mismo historiador, ó es algún deudo ó cosa suya, ó es alguna otra persona extraña; respecto de los cuales, y por afecto á ellos, puede flaquear y torcerse la rectitud de su entereza en lo que escribe. El primer escollo donde no pocas veces se ha visto zozobrar el que navega en este golfo de la Historia, es el mismo historiador; quiero decir, el desordenado afecto con que se ama, buscando principalmente, no la verdad y memoria de las cosas que escribe, sino la estimación y memoria de sí mismo. Puede buscarla de una de dos maneras, es á saber: ó en la particular loa de su escritura, ó en la de sus acciones, prendas y calidades de su persona. Llevado tal vez del afecto de ser tenido por docto y elocuente, pone toda la fuerza y cuidado en parecerlo y ostentarlo, robando con esto la atención del lector que se debía sólo á la verdad de las cosas escritas. Esta es una manifiesta injusticia y robo que comete el que escribe contra la rectitud y entereza que debe observar en su escritura. Y aunque también esto acaece en otros escritores de diversas materias y facultades... pero especialmente se nota y condena en el historiador, el cual, de tal manera debe escribir las cosas, que sólo en ellas ponga su atención y acuerdo el que las va leyendo. Entonces cumplirá con su precisa obligación, si las dejase de tal modo escritas que le parezca al lector, no leerlas, sino verlas, sin acordarse del autor que las escribe» (1).

Por lo que toca á buscar el que escribe particular loa de sus prendas y cualidades, «debe aquí—dice Fr. Jerónimo—poner límite la modestia, á quien pertenece refrenar la ambición y contener el ánimo en la moderación de los afectos, mortificando la viveza de éste, que así tiranamente arrastra á los mortales. Considere el que en su Historia se le rinde que ningún camino hay más cierto de perder la estimación que el desordenado afecto de buscarla; porque, como el honor sigue á quien le huye, así huye de quien le sigue, como si

(1) § 2.

le fuera persiguiendo; que persecución es, sin duda, contra el honor el ansia de buscarle» (1).

Y cuando al historiador se ofreciere tratar de cosas pertinentes á sus deudos, amigos y compatriotas, «debe—dice Fr. Jerónimo—también templarse con la rectitud de la justicia... ¿Quién duda que á los tales se debe, en los monumentos de la posteridad, la memoria que los méritos de cada uno piden? Pero no con encuentro de la verdad, usurpando las glorias que á otros se deben, ni encareciéndolas con excesiva afectación... Haga cuenta el historiador, cuando le es forzoso hablar de sí y de los suyos, que habla de un tercero y de personas y gente muy extrañas, y, tomando en la mano la regla de la verdad y rectitud, sólo con ella mida lo que hubiese de escribir. Y aun entonces, en lo que fuese de más loa suya y más en su favor, no creyendo á su más rígida austeridad, temple en buena parte la relación afectuosa, que así quedará más ajustada, porque siempre lo propio nos tuerce al extremo de su favor, y es menester para dejarla derecha retorcer la vara al extremo contrario» (2).

Hay otro afecto que ejerce tal vez mayor imperio y tiranía sobre el historiador, y es la inclinación que siente hacia las personas extrañas, llamadas por Fr. Jerónimo con este nombre «á las que no por algún respeto propio de familia, nación ó gente mira el historiador, aunque sean tales, sino por otros en que se ceba su ambición ó su interés, porque respecto de este intento es cosa accidental que sean propias ó extrañas las personas de quien escribe; y porque él en su intención las mira con extraños ojos sólo en orden á su comodidad ó ambición, las llamamos así... Pretende y espera (el historiador) de algún Príncipe ó República, y, armado de todas las cautelas de la ambición, tiende todas las redes de la lisonja, no procurando otra cosa en lo que escribe sino sólo el gusto de la persona á quien adula. Los sucesos y acaecimientos de sus cosas los representa gloriosísimos, encarece sus hazañas, encubre sus defectos, engrandece su memoria, y, para que ésta parezca más divina, deprime y abate la de cuantos concurrieron en su tiempo digno de memoria. No se puede tolerar la lisonja de un ambicioso historiador, la cual, no solamente es aborrecible á los desinteresados en aquellas fingidas glorias, pero aun á los mismos á quien con ellas pretende agradar. ¿Qué ánimo generoso y corazón grande se puede pagar de adulación tan fea?» (3).

(1) § 3.

(2) § 4.

(3) § 5.

«El odio natural contra alguna persona, gente ó nación hace en la entereza del historiador el mismo estrago que el demasiado afecto. Porque nadie quiere, ni sabe, ni puede engrandecer al que aborrece, que es el primero de los dos afectos; y así, pasa en silencio sus hazañas, ó las tizna y deslustra con obscura memoria. Desdichado del que cae en la ira de su pluma, que nunca en sus alas levantará vuelo sino para despeñarse en los abismos. Bien puede exceder en fortuna y hechos á Alejandro, en valor y gobierno á los Césares, en sabiduría á los Filósofos y en virtud á los Santos; que, si está en desgracia del historiador á quien pertenece referir sus cosas, las callará todas, ó las escribirá de manera que se le siga de ellas una eterna infamia».

No menos que el odio debe expeler el historiador el temor, «y, armado de una enterísima constancia, atropellar con todo vano respeto, escribiendo lisamente la verdad, y con ella lo que, siendo conveniente á la República, ha de herir á los que merecieron esta nota. De ejemplos buenos y malos se compone la Historia, y no la defrauda menos el que por temor calla los unos, que el que por odio los otros...» (1).

«El general remedio contra todos estos achaques para la entereza que al historiador pedimos—concluye Fr. Jerónimo—se cifra y resume en la buena disposición del ánimo, temple de los afectos y concierto de las pasiones, las cuales debe tener tan arrendadas, que ni el amor ni el odio le gobiernen la pluma, ni la esperanza ó el miedo se la tiranicen. Que si bien debe á su patria, debe á sus reyes, deudos y amigos, y á sí mismo se debe, en ocasión precisa, alguna honrosa y oficiosa memoria, cuando la narración le ofrece lugar y no se encuentra con las leyes de la verdad y la justicia; pero agraviar éstas por complacerse á sí y á aquéllos es destruir el fruto de la Historia, violar el sacramento de su fe, y desterrar el historiador de sus escritos, juntamente con la verdad, la autoridad...»
«Libre, libre ha de estar siempre el ánimo del historiador, como el del juez, para narrar con sinceridad y escribir con rectitud lo que conviene. Y para que se pueda hacer esto con más libertad, aconsejaría yo no se escribiesen historias de cosas muy recientes, cuya gloria ó infamia pertenece á personas poderosas que aún son vivas, ni aun las acciones de los padres en tiempo de los hijos, en quien aún está hirviendo con la sangre la memoria y afecto á ellos, hasta que en la edad de los nietos, que suele ya ser otro siglo, se haya

(1) § 6.

resfriado aquel afectuoso y tierno calor, cuando ya se miren como de lejos, y menos propias al príncipe vivo, las acciones del abuelo difunto. Por esta causa, consultado aquel monstro de erudición, Lipsio, del prodigio de los ingenios, Lupercio, qué materia elegiría para escribir en la Historia de Aragón, que estaba entonces á su cargo, le respondió con aquel su misterioso y docto laconismo: *Tuta, tuta, id est, vetera*. Lo seguro, lo seguro, esto es, lo antiguo» (1).

En el cap. VIII trata Fr. Jerónimo de que pertenece á la entereza del historiador la libertad de la defensa en materias graves.

¿Es lícito en la Historia mezclar controversias y usar de apologías, y por esta causa de brío y de libertad en el modo y estilo de escribirlas? Comenzando por la primera parte de esta duda, dice Fr. Jerónimo, «que hay muchas controversias de poca ó ninguna importancia, que no sirven en los libros sino de cansar al lector y desabrir á muchos, perdiendo por ambas partes su estima lo muy bueno que en lo demás se escribe, y no poco crédito el autor. Éstas deben huirse y evitarse, aun cuando parece que se pudieran tolerar. Pero hay otras tan importantes, ó para la inteligencia y calificación de lo que se escribe, ó para defensa de las cosas que se tratan, que de ninguna manera se pueden omitir sin agravio manifiesto de la verdad y de los que á la luz de ella miran su honor ó su interés. Y comoquiera que esto sea común á todo linaje de escritura, en que se pueden admitir ó evitar estas controversias, es muy particular de la Historia, á cuyo escritor pertenece una modesta libertad y entereza para defender ó impugnar lo que conviene» (2).

En las causas comunes, es decir, en lo que se refiere al bien de la Iglesia y del Estado, ó de una colectividad cualquiera, es necesario volver siempre, sin miedo ni cobardía, por los fueros de la verdad. «Corren los escritos, y mayormente los de las Historias, por todas las edades y naciones del mundo... ganando tanto crédito su relación, que á pocos años de antigüedad adoramos por oráculo lo que hallamos escrito sin contradicción de aquel tiempo, aunque sea la mayor patraña del mundo; tanto puede la tradición, ó escritura no contradicha. Por donde, publicándose escritos contra el honor y dignidad de una religión (alude á las Órdenes religiosas), de una Nación, de una República, justísima y necesarísima obligación es responder á los contrarios y deshacer sus argumentos y calum-

(1) § 7.

(2) § 1.

nias con eficaces pruebas de relaciones y testimonios verdaderos, so pena de quedar la tal Comunidad ó República despojada en cuatro días de sus honores, lustre y reputación en el mundo, y juntamente del fruto que á ella y á toda la Iglesia puede seguirse de conservarse en su antigua y propia dignidad» (1).

En las causas no comunes á muchos, sino especiales de algún particular, dice el autor: «Éstas, ó son ajenas, ó son propias del mismo escritor. En ambas siempre se debe atender al daño ó provecho universal que de allí puede seguirse, y en esta consideración se ha de juzgar de las particulares lo que de las comunes; esto es, que no sólo será lícito, sino obligatorio y forzoso, el defenderse, porque entonces el responder uno por sí es desagrarar á los demás, cuyo provecho, honor y reputación pende singularmente de la suya. Por esta causa el príncipe, el magistrado, el prelado, el padre de familias, el doctor, escritor y predicador, y cualquiera que tiene oficio de gobernar ó enseñar, pueden y deben salir á su defensa. Pero cuando fuese la causa tan propia del escritor que no peligre en ella la de otro alguno, podrá omitir el defenderse, dejando á Dios su defensa y su venganza. También podrá omitirla cuando, al contrario, no mereciese respuesta, para no honrarle con ella, ó cuando no hubiese de aprovechar por la mala disposición de quien la ha de recibir, causas ambas del silencio de Cristo en su Pasión. Dificultoso punto es de averiguar cuándo sea lícito, cuándo forzoso el responder por sí. Obra es de grande humildad no excusarse cargado; de gran paciencia no vengarse injuriado; de grande perfección el satisfacer al contrario con templanza. Más fácil cosa es el callar que el responder sin exceder en causa propia. Por esto sería más seguro y sano consejo dejar á Dios la venganza, ó encomendar á otro la respuesta, para conservar la caridad y paz del corazón» (2).

En cuanto al brío y energía en el modo y estilo de responder y controvertir, es un punto éste que origina hartas veces dudas y dificultades. «Nadie ignora—dice Fr. Jerónimo—la obligación que el escritor cristiano y cuerdo tiene de contenerse en los límites de la modestia en tales ocasiones, pues así la vida y doctrina de Cristo, Señor y ejemplo nuestro, como el dictamen de la razón, enseñan á templar el estilo y suavizar el modo de hablar en las respuestas. Pero tampoco hay duda que tal vez es necesario responder con brío y aun con acedia, para defensa de la verdad y mayor gloria de Dios.

(1) § 2.

(2) § 3.

Cuando se deba usar del uno ó el otro modo, se deja á la prudencia y á la ocurrencia de los casos. Diría yo que, cuando no se pretende más que aclarar la verdad para enseñar al ignorante y reducir al errado, basta y aun aprovecha más la suavidad en el modo y estilo; pero cuando, además de esto, se pretende castigar al insolente y atemorizar al atrevido que la impugna y la niega con pertinacia, se puede y debe usar de brío y acedia en las palabras, fulminando en cada una de ellas un rayo, para que así, á costa suya, se restituya á las cosas la verdad, cuando no se puede redimir de otra manera» (1).

Esclarece el autor de mano maestra esta doctrina, probando que la ira justa no se opone á la paciencia, ni á la caridad y humildad, y que en las disputas se necesita gran brío y ardor del corazón, si bien este brío ha de vivificar el discurso y no el afecto, que ha de andar muy concertado, cuidando siempre el que disputa de cumplir religiosamente las leyes de la modestia y templanza. ¡Qué capítulo es éste, sobre todo la última parte de él, tan lleno de substancia y miga, y rico en observaciones dignas de perenne recuerdo y estima!

En el capítulo noveno trata Fr. Jerónimo de la autoridad que ha de tener el historiador.

El último requisito de los tres que pide el insigne preceptista al historiador es la autoridad con que, por la reverencia que se debe al autor, se haga más venerable su escritura. En todos los hechos y acciones humanas, para el juicio, estimación y censura de ellas, importa mucho la calificación de las personas de quien proceden. «Las mismas obras, por la nobleza ó vileza de quien las hace, son, ó altamente ensalzadas, ó tenidas en bajísima opinión. La razón de esto es porque, según el curso ordinario de la Naturaleza, los efectos participan las propiedades de sus causas, y la virtud y excelencia de ellas se transfunde y resplandece en ellos. De donde nace que, no solamente sean tales los efectos cuales son sus causas, sino que también sean estimados de los hombres en aquel aprecio y opinión que se consideran sus principios (2).

Tiene esta doctrina mucha aplicación á los escritos, «porque, cual es, ó se reputa el autor, en ese grado se estima su escritura y sentimientos. Es así que todo lo bueno procede y mana de Dios, y que el principio de toda verdad, adondequiera que se halle, y por

(1) § 4.

(2) § 1.

cualquiera persona que se diga, es el mismo Dios, el cual sólo es el principal maestro y doctor de la verdad; pero ésta, que originalmente mana de tan alto y noble principio, se guía y encamina á los hombres por arcaduces más ó menos nobles, más ó menos calificados y estimados; y como el mundo, en el inmediato gobierno, depende también de estas causas segundas, que median entre la primera y los efectos, y la influencia universal se modifica y acomoda á la particular virtud y capacidad de aquéllas, de aquí es que tengan las causas inmediatas una particular eficacia para imprimir su virtud y excelencia en los efectos que producen. De donde se sigue que la verdadera doctrina (de quien el principio y fuente es sólo Dios) tome su inmediata calificación para con los hombres del autor humano que la enseña y escribe, y que, cuanto mayor fuera la autoridad y estimación del escritor, tanto sea mayor la de su doctrina y escritura. Confieso que la verdad, ella por sí, debe recibirse y estimarse, y que trae consigo luz bastante para esclarecer el entendimiento, y eficacia para mover la voluntad en los corazones bien dispuestos, y que, á semejanza de la palabra divina, es como el cuchillo y alfange de dos filos, que corta y penetra hasta las médulas del espíritu; pero importa mucho de qué brazo y mano sea gobernado ese alfange, para que el golpe y herida sea más ó menos penetrante y eficaz. Aquí obra también mucho la opinión; porque una misma sentencia dicha por persona de autoridad estimada por sabia, aunque no lo sea, se tiene por oráculo, y esa misma, dicha por quien carece de opinión y puesto autorizado, aunque mucho lo merezca, se desestima y desprecia. Hoy dicen los taberneros y los rústicos, sin que nadie haga caso de su dicho, las mismas sentencias que halladas en Homero y Platón causan admiraciones en graves auditorios. ¿Qué es esto sino la opinión que se tiene de éstos, la desestima que de aquéllos? Y aun llega á tanto el poderío de esta opinión, que, no sólo la verdad enseñada por el ignorante, sino la mentira enseñada por el falsario, si la opinión está de su parte, prevalece contra la verdad misma si la enseña el sabio no tenido por tal. Tanta es la veneración que concilia el puesto, la autoridad y opinión adquirida de los autores y escritores en el mundo» (1).

¿Hase visto más profunda y delicada manera de establecer, primero el valor de las acciones humanas, según sea mayor ó menor la categoría de quien las ejecuta, y luego el mérito y valía de los

escritos, habida consideración igualmente á la autoridad y estima de que goza el escritor? ¡Qué modo de expresarse, al declarar la intrínseca virtualidad y eficacia de la verdad, y al afirmar su soberana realeza en los espíritus! ¡Qué símil tan vigoroso y expresivo al equiparar á esa verdad, á semejanza de la palabra divina, con el cuchillo ó alfange de dos filos, que penetra hasta los más recónditos senos del alma! Pero, al mismo tiempo, ¡cuán oportuno y discreto se muestra Fr. Jerónimo al advertir que, según sea la mano que gobierne ese alfange, será más ó menos certero el golpe y más ó menos profunda la herida! Y luego, por último, ¡con qué bizarría y destreza señala el crédito de que goza la opinión recibida en punto á escritores, para admitir ó no las doctrinas, ó sentencias que contienen sus libros!

Las razones apuntadas por el docto y concienzudo carmelita se aplican sin duda á cualesquiera escrito; pero donde deben valer principalmente es para la composición de las obras históricas. Es una verdad palmaria é indiscutible que «al historiador, como dice Fr. Jerónimo, entre los escritores meramente humanos, se debe mayor crédito y fe que á los demás, porque se fía de su cuidado y diligencia la averiguación de la verdad que en aquéllos se explora y averigua. Esta confianza, pues, de los lectores fundada en la común obligación del historiador, se aumenta ó disminuye con la opinión que de su vigilancia, sabiduría y entereza se tiene; y como para dar apoyo á esta opinión importa la autoridad de la persona, viene á ser este requisito grandemente necesario en el que escribe historia, así para que él mismo la escriba dignamente, como para que sea ella recibida con digna estimación» (1).

¿En qué se funda, empero, la autoridad del historiador? «En cuatro principios, dice Fr. Jerónimo, que pueden calificar su testimonio y escritura; es á saber: virtud, sabiduría, nobleza y dignidad» lo que da más autoridad á una persona es, á no dudarlo, la virtud, «porque á ella se debe la primera y mayor estimación. Y aunque en el mundo sea tal vez (y muchas) menos amparada de lo que fuera justo, dándose los premios y riquezas, no tanto al virtuoso cuanto al venturoso, pero nunca deja de tener suma autoridad, aun para con esos mismos que la desfavorecen; pues aunque la dejen desnuda y temblando de frío en un rincón, allí la reconocen por digna de alabanza, estiman su sentir, dan crédito á sus dichos, y, en lo que afirma un virtuoso, no se halla quien fácilmente ponga duda. De

aquí toma gravísimo argumento la Religión cristiana para persuadir la verdad que predica; pues tantos varones de inculpable vida y virtud notoriamente heroica la profesan» (1). Argumento muy poderoso sin duda y convincente que han manejado con invencible elocuencia y brío los grandes apologistas de la Religión, así antiguos como modernos, mereciendo lugar preferente entre ellos el príncipe de la elocuencia sagrada en España, el inmortal hablista Fr. Luis de Granada (2).

La sabiduría acredita sobremanera al historiador. Ya encareció el autor con brillantes pinceladas la grandeza de esa cualidad, limitándose aquí á enumerar levemente sus excelencias. «Bien se deja ver, dice, cuánta sea la autoridad de un hombre sabio, porque como sea excelencia muy grande aventajarse uno á los demás hombres en aquello mismo que el hombre se aventaja á las bestias, que es la razón y entendimiento, en esa misma proporción les excede en autoridad, pues ninguna hay mayor, ni aun igual, á la del entendimiento y saber, mirada la naturaleza racional por serlo solamente. Por esto al hombre sabio se tiene tan grande reverencia, y se le reconoce una cierta superioridad sobre los demás que no lo son, de manera que su dicho se estima, su parecer se venera, su testimonio se cree, y cada palabra suya es tenida por oráculo. De donde se infiere cuánto importa al historiador esta circunstancia de la sabiduría para que su Historia tenga mayor autoridad» (3).

Sigue á la sabiduría la nobleza, la cual es en un principio de tan grande autoridad, «que ella sola, dice Fr. Jerónimo, cuando las demás calidades sean inferiores, basta para acreditar mucho una Historia, y para, cuando aquéllas también concurren igualmente, darle una suma excelencia y dignidad. Siempre en un corazón y pecho noble se presume que mora muy de asiento la verdad, y que la sangre limpia y generosa no permite mancha de mentira, pasión ó adulación en las palabras. Es la nobleza hermana de la verdad, defensora y amparo de ella, y así degenera del ser noble el que merece opinión de menos verdadero. Por esto, pues, concilia una muy notable autoridad á su Historia la nobleza del historiador» (4).

La dignidad es el último principio que granjea autoridad al historiador. «Califica mucho, dice Fr. Jerónimo, las acciones de una

(1) § 4.

(2) Ved, sobre todo, la magnífica *Introducción al Símbolo de la Fe*, parte segunda.

(3) § 5.

(4) § 6.

persona el verle ejercer oficios y cargos públicos de dignidad y autoridad, porque con razón se juzga de grande mérito y de talento aventajado el que es elegido para semejantes puestos. Y aunque es verdad que no pocas veces ocupa los más altos quien menos los merece, es tanta la dignidad del mismo puesto, que aun á esos mismos, bien que indignos y conocidos por tales, les concilia autoridad y estimación, porque la grandeza y esplendor del cargo redunda en los que se hallan revestidos de él, como la del vestido y adorno precioso en la persona que con él se compone... De lo cual se colige cuánto importaría para el crédito y autoridad de la Historia que también por esta parte la tuviese el historiador, y fuese persona constituida en dignidad de puesto grande, ó por lo menos tenida comunmente por benemérita de los de grande confianza y estimación en su República» (1).

Grande sería la autoridad del que reuniera estas cuatro cualidades para ejercer el cargo de Historiador. Difícil, empero, es reunir las todas, y en consecuencia se ha de procurar sean aquellas que más puedan dignificar á la persona y autorizarla. Óigase á Fray Jerónimo cómo dilucida este punto con singular pericia y maestría, tomando luego de ahí ocasión para exponer luminosas consideraciones de altísimo valor doctrinal, que me place sobremanera trasladar aquí. «La sabiduría, dice, siempre tiene el primer lugar en las acciones y oficios que principalmente penden del ingenio. Que aunque es verdad que la virtud es la que (generalmente hablando) más califica y autoriza un sujeto, y por eso la pusimos arriba la primera; pero eso es en orden á la rectitud de las costumbres y la vida, no en orden á la particular obligación de un cargo y ministerio que principalmente se funda en el talento, industria, experiencia y sabiduría de quien le ejerce. Mayormente si el cargo es secular, porque en los eclesiásticos y religiosos, que principalmente se enderezan á la reformation de la vida y costumbres, el ejemplo de costumbres y vida inculpable es una principalísima parte de la aptitud y conveniencia para el ministerio encomendado; pero en los seculares más fácilmente se disimula esta falta. Y así vemos gobernadores y ministros grandes á cuyas manos se fían las riendas del gobierno público, que siendo tal vez no bien morigerados, antes de vida y costumbres estragadas, cumplen en lo particular de los oficios con las obligaciones más propias de ellos, y vemos también, por el contrario, que personas de virtud más que ordinaria, por faltarles el

(1) § 7.

requisito de sabiduría y talento, no aciertan en la dirección de lo que tienen á su cargo. Que no siempre da Dios con la virtud el talento necesario para todo ministerio, aunque, para el que Dios elige á uno, le previene de antemano con la idoneidad. Requiere cada cual de los oficios y empleos su manera de capacidad y aptitud, la cual es como propiedad intrínseca del cargo, que viene casi á refundirse en la naturaleza misma de él. Y así es ésta la primera y más necesaria condición suya, y sobre ella asientan las demás como esmaltes preciosos, de los cuales el primero siempre es el de la virtud, que da á toda acción y obra un género de valor y estimación casi divina. Por esto, siempre que al talento acompaña la virtuosa vida, queda con ambos requisitos (cuando le faltasen los demás) digna y altamente calificado el sujeto para el ministerio que entre manos tiene, aunque fuese de suyo muy profano. Y así, estos dos deben en todo caso procurarse y concurrir en el historiador. Pero si pudiesen hallarse todos los cuatro referidos juntamente, es á saber: con la virtud y sabiduría la nobleza y dignidad de puesto, le darían sin duda una suma y consumada autoridad para que la pudiese comunicar á su Historia» (1).

En el cap. ix, que es el último de esta parte tercera y de la obra, trata Fr. Jerónimo de la elección de autores de Historia para leerla y escribirla.

Es éste un capítulo interesante, que juzgó el docto preceptista debía escribir para norma y guía, así de lectores como de escritores de Historia. «Una Historia bien escrita—afirma, determinando con precisión maravillosa el concepto de la Historia, único verdadero, y que encierra provechosa finalidad ética y literaria— no es menos idea para la vida que para la pluma, y una y otra necesitan de ejemplar en quien mirando mejoren las imitaciones del vivir y del escribir, las cuales siempre, á vista del ejemplo, se esfuerzan á igualarlo» (2).

Señala luego la dificultad que hay en elegir los mejores autores de Historia, y para acertar juzga sesudamente que se ha de dejar previamente establecido que «aquella Historia será más calificada y perfecta que, según los cuatro géneros de causas, fuere más excelente; es á saber: por la eficiente, que es el autor ó escritor; por la material, que son las cosas y sucesos que contiene; por la formal, que es el modo, método y estilo de escribirla; y por la final, que es

(1) § 8.

(2) § 1.

el intento y blanco á que se ordena. De suerte, que si el autor fuese más sabio, más diligente, más prudente, más noble, más virtuoso, y tuviere en mayor y más alto grado estas y las demás condiciones y propiedades que arriba dejamos señaladas para el buen escritor de Historia, ésa será mejor y más calificada por esta parte. Y asimismo, si fuese la materia de ella más digna, más alta y más provechosa, más verdadera y agradable, y el estilo y composición más propio y conveniente á la materia y al autor, y todo ello ordenado á más divino y superior fin, será por todas partes más aventajada, y así más digna de elegirse para pasto del alma en la lección y para idea de la pluma en la escritura» (1).

A tenor de lo dicho, da el autor la primacía á la divina Historia que se contiene en las Sagradas Letras, y celebra, entusiasta y alborozado, sus excelencias, y pondera su mérito sobre cualesquiera otros libros historiales. Muchos elogios se han hecho, y con razón, de la Sagrada Biblia, é ingenios esclarecidos han agotado sus fuerzas en tan meritísima empresa, tales como Bossuet, Fenelon, Chateaubriand, Rollin, Laharpe, Shlegel, Lowth, Michaelis, Herder, William Jones, y Mons. Plantier, obispo de Nimes; y entre los hispanos Fr. Luis de León, Berriozabal, Caminero, el gran Donoso Cortés, Taroují y el sabio cuanto modesto hijo del Inmaculado Corazón de María P. Manuel Pardinilla, que vive todavía consagrado á enaltecer la literatura bíblica. A tan gloriosa falange debe sin duda juntarse el docto carmelita, autor de ese precioso *Genio de la Historia*, cuyas bellezas literarias he procurado dar á conocer en este humilde trabajo.

Dice Fr. Jerónimo que señala el primer lugar á esa divina Historia «porque, según todos los géneros de causas, tiene suma é incomparable eminencia sobre todas las otras, pues el Autor es el mismo Dios, que la escribió con las plumas de los profetas y evangelistas santos, y lo que se trata en ella son obras divinas y humanas, dispuestas con especial orden de la eterna Providencia, y encaminadas á la gloria del mismo Señor y á la salvación de nuestras almas. El estilo con que está escrita es el más propio y conveniente á la materia y al Autor. Porque así como á la grandeza y majestad de un Rey no conviene la habla y escritura de la elocuencia artificiosa, y un modo de hablar afectado y repulido, sino llano, comprensivo y grave, así al Sumo y Eterno Rey, abismo de las sabidurías todas, convenía un llanísimo, gravísimo y sumamente digno

(1) § 2.

modo de hablar y escribir sus obras y grandezas, esto es, sin retruécanos, cadencias, ritmos, circunloquios y ambajes, ni alguna otra manera de artificiosa parlería y argucia, aunque, por otro modo más alto y misterioso, no carece la Escritura divina de un cierto linaje de elocuencia y arte soberana. La materia también pedía esto mismo; porque, cuanto es más sublime y sacrosanta, debía tanto más alejarse del humano artificio, en que á los principios de su estudio y lectura, tropezando los grandes y eruditísimos ingenios de Agustino y Jerónimo, vinieron después á reconocer la conveniencia de tan divino estilo en escritura tan divina.

»Esta Historia, pues, entre todas las del mundo, es la que se debe tomar por primer ejemplar y dechado para leer, para escribir, para imitar, para obrar. Y verdaderamente, ni la curiosidad para el deleite y gusto, ni la necesidad para el aprovechamiento, propio ó ajeno, podrán hallar en otra Historia los ejemplos y doctrina que en ésta. Porque, si bien se considera, ¿qué sucesos más prodigiosos y sabrosos que los del Génesis y todo el Pentateuco? ¿Cuáles más llenos de política observancia que los que contienen los libros de los Reyes? ¿Dónde representaciones tan misteriosas como las que recuentan los Profetas? ¿Qué hazañas y proezas más grandes y admirables que las de la Historia Macabea? ¿Y qué obras y maravillas tan divinas como las de Cristo, salud nuestra, y las que en todo su Evangelio, Actos apostólicos y Apocalipsis se refieren? En estos sacrosantos libros históricos se hallará con incomparables ventajas todo cuanto se busca y no se halla en los mejores de cualquiera género de Historia. Confieso que hay en alguna de las profanas mucho que observar y que imitar (lo cual también mana del Autor de la Sagrada Historia); pero hay también en ellas mucho que dejar y que lucir, y millares de errores entre pocos aciertos, y la que parece mejor y más perfecta tiene sus lunares, y aun fealdades notorias. Sólo en la Historia Sagrada ni hay lunar ni imperfección alguna; todo es claridad y resplandor solar, y en toda consideración que la contemples, abismo de perfecciones y hermosuras. Por lo cual es grande lástima y ceguedad enorme que los apetitosos del saber y revolver historias, olvidando y casi despreciando esta divinísima, se vayan sólo en busca de las profanas, y que, dejada la fuente pura y limpia y los abismos de toda corriente clara, anden buscando los charquillos y cisternas rotas».

Increpa Fr. Jerónimo con noble acento á los que buscan sólo noticias históricas en los autores clásicos, menospreciando los conocimientos de esta clase que atesoran las Sagradas Letras, y á los que

escrupulizan adquirirlos, movidos por el respeto y veneración á lo divino. «Absténgase enhorabuena, dice con valerosa y franca expresión, el vulgar de la lección sagrada en vulgar idioma (aunque no faltan trozos de ella, los más convenientes á su estado, traducidos y explicados vilmente); pero el docto, y que se precia de erudito, ¿por qué se ha de abstener? ¿Por qué se ha de excusar de esta lectura? ¿Por qué sólo ha de cargar sus pláticas y escritos de dichos, sentencias y sucesos profanos? Como si faltasen flores al amenísimo jardín de la Escritura divina, donde no hay flor sin fruto, ni fruto sin su flor; ejemplos, digo, y sentencias divinísimas. Bien las conocieron Jerónimo, Ambrosio y Agustino, los cuales, siendo en las ciencias seculares y en toda profana lección eruditísimos, tanto estimaron la sagrada, que en sus escritos, llenándolos sólo de abundantísimos testimonios y ejemplos divinos, parece que se olvidaron ó ignoraron los humanos. Aunque, para que se viesé que no fué ignorancia, sino piedad, el omitirlos muchas veces, permitió Dios, y fué conveniente, que aun de lo más selecto de la erudición profana quedasen en algunos de sus escritos vestigios tales, que admiran y vencen á los mayores profesores de ella. Debe, pues, el amigo de leer historias leer y releer muchas veces lo que pudiere de ésta. Pero ha de ser con tres muy necesarias condiciones. La una, de consultar para esto mismo algún docto expositor. La otra, de llegar á esta lectura con atención y reverencia grande. La tercera y principal, con pureza de vida y de intención. Para lo cual todo ayudará mucho el considerar que lee una historia cuyo Autor es el mismo Dios, escrita para gloria suya y salvación nuestra» (1).

Después de la Historia divina, de la Sagrada Biblia, en la cual, como dice el gran Donoso, «están escritos los anales del cielo, de la tierra y del género humano, y en ella, como en la Divinidad misma, se contiene lo que fué, lo que es y lo que será» (2), siguen en importancia y mérito las historias eclesiásticas y religiosas, «porque en ellas, dice Fr. Jerónimo, como muy próximas á la divina, se contiene mucho de lo que más importa para la enseñanza de la virtud y gobierno de la vida temporal en orden á la eterna». Da la primacía á los Anales del célebre oratoriano César Baronio, á quien calificó de «príncipe de los analistas eclesiásticos, con cuya noticia se hará el lector capaz de lo más grave, raro y admirable que ha sucedido en el discurso de la Iglesia cristiana desde sus principios».

(1) § 3 y 4.

(2) Discurso de recepción en la Real Academia Española.

Hace luego el autor el debido aprecio de las Historias de los Institutos religiosos y Órdenes monásticas, una tan principal y noble porción de la Iglesia, advirtiendo «que así como á las primeras (Historias) que al principio de las Religiones con más sencillez que ornato se escribieron, se debe mayor crédito en la narración, por haberse escrito á vista de los sucesos y personas mismas de quien se trata en ellas; así á las modernas se les debe más loa y agradecimiento por el mejor estilo y orden en lo escrito, y por el mayor trabajo y diligencia en resucitar lo ya difunto y olvidado». Cita las Historias de Fr. Hernando del Castillo, dominico; de Fr. José de Si-güenza, el monje celeberrimo del Escorial; de Fr. Antonio de Yepes, benedictino; de los cuales, dice con mucho acierto, que «son muy dignos de leerse, si al primero la demasía en la exhortación, al segundo en la erudición y al tercero en la difusión se les perdona, lunares pequeños en varones grandes». Menciona luego los *Anales* franciscanos del docto y piadoso irlandés Lucas Wadingo; de los capuchinos por el P. Boberio; de los cistercienses por el sabio Fray Angel Manrique, obispo de Badajoz, y de los carmelitas por el Padre Lezana». A las Historias generales monásticas prefiere con razón las particulares de provincias, ó hijos venerables de ella, «en las cuales, dice, á veces se halla más destreza y perfección que en las generales, porque recogidas las fuerzas todas del ingenio á un particular sujeto, obra con más brío y perseverancia, así en la averiguación de las cosas, como en el orden y estilo de escribirlas; al modo que, en el arte de fabricar, más presto se halla un camarín perfectamente edificado que todo un gran palacio suntuoso».

Al llegar aquí, no puede menos de dolerse, y con harta justicia, del general olvido en que se tienen las Historias religiosas, y del constante empeño con que se buscan las profanas. No puedo menos de transcribir esos párrafos en que se refleja la grandeza moral de Fr. Jerónimo, y que pueden servir de saludable lección para muchos que se precian de fervorosos creyentes, siendo más amigos de escudriñar las vidas de célebres capitanes y filósofos que de estudiar los hechos de esos grandes atletas de la fe y modelos supervivientes de caridad divina y humana, cuales son los Santos, en quienes se ostenta el más cumplido retrato de la belleza moral. «Aquí, segunda vez, dice, me lamento y quejo de algunos de los lectores cristianos, y que se precian de eruditos, los cuales con increíble ansia y estimación buscan y observan las vidas de filósofos y capitanes gentiles, celebrando sus dichos, hechos, sentencias, hazañas y victorias, ostentando en esto gran erudición, sin hacer caso, ni dignarse de leer

y saber las vidas maravillosas de los Santos, los triunfos gloriosos de los mártires, las virtudes heroicas de los confesores y las vírgenes, cuyo valor, cuya grandeza de ánimo, cuya sabiduría y obras divinas vencen á todo lo que se refiere de los más insignes capitanes y filósofos del mundo, con el exceso que el Sol la luz de una candela. ¿Por qué, pues, habemos de ser los cristianos tan apasionados, y, por decirlo así, amartelados de los gentiles, que, olvidadas y casi despreciadas las grandezas de los invictísimos capitanes y maestros de la Iglesia, nos andemos tras las historias y hazañas de la ciega gentilidad? ¿Qué buscas ¡oh tú! que así te entregas á esa vana lectura que no puedas hallar en ésta con ventajas? ¿Provecho ó deleite? Si provecho, no le habiendo verdadero fuera de la virtud, ésta solamente se halla en los varones ejemplares de la Iglesia, porque en la gentilidad sólo hubo apariencia, aunque especiosa, de virtud. Si deleite, por la hermosura, maravilla y variedad de cosas y de casos referidos en historias, ¿adónde mayor variedad, más prodigiosas maravillas, y hermosura de sucesos más bella que en las vidas y triunfos de los Santos? ¿Fué por ventura mayor ánimo y valor el de Scévola, dejándose quemar una mano por su República, que el de Laurencio todo el cuerpo por Cristo? Y allí fué un solo Scévola; aquí son infinitos los Laurencios. ¿Cuando se oyó, de romano, griego ó bárbaro, voz tan animosa y valiente: *Versa et manduca?* ¿Revuelve y come? ¿Qué Porcia, Lucrecia ó virgen Vestal, tan admirablemente casta como nuestras vírgenes Inés, Cecilia, Lucía, Catalina y Teresa, con todo el innumerable coro de las demás que se guardaron puras para el Esposo Celestial? ¿Qué ejército de soldados fuertes, como el de las once mil Vírgenes, el de los diez mil Mártires, el de los innumerables de Zaragoza, el de la insigne Legión Tebea, y, finalmente, el de todos los demás que, padeciendo por Cristo, vencieron la potencia del mundo y del infierno, y, coronados de gloriosa muerte, fueron sepultados en su mismo triunfo? ¿Dónde, y en qué Historia profana, se ha leído suceso más tierno y prodigioso que el del bienaventurado San Eustaquio, el de la carmelita virgen Eufrosina, el del humilde San Alejo, y otros tales de que abunda la eclesiástica Historia? ¿Qué acciones, qué virtudes, qué gobierno, qué pureza de vida podrá en los anales gentiles estimarse, que se pueda comparar con la perfección en todo divinísima de los santos pontífices, confesores, doctores, religiosos, monjes y vírgenes, con todos los demás bienaventurados que celebra la Iglesia? Fuera inmenso, aunque dulcísimo trabajo, el discurrir por las excelencias de cada uno de ellos; pero fuera también abatir mucho su

grandeza quererla en algún modo comparar con la de sujetos gentiles y profanos.

» Baste para cerrar este discurso el ser fuera de toda duda que las vidas y hazañas de los siervos de Dios son en grandeza y número, sin comparación, superiores á las de todos los más insignes que celebra la erudición secular antigua y moderna; y, juntamente, baste para el lector cristiano el considerar que las relaciones que leemos de aquéllos son historias de quien eternamente reina con Cristo, y las de éstos, de quien estará penando para siempre, que es una viva y fuerte ponderación para aplicarse á la lección de unas y otras historias con estima y afecto diferente. Con proporción, y en su manera, digo de las historias seculares de sujetos cristianos lo mismo que de las gentiles, que ninguna de ellas contiene sucesos tan dignos de saberse como las divinas y eclesiásticas, y, con todo eso, el apetito curioso siempre busca y se emplea más en aquellas que en éstas. Encanto verdaderamente grande hallar más cebo y deleite en todo lo profano y secular que en lo sagrado y divino, como se ve en la Pintura, en la Poesía y en la Historia, donde, así los autores de estas facultades como los que se deleitan en sus obras, unos y otros se aplican y aficionan más fácilmente á lo profano que á lo divino, y entregándose del todo, sin hartarse, en la fábrica, en la vista ó lección de esto, se cansan presto, con hastío, en la de aquello. El encanto es la desproporción del gusto con el manjar; que, siendo aquél terreno y éste divino, no puede el paladar estragado y hecho á los manjares de la tierra hallar sabor en los del cielo, hasta que, purificado en el crisol de superior afecto, se proporcione con los espirituales y divinos. Y ésta es la causa por qué algunos ingenios muy elevados, pero que no han llegado á la esfera del espíritu, se entregan con sumo gusto á la composición, á la lección y vista profana, y bostezan muy presto en la divina. Ni queremos por lo dicho desterrar del estudio y erudición cristiana las historias seculares, sino corregir el afecto demasiado que se tiene á ellas, y dar su debido lugar en la estimación y en el empleo á las divinas y eclesiásticas, en cuyo campo no faltarán flores hermosísimas con que se pueda adornar y enriquecer la más curiosa y culta erudición» (1).

Enumera luego Fr. Jerónimo las más celebradas historias entre las profanas, no sin juzgarlas levemente con gran tino y maestría. Cita á Flavio Josefo, «después del sagrado texto, el escritor más di-

(1) § 5.

ligente y grave»; á Tucídides, Plutarco y Laercio entre los griegos, historiadores que «tienen muy aventajada estimación entre los más insignes escritores de historia», si bien en Grecia, «por haber sido aquella nación más dada á la ficción que á la verdad, y así más á la Poesía que á la Historia, podemos señalar pocas fidedignas»; á Salustio, Livio, Suetonio y Tácito entre los romanos, «célebres autores, aunque este último más se estima y lee por político que por historiador». Entre los modernos, en Francia «es celebrado, y en todo el mundo, Felipe de Comines», como en Italia el Guichardino; y aunque se les note á entrambos alguna pasión por sus reyes y tierras, pero generalmente llenan la dignidad y obligación de historiadores, y son de los primeros en el coro de los modernos de esta edad.

Prescindiendo de hacer el catálogo de los demás historiadores, que abundan ciertamente en las naciones de Europa, se fija sólo en España, señalando el primer lugar Lucio Flavio Dextro, «de cuya *omnímoda historia*, escrita á devoción de su contemporáneo y amigo San Jerónimo, y sepultada por muchos siglos en las cavernas del olvido, ha resucitado en éste una buena parte, que ilustra las antigüedades más nobles de la cristiandad española. Y aunque al principio ha padecido furiosa contradicción, cegándose algunos con el mismo resplandor de cosas tan grandes y tan nuevas, pero ya el sol clarísimo de su verdad va venciendo las nieblas que pretendían ofuscarla, y sale después de estos nublados más resplandeciente» (1). Continuaron aquella aplaudida crónica—sea dicho al correr de la pluma,—y emplearon sus grandes talentos, erudición y doctrina en defenderla é ilustrarla, Marco Máximo, de Zaragoza; Rodrigo Caro, presbítero de Utrera; el P. Francisco Vivar, monje cisterciense, y D. Tomás Tamayo de Vargas, fuera de otros muchos que escribieron historias generales ó particulares de reinos, ciudades, comunidades ó casas religiosas, elogios y apologías de las cosas de España, llenando todos sus escritos de autoridades de Dextro.

(1) Flavio Dextro fué hijo de San Paciano, obispo de Barcelona, quien en su juventud había contraído matrimonio, otorgándole el Cielo tan gloriosa paternidad. Llegó á ser Dextro prefecto del Pretorio; fué muy docto en Historia, y escribió en estilo elegante, muy parecido al de Cicerón, en cuya lectura estaba muy versado. Entabló amistad muy cordial con San Jerónimo, á quien instó para que escribiese la obra *De Viris illustribus*. Dedicó su trabajo histórico, escrito en Barcelona, á su pariente Pablo Orosio, por haber muerto ya el doctor Máximo. Casi por once siglos estuvo perdido, cuando, á fines del siglo xvi, se encontró en Alemania. Divulgó esta grata noticia el docto jesuita toledano P. Jerónimo Román de la Higuera.

Cita luego Fr. Jerónimo, si bien es corto en su elogio, á D. Rodrigo Jiménez de Rada, omitiendo á su contemporáneo D. Lucas de Túy; y aunque comprendo su silencio con respecto á otros, por no ser pertinente á su objeto más larga noticia histórica, me complace en decir con D. Vicente de La Fuente que se llega «época por época y siglo por siglo, hasta fines del siglo XIII, por una serie no interrumpida de obispos, á quienes la nación española debe su Historia. Desde Idacio en el siglo IV y San Isidoro en el VII, hasta D. Prudencio Sandoval, en el XVII, encontramos en cada siglo uno ó dos obispos, por lo común tan ilustrados como santos, transmitiendo á los venideros los hechos gloriosos de nuestro país; y no aventuramos nada en decir que, á no ser por el Clero, y en especial por el Episcopado español, España sería un país sin Historia, pues la Historia sin escribir no es Historia» (1).

Entre las Crónicas reales y de sucesos particulares, sobresalen la general de D. Alfonso el Sabio, la del Cid y las de D. Pedro López de Ayala, «que son como el primer albor de la verdadera Historia descriptiva» (2). Cita el autor á Florián de Ocampo, Ambrosio de Morales y Esteban de Garibay; pero «ninguno—dice con mucho seso—tan llena y gravemente ha comprendido la universal narración de las cosas de esta tierra como el P. Juan de Mariana en ambas lenguas castellana y latina, y fuera por todas partes consumada su Historia si, como se preció de ennoblecer el estilo en la latina y afectar voces antiguas en la vulgar, hubiera trabajado en apurar y acrecentar las noticias que confiadamente bebió de otros autores. Pero, sin embargo, su Historia es luz y honor de España en contraposición de las naciones extranjeras».

Después de haber rendido tan justo tributo de admiración y aplauso á la obra de Mariana, del que merece el principado entre nuestros historiadores nacionales, que, si merece con justicia serios reparos como historiador, es digno de los mayores elogios como historiógrafo, en calidad de autor de una obra histórica, verdaderamente literaria, monumento de la literatura patria (3), fija Fr. Jerónimo sus ojos en Aragón, su amada patria, cuyas glorias no se hartó nunca de celebrar con su bien cortada pluma. «Allí—dice—resplandece en-

(1) *Historia Eclesiástica de España*, segunda edición, tomo IV.

(2) COLL Y VEHI. *Elementos de Literatura*. Sección tercera, cap. I.

(3) Vid. mi estudio EL PADRE JUAN DE MARIANA. *Noticia histórica de su vida y escritos*. Segunda edición, Madrid, imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, 1897. Desde la pág. 25 á la 41 inclusive.

tre los historiadores españoles, como entre menores astros la Luna, el grave y eruditísimo Zurita, cuyos Anales, en la comprensión y disposición de las materias, en la averiguación de las cosas, en la conveniencia del método y propiedad del estilo, y en todas las demás partes de una perfecta Historia, pueden competir con la más célebre de las antiguas y modernas. Con la misma excelencia — prosigue — escribió los que llamó Índices en lengua latina, que son un grave y elegante epítome de lo que había escrito en la vulgar, enriquecido con tesoros nuevos. Pero, aunque todo lo que escribió es muy escogido, principalmente lo son aquellos dos últimos tomos de las acciones y gobierno del Rey D. Fernando el Católico, donde, excediéndose á sí mismo Zurita, dejó más que admirar que de imitar á los sucesores en la Historia. Con todo eso, Jerónimo de Blancas, en sus doctos y elegantes Comentarios latinos de las cosas de Aragón, y Bartolomé Leonardo, en la prosecución de los Anales del mismo Zurita, á quien en la ocupación y título de cronistas del reino sucedieron, han merecido muy semejante loa, por ser ambos ingenios tan llenos de culta erudición como en sus escritos se parece» (1).

Otros muchos historiadores han florecido en tierra hispana desde que dejó de existir Fr. Jerónimo de San José. Ahí están Hurtado de Mendoza, Moncada, Coloma, Melo, Solís, los PP. Flórez y Risco, gloria del hábito de San Agustín; el jesuíta Masdeu, si bien en algunas cuestiones es peligroso su magisterio; y en tiempos más recientes Quintana, el Conde de Toreno, La Fuente (D. Modesto), Alcalá Galiano, Cavanilles, Ferrer del Río, el Marqués de Pidal, Quadrado y Menéndez Pelayo (2).

Pocas son las composiciones históricas que con justicia merezcan el dictado de obras maestras; hay muchas circunstancias que impiden el serlo, y de que no es del caso hacer mérito aquí; pero justo es decir con el sabio preceptista carmelita que, «si bien son pocas las que merecen el primer lugar, no dejan de tenerle muy digno otras muchas historias. Y, por lo menos, ninguna hay tan imperfecta de que no se pueda coger alguna importante noticia; y creería yo que de este género de libros principalmente se entiende aquel dicho de Plinio, que ningún libro hay tan malo que no tenga alguna cosa

(1) Cap. x, ya citado, § 7.

(2) Aunque cito á esos historiadores que florecieron en el siglo pasado, excepto Menéndez Pelayo, que, para gloria de las hispanas letras, vive todavía y florece en el presente, no es mi ánimo aplaudir las ideas religioso-políticas ni las tendencias extravíasadas de varios entre ellos.

buena. Sentencia tan universal, que de los libros pasa á las personas y á cualquiera otra cosa, por mala que sea».

Sostiene que se han de leer muchas y varias historias, y con razón, pues son múltiples y transcendentales los frutos que se sacan de aquella lectura. «Mas, si es beneficiosa en alto grado, sea—dice Fr. Jerónimo—con tres cautelas importantes: La primera, que se aficione (el curioso) y emplee más en las que pertenecen á su patria y á su estado; porque sería feísimo desorden ser muy versado en las cosas extrañas y ajenas, é ignorar las propias. La segunda sea graduar los autores, para dispensar en ellos el tiempo, y no perderle, ó aprovecharle menos, cuando le podría ganar con ventajas. Y la tercera, de ir notando y reponiendo en la memoria, con las diligencias para esto necesarias, lo más notable que en orden al aprovechamiento propio y ajeno, público y privado, fuese advirtiendo, con lo cual el trabajo de la lectura será fructuoso, y el deleite se convertirá en utilidad» (1).

Aquí dió Fr. Jerónimo cima á su tarea, y, por cierto, con la destreza y gallardía de que he dado tan imperfecta noticia en mi trabajo. Dice él: «Heme dejado llevar de la dulzura y utilidad de la materia, excediendo tal vez los cauces de su corriente, y haciendo más general de lo que pedía el asunto, la doctrina» (2). De las bellezas doctrinales y literarias de ese admirable *Genio de la Historia* quedé también yo cautivo, y hube, sin casi sentirlo, de alargar mi trabajo, con que se hartara el deseo de quilatarlas y más y más encarecerlas. Y para que se descubriese, sobre todo, la finura y riqueza de su íntimo valor, he procurado que se ofrecieran á los ojos del lector con toda su intensidad y colorido, vaciándolas en los moldes de este humilde trabajo tales cuales fueron producidas por la áurea pluma del insigne carmelita, limitando sólo mi empeño á que fueran codiciadas y tenidas en mayor estima.

(1) Capitulo ya citado, § 8.

(2) Epilogo.





III

SEÑALADAS de un modo particular las excelencias y primores del *Genio de la Historia*, resta examinar, aunque más á la ligera, las que encierra otra producción de Fr. Jerónimo, en que alcanzó la palma clásica, mereciendo figurar dignamente al lado de Sigüenza, Yepes, Rivadeneyra y Nieremberg. Aludo á la *Vida de San Juan de la Cruz*, (1) de quien era ferviente devoto y admirador el insigne carmelita aragonés.

Empieza en el próemio describiendo la elevación y nobleza del Instituto carmelitano, y lo hace ciertamente con singular gallardía y delicadeza de pensamiento y estilo. "Tuvo—dice—la Sagrada Religión del Carmen en su primera formación y nacimiento, como perfecto parto, madre y padre. La madre (origen y parto principal en esta espiritual generación) fué la sacratísima Virgen María, nuestra Señora, aunque prevista sólo entonces en una pequeña y misteriosa nube, donde la adoró, muchos siglos antes de nacida, el gran Profeta y Patriarca nuestro Elías, en cuyo honor instituyó su antigua y santa Religión. Por lo cual fué esta celestial Virgen la principal autora y patrona de esta Orden, y como tal (entonces en la ordenación divina, y después en la realidad del ser) siempre su especial amparo, abrigo y fidelísima tutela. El padre de esta misma Religión fué el prodigioso y santísimo Profeta Elías; celador ardiente de la gloria de Dios, voz de sus oráculos y ostentación de su poder, nacido en llamas, arrebatado en fuego, y reservado en amenísimo lugar para defensa de la Iglesia en los postre-

(1) Para el exámen y análisis de esta obra me valgo del *Compendio* de la misma que antecede á la edición de las *Obras espirituales... por el B. P. S. Juan de la Cruz* (Madrid, Compañía de impresores y libreros del Reino, 1872.) edición enriquecida con un prólogo del sabio escritor don Juan Manuel Ortí y Lara.

ros días. (1) De tales padres fué hija la ilustrísima yantiquísima familia del Carmelo.»

Hace notar luego Fr. Jerónimo la semejanza entre el nacimiento y la regeneración del Instituto Carmelitano, con lo cual queda éste sobremanera realzado y enaltecido. "A este modo—continúa— en su renovación, cuando por medio de la Reforma de Descalzos en España vino esta misma orden á ser reengendrada y como formada segunda vez, la proveyó asimismo el Cielo para su regeneración de madre y padre. La madre (parte aquí también primera y principal) fué la esclarecida virgen y santa madre nuestra Teresa de Jesús, vivo y perfectísimo retrato de aquella celestial y verdadera Virgen Madre, que sin agraviar el virginal decoro, antes consagrándolo, tuvo el ser fecunda; pues á imitación suya conservando Teresa un precioso tesoro virginal para su divino Esposo, fué juntamente madre espiritual de innumerables hijos en Cristo. El Padre de esta misma Reforma Carmelita fué otro segundo Elías, en cuyo espíritu, como el primer Juan, y en su nombre, vino al mundo armado de ardiente celo, rodeado de penitente austeridad, y arrebatado después en llamas de seráfico ardor á la esfera de una perfección muy encumbrada. Tal fué nuestro Beato y devotísimo Padre San Juan de la Cruz, lustre y primitivo honor de esta su reformada Familia, maestro, guía y capitán de los Religiosos Descalzos Carmelitas... Que si bien la Santa gloriosa, como universal madre y fundadora nuestra, dió al Beato Padre, y en él á todos, ejemplo y enseñanza del Cielo, en lo que fué lícito á su estado y condición de mujer, no pudo en la inmediata instrucción y vivienda con los Religiosos ser dechado suyo, y así proveyó la Divina Majestad quien supliese por ella en esta parte, dándole un hijo tal, que en orden á la crianza de los demás hermanos luciese el oficio de padre y de maestro... Para que esta segunda generación del antiguo Carmelo se asemejase á la primera, habiéndole dado el cielo por madre á una Santa Teresa, retrato de la Virgen, le dió por padre á un Juan imitador de Elías. Ambos, padre y madre, tan semejantes entre sí, cuanto perfectos; ambos de inocentísima vida, nunca manchada con pecado grave; ambos vírgenes purísimos, y que con su trato causaban pureza; ambos maestros de celestial doctrina y oración; ambos escritores de Teología mística excelentísimos; ambos enriquecidos con dones celestiales; ambos labrados con trabajos increíbles; ambos de maravillosa vida y muerte llena de prodigios; y, finalmente, ambos tan semejantes y tan unos en todo, que vienen á ser como un solo principio de esta Reforma. Tal (dejando las grandezas de la Santa para su Historia) hallaremos al Beato Padre

(1) ¡Qué descripción tan viva y enérgica del Profeta Elías! ¡No puede darse en breves palabras más cumplido retrato! Si parece que estamos viendo al Profeta tal y como le han trazado la Historia y la tradición.

en ésta: varón verdaderamente apostólico y profético, poderoso en obras y en palabras, con duplicado espíritu de vida y doctrina, y en todo tan celestialmente eficaz, que, si con el ejemplo da luz, con la doctrina ejemplo.,,

Refiere Fr. Jerónimo el nacimiento de San Juan de la Cruz con lozano y brioso estilo. Aludiendo al padre, dice: "Con ser Gonzalo de Yepes de tan honrado apellido, clara familia y bien emparentado, le hallaremos en un estado muy humilde, y oficio de un pobre tejedor. ¿Qué maravilla, si á José Esposo de la Madre de Dios, su Padre putativo, y descendiente de Real centro, le hallámos con el cepillo en la mano?," Hubo de prendarse Gonzalo de las excelentes dotes morales de una huérfana recogida en casa de una piadosa viuda de Hontiveros. "Viéndola Gonzalo de Yepes—dice Fr. Jerónimo—y pareciéndole bien su virtud, honestidad y recogimiento, estimando esto por única y riquísima dote, sin hacer caso de otra riqueza ni resplandor mundano, trató de casarse con ella., Disgustó á los deudos ese casamiento y dejaron sin amparo al pobre mozo, quien arredrado de los suyos, se acogió á Dios, que este efecto causan en sus siervos los desvíos del mundo., Ejercitose en el oficio de tejedor y tuvo tres hijos. Describe Fr. Jerónimo la condición de cada uno: "El primero, que se llamó Francisco de Yepes, fué seglar y persona de vida ejemplarísima y alta oración, regalo de Nuestro Señor en ella con mercedes muy extraordinarias, sin que para esto le estorbase el estado matrimonial; que cuando se toma y vive en él sólo para gloria de Dios, como este siervo suyo, no impide sus altas comunicaciones y regalos... El segundo hijo, que se llamó Luis, se fué en tierna edad florida aún con la inocencia al cielo, ganándosele á los demás por la mano. El tercero, fué N. B. Padre San Juan de la Cruz, remate de tan dichosa generación, que con solo este hijo fuera felicísima y fecundísima.,

Se le puso al niño el nombre de Juan, "ora por haber nacido en el día del Bautista, ó Evangelista, ora por alguna otra devoción á honor de alguno de los dos Santos. Parece fué ordenación divina se ignorase en cuál de los dos días nació nuestro Juan, ó á honor de cuál de estos dos Santos le llamaron así, para que lo podamos referir á entrambos, pues á entrambos pareció en el nombre y en la gracia significada por él, siendo como el Bautista, príncipe y dechado de monjes, y como el Evangelista, místico y elevado escritor.,

Muerto el padre, quedó "la madre pobre y sola, desamparados todos, más por eso mismo muy á cargo del amparo de Dios, por cuya cuenta corren los más olvidados del mundo. Padecía la honesta viuda mucha necesidad, sin que bastase á remediarla el trabajo de sus manos, nunca ociosas, por ser el lugar corto y desacomodado

para quien había de valerse y comer de sólo ellas. Por esta causa pasó á Medina del Campo, villa muy crecida entonces y abundante con la frecuencia y riqueza de sus tratos y cambios.,

Describe Fr. Jerónimo el singular empeño que tenía la madre en educar cristianamente á sus hijos. "Criábalos—dice—no con menor vigilancia que pobreza, atenta á que fuesen buenos, ya que no les podía dar el ser ricos, deseando que por medio de una buena educación aspirasen á la verdadera riqueza de la virtud; fácil de alcanzar á cualquier pobre el más mendigo. Enseñóles con cuidado los principios y fundamentos de nuestra santa Fe, á invocar el nombre dulcísimo de Jesús, á traer siempre en la boca el de María, á orar con las voces y afectos de la Iglesia, á reverenciar lo sagrado, á temer á Dios, á estimar lo bueno, huir de lo malo, y aficionarse á todo linaje de virtud, trabajando la buena madre mucho con sus hijos, porque en estas primeras noticias, que pintan la tabla rasa del entendimiento, no se mezclase impresión de objeto menos conveniente al resto de la edad, sabiendo muy bien que la vasija nueva conserva por largo tiempo la fragancia del licor con que al principio la ocuparon.,

Y continúa el insigne Carmelita describiendo los frutos de tan esmerada educación. "Con la buena educación de la madre descubrió luego el niño Juan, entre los demás hermanos, una particular y como nativa inclinación al bien, á la piedad, á la devoción y á todo ejercicio y afecto virtuoso. Era de suyo tan manso, humilde y compuesto, que desmentía su sosiego á su edad, su edad á su modestia, señalando ya en las flores de aquellos tiernos años el fruto que después había de dar tan sazonado á Dios. Ibale su Majestad desde entonces formando muy á su gusto, y pintando en su alma y cuerpo una hermosísima imagen de alta perfección, la cual comenzaba desde ahora á delinear con inclinaciones y muestras virtuosas.,

Encarece Fr. Jerónimo las regaladas muestras de amor con que cuidaba del niño la Soberana Virgen María y relata un caso prodigioso que, aun cuando conocido, no es posible dejar de consignar ese relato como dechado de narración limpia y sabrosa. "Jugaba un día—dice Fr. Jerónimo—el niño Juan (dando al tiempo lo que pide el tiempo) con otros de su edad, junto á un estanque ó balsa profunda y cenagosa, y era el juego tirar á lo hondo unas varillas y volverlas á coger cuando salían fuera: queriendo, pues, el niño Juan coger la suya y alargando para esto el cuerpo más de lo que convenia, vencido de su mismo peso dió consigo en la balsa. Hundióse al punto, pero luego volvió á salir sobre el agua, como si fuera la varilla que solía tirar, y sostenido sin hundirse, estaba sin lesión ni turbación alguna. Mostrose allí presente quien le hacía aquel beneficio y libraba de peligro tan grande, que era la Virgen; princesa de los cielos, la cual añadiendo á este favor nuevo regalo

y extendiendo la mano, pedía al niño la suya como para sacarle fuera. Mas él viéndola tan hermosa y limpia (que hasta los niños reconocen su hermosura y limpieza,) rehusaba dársela, por no ensuciarla con el cieno que se le había pegado en la hondura. Entretúvose un rato de esta suerte aquella Soberana Reina con el niño repitiendo ella el mismo favor, y él también la misma cortesía, hasta que llegó á la balsa ó estanque, dicen que un labrador, por ventura sería Angel, si ya no el glorioso San José (como lo mostraba la insignia de una vara que traía en la mano), el cual alargándola se la puso al niño en las suyas, y asido de ella, le sacó á la orilla libre y sano, y se fué. Bien verosímil parece que estando la Virgen Sacratísima ocupada en sacar al niño del peligro, ayúdase á esta obra no otra menos digna persona que su bendito Esposo. Quedó, habiendo salido, el niño muy alegre, sin turbación alguna ni otra novedad más que el alborozo que le había causado la vista de aquella Señora tan celestial y hermosa, y desde entonces quedó en su alma tan impresa y fija la devoción á la gloriosa Virgen, que jamás la pudo olvidar, ni el regalo y beneficio que en esta ocasión le había hecho, y así se enternecía mucho con la memoria de este caso, siempre que se acordaba de él, y particularmente cuando pasaba por el puesto donde le había sucedido. Parece vemos aquí al gran niño Moisés en su canastillo de juncos sobre el agua (aunque el nuestro amparado de más noble Princesa) reservada su vida para caudillo de un pueblo del Señor, á quien salido del Egipto de este siglo, había de guiar á la prometida tierra del Cielo por las asperezas y desierto de una retirada y penitente descalcez., (1)

Iba creciendo el niño Juan, más que en la edad, en la virtud: así que, residiendo al principio en un colegio de niños de Medina del Campo,—dice Fr. Jerónimo—“que se llevaba el muchacho los ojos y corazones de todos, no sin particular admiración de los que, atendiendo á su modestia, á sus palabras, obras y acciones, advertían ya en él un anticipado sexo, y una madurez y prudencia más que de niño. La virtud es tan dueña de los corazones humanos, que no ha menester para granjearlos otro soborno más que á ella misma., ¡Qué expresión tan bella y feliz! ¡cuán de veras retrata la interior hermosura y encanto de la virtud! “Por sí es amado y estimado el virtuoso—continúa— y lleva consigo la recomendación más poderosa para que le quieran bien. No tenía este niño Juan de Yepes otros valedores ni prendas con que aficionar á quien le veía, más que sola su virtud, la cuál aún en los niños tiene fuerza para llevar tras sí las voluntades., (2)

En el Hospital de la referida villa, donde entró á servir Juan de

(1) Cap. I.

(2) Cap. II.

En el Hospital de la referida villa, donde entró á servir Juan de Yepes, mancebo ya de doce años, gracias á la decidida protección del bondadoso señor Alfonso Álvarez de Toledo, “comenzó—dice Fr. Jerónimo—á dar mayores muestras de su virtud, con la ocasión que tenía de ejercitarla en acudir á los enfermos, á quienes servía con el amor y puntualidad que si en cada uno de ellos viera doliente al mismo Dios. No se hurtaba en este ministerio á desvelo alguno, al sueño sí muchas veces; ni le dolía su cansancio y trabajo, sino sólo el de sus pobres enfermos, á los cuales curaba y regalaba con diligencia y ternura extraordinaria. Allí le comenzó nuestro Señor á descubrir las ricas minas de la caridad, y él á enriquecerse con el tesoro de ella, en cuyo ejercicio hallaba el aumento de las demás virtudes. Aprendió allí á compadecerse del pobre doliente caído en una cama, cuyo único alivio y consuelo todo cuelga de quien cuida de él. Abrazábase, para aliviarlos, con los flacos; alentaba á los descaecidos, tenía compañía á los solos, alegraba y entretenía á los tristes, y acudía con suma puntualidad y vigilancia á las necesidades de todos, sin dar lugar á que en su olvido ó descuido ejercitase alguno la paciencia, para que así la emplease toda en sufrir los dolores y pena de su enfermedad.”

Refiere aquí Fr. Jerónimo los adelantos del piadoso mancebo en el estudio de las letras y los aún mayores en el ejercicio de la oración y trato con Dios. A aquél—dice—“llevábale la obediencia y gusto natural, á éste mayor y más soberano impulso, y un particular afecto á su ejercicio. Era ya su alma prevenida del Señor con bendiciones de dulcedumbre, con luces divinas y sentimientos celestiales, de los cuales era enriquecido siempre que se recogía á la oración que es la puerta y fuente de todos estos bienes. A ella acudía como á una celestial escuela, donde el Maestro soberano le esclarecía el entendimiento y aficionaba la voluntad para seguir lo eterno, despreciar lo caduco, conocer la hermosura de la virtud y fealdad del vicio. En ella era enseñado como había de negar su querer y mortificar sus apetitos, desasirse de todo sensible afecto y asirse sólo á las aldabas de la Fe, en cuya ilustre oscuridad hallaba unos resplandores soberanos.” (1)

Véase con qué diestro pincel sigue trazando Fr. Jerónimo la bellísima fisonomía moral del futuro Padre de la Descalcez: “Mancebo era ya de veinte años (brioso ardor de la juventud) cuando, como si fuera de dos, era sencillo, y como si de cincuenta, cuerdo y reposado. Jamás se vió en él en todo el tercio de esta peligrosa cuanto lozana edad alguno de los achaques propios á ella, no liviandad, no descomposición, no desmán alguno. Evitaba compañías livianas, excusaba entretenimientos no importantes, cerceñaba salidas demasiadas, y así le sobraba tiempo para todo vir-

(1) Cap. III.

tuoso ejercicio ¿Qué juegos le divertieron jamás de sus estudios? Qué burlas de sus veras? Qué entretenimiento juvenil de su madura ocupación? No le llevaban los ojos espectáculos profanos, no la voluntad bienes caducos, ni del mundo admitía más que su desprecio. La escuela, la Iglesia, el hospital eran su alternada habitación; amigo siempre del recogimiento y enemigo de la ociosidad. Cordura en sus palabras, modestia en el aspecto, suavidad en su trato le hacían dulcemente amable y venerable., (2)

Del celo y prudencia del fervoroso mancebo, cuando novicio en el convento de Santa Ana de Medina, dice Fr. Jerónimo: "En todo ejercicio de virtud resplandeció nuestro novicio Fr. Juan, sin que hubiese alguna tan rara ó dificultosa de que no diese ya patentes muestras. No es propia de los que comienzan el estado religioso la prudencia, virtud á quien enjendran las canas, ni tampoco el celo de Religión, nacido del arraigado amor á su Instituto, lo cual todo falta á un novicio; pero á la gracia divina ¿quién le puso leyes? Ella hace que comiencen los grandes Santos por donde acaban otros cuando vienen á serlo., (1)

Estudiante de Teología en Salamanca, siendo ya religioso profeso, abrazó Fr. Juan una vida muy rigurosa y austera. De ella ofrece Fr. Jerónimo un cuadro, rico en noticias y en primores de expresión y estilo. "Moraba—dice— en una celdilla estrecha y oscura, aunque á él no se le parecía. Tenía este retrete una ventanilla que caía á la Iglesia, hacia el Santísimo Sacramento, que eran para los ojos de su viva Fe las mejores y más apacibles vistas del mundo. Había en el techo un agujero por donde apenas le entraba un escaso rayo de luz para estudiar y leer. La cama en que dormía era una artesa vieja, ó un cuezo á manera de cuna, donde la inocencia y pureza infantil del bendito Fr. Juan se reclinaba un rato. Tenía en la cabecera clavado un maderillo que hacía oficio de almohada, y allí sin colchón, ni abrigo, ni otra ropa más de la que tenía á cuestras, se tendía vestido, y considerándose como recién nacido y difunto en aquella cuna y ataud, velaba más que dormía en las miserias de la vida y en la memoria de la muerte... No era menos admirable su oración que su penitencia, que ambas alas de la vida espiritual batía igualmente volando á la cumbre de una muy subida perfección. Era la oración su vida, su manjar y sustento; ella era su estudio y su vigilia.

Del modo con que fundaba Fr. Juan la vida colegial y religiosa, habla el biógrafo carmelita con primor clásico: "Dispensaba el tiempo conforme las ocupaciones lo pedían, dando el suyo al estudio, el suyo á la oración, y juntando ambos ejercicios con tan bien ordenada correspondencia y alternado fruto, que si estudiaba pa-

(1) Cap. IV.

(1) Capítulo V.

ra orar, merecía orando luz para el estudio. No consentía usurpase algo la especulación al afecto, ni el afecto su debido tiempo á la especulación; temple que debe observar el religioso contemplativo y estudiante, si quiere salir en uno y en otro aprovechado, pues ni sin oración obligará á Dios que le dé luz para el estudio, ni sin la del estudio sabrá también disponerse para obligar á Dios, y entender y declarar á otros las delicadas comunicaciones de su trato. Y porque la virtud siempre es la parte principal y á que primeramente se debe atender, especialmente en los colegios religiosos, no le parecía hacer agravio á las letras, si empleado en ellas el cuidado y tiempo necesario, se daba y entregaba más á los ejercicios de oración y de todo linaje de virtud.

“Con esta advertencia, pues, acudía nuestro devoto colegial á los ejercicios de las letras. Iba y venía de las escuelas los ojos clavados en la tierra, y el corazón en el cielo, edificando á todos con su exterior compostura. Asistía á las conclusiones, defendíalas y argüía en ellas, no con fuerza de voces, sino de razones; no conteniendo, sino disputando en seguimiento siempre de la verdad, no de su apasionado parecer, ó por salir (como dicen) con la suya, y así cuando la veía en la razón contraria, dejando luego las armas y cruzadas las manos se rendía á ella reputando por victoria propia el triunfo de la verdad, en donde quiera que venciese. De aquí le nació la quietud y paz con que argüía, y con que después quedaba siempre sereno.” (1)

Temeroso Fr. Juan de ofender al Señor, pues la vida religiosa que había profesado no le impedía del todo el trato y comunicación con las criaturas, deseaba vivir en perenne desasimiento y olvido de ellas, y así mantener la paz y sosiego de su corazón, único medio de entablar unión más estrecha con Dios. Parecióle, pues, lo más seguro abrazar una Orden que respondiera á sus secretísimos anhelos de vida silenciosa y retirada: de ahí sus deseos de hacerse cartujo, donde ese silencio y retiro se guardan hasta el grado máximo, y de vestir por ende el hábito de San Bruno, con cuya fisonomía moral mucho simpatizaba, de ese sapientísimo doctor y gran maestro de la vida solitaria, gloria de la Iglesia, timbre del monacato y honor, al través de los siglos, del Ascetismo cristiano. (2)

Sabido es que el espíritu de unión íntima y constante con Dios informa y rige todos los actos del Cartujo; por eso vive perennemente concentrado y silencioso, morando casi de continuo en su celda, constituida para él en escuela de la ciencia celeste, mina de

(1) Capítulo VI.

(2) Víd. mi obra *San Bruno y la Orden de los Cartujos*. Dionisio el Cartujano y los nuevos editores de sus obra (Valencia, imp. de Domenech. 1898.)

los más regalados afectos y centro de pláticas y comunicaciones divinas. En aquella profundísima soledad, el mundo se desvaneció cual sombra á la vista del cartujo, y llega este casi á perder la noticia de cuanto en la tierra acontece. Aislado y recogido en lo interior de su corazón, tiénelo siempre oreado y refrescado por las suaves ondulaciones del habla divina, y latiendo sólo á impulsos de lo celestial y eterno.

Viviendo en tal unión íntima y perenne con Dios llega el cartujo á las cumbres de ese misticismo soberano, que parece, no ya de sustento de viadores, sino de comprensores, traslado del vivir angélico, más que condición propia del humano; gusto anticipado de las dulzuras y suavidades del Paraíso. Ese místico hace á las Cartujas antecelas del cielo, y á los Cartujos seres tan sobrenaturalizados que díriase haber convertido el cuerpo en espíritu, ebrios de amar y servir á Dios, de loarle y engrandecerle y de admirar estáticos la hermosura de sus perfecciones. (1)

Pero observo que, no yo con mi palabra tosca, dispuesta aún con serlo, á celebrar la grandeza de la Orden cartujana y de su eximio Fundador sino Fr. Jerónimo es quien con su labio de orodebe de enterar al lector de los fervorosos anhelos de su biografía y de la excelencia del Instituto que quería abrazar. "Parecióle—dice—á nuestro Beato Padre, que para no ofender jamás á Dios mortalmente era menester mucha abstracción y apartamiento del siglo, y habiendo de huir de él ningún retiro juzgó más á propósito que el de la Cartuja, Religión santísima y perfectísima, apartada del trato de los hombres, y empleada en el trato y comunicación con Dios, tan lejos del siglo, que sus profesores parecen (y en la conversación y trato lo son ya) ciudadanos del cielo. Por donde se ve la estima grande que Dios puso en el corazón de nuestro Beato Padre de aquella estrecha y santa vida. Y cierto que si pudiera añadirse á esta alustrísima Religión calificación alguna, más de la que por sí tiene (que es suma y sumamente debida á su grandeza), no fuera pequeña la que le podía resultar del afecto que tuvo á su Instituto un tan gran Padre y Maestro de perfección, Capitán y Guía de nuestra Reforma Descalza."

No logró Fr. Juan satisfacer su piadoso intento, hubo de ceder á las cariñosas indicaciones de Sta. Teresa de que no importaba ir á la Cartuja para cumplir sus deseos; bastaba con que le ayudara á la reforma de Descalzos Carmelitas, y en los conventos ya reformados, aquella vocación de vida penitente y recogida quedaría hartamente satisfecha y colmada. Antes de hablar con Fr. Juan, ya tuvo noticia la santa de quien era por relación del Maestro Fr. Pedro de Orozco, y comprendió era el varón que el cielo le destinaba para ayudarla en aquella empresa. "Alborozada con tales nuevas—dice

(1) Obra citada página 49.

Fr. Jerónimo—se le asentó en el corazón era este el religioso que ella tanto deseaba. Habiendo hallado, pues, la margarita preciosa que buscaba (S. Mat. XIII), no faltaba á esta celestial negociadora sino dar todo cuanto tenía por ella. Así lo hizo, y acudiendo á Dios en la oración, se ofreció mil veces, toda en sacrificio y como en precio de tan rica joya, pidiéndole á Su Majestad esta piedra preciosa, para que fuese la primera y fundamental del edificio y espiritual fábrica de su Reforma de Descalzos. (1)

Refiere Fr. Jerónimo, con singular encanto y gracia en la narración, la manera cómo Fr. Juan dispuso la primera casa de la Reforma en Duruelo; describe minuciosamente sus austeridades y estrecheces y celebra con elocuente frase su magisterio. "Hábíale dotado el Señor—dice el ilustre panegirista—de tal magisterio, discreción y capacidad, que entonces con la voz, y después con la pluma, llenó su Religión y las demás de Angeles contemplativos. Su compostura exterior, nacida de la presencia continua de Dios, casi visible á los demás, su silencio humilde, su alegría modesta, afabilidad caritativa y cortés le granjeaban la común estimación. Atendiendo á lo más propio de su oficio, no era menòs de notar la prudencia, temple y apacibilidad con que recibía los novicios y encaminaba en su vocación. Penetraba primero las fuerzas y naturales, para medir con las unas el trabajo y dirigir los otros, quitándoles los resabios é inclinaciones con que venían del siglo,... de esa manera "mortificadas las pasiones y apetitos, quedaba la tierra de sus corazones dispuesta para la semilla del cielo."

Hablando del magisterio que como confesor ejercía en el monasterio (no muy observante) de la Encarnación, en Avila, cargo para el cual había sido designado á instancias de Santa Teresa, priora á la sazón del convento, dice Fr. Jerónimo: "Fueron sus principales armas, después de la confianza en Dios, el ejemplo y la doctrina. Cuanto á lo primero, moraba en aquella pobre casita (2) apartado del bullicio de la ciudad, por estar fuera de ella el Monasterio, como si viviera en una ermita solitario. El trato de su persona era el mismo que en Duruelo. En la comida era muy parco y mortificado, y porque esto venía por mano de las religiosas, era notable la edificación que les causaba ver que jamás reparaba en que fuese buena ó mala, poca ó mucha, bien ó mal guisada, ni se acordase de pedirla cuando se olvidaban de darla. Tratábalas siempre con humilde gravedad, sereno y modesto rostro, y una circunspección en acciones y palabras tan grande que por cualquiera parte que le miraban, les causaba, edificación. No les daba ni reci-

(1) Capítulo VII.

(2) Alude Fr. Jerónimo á la que le sirvió de posada junto al mismo Monasterio. Con religiosa emoción visité esa casita en 1890, en aquella ciudad para mí tan querida de Avila.

bía regalos ó dijecillos, aunque fuesen cosa muy poca y al parecer devota, porque echaba de ver que en esta materia de lo poco se viene á lo mucho, y de lo espiritual á lo sensual. Absteníase también de mostrar más estima de una que de otra, más gusto de tratar con ésta que con aquélla, porque no fuese causa de inquietud ó envidia en las demás la particularidad con una sola. A todas ayudaba, á todas consolaba, á todas mostraba un semblante, variándolo solamente según la necesidad de cada una.,,

“La doctrina... no era menos eficaz que su vida, porque era la misma vida suya, añadida la energía de la voz, palabras hijas de las obras, doctrina nacida de la experiencia, y magisterio todo lleno de vigor y celestial espíritu... En comenzándolas á tratar, comenzaron ellas (las religiosas) á conocer en él su aventajada virtud, su celestial espíritu, su rara perfección. Fué poco á poco prendiendo en ellas aquella viva llama en que iban envueltas sus palabras, y que arrojaban sus obras, y en breve tiempo hizo tal efecto, que parecía arder todo aquel Convento en devoción., (1)

Véase con qué maestría describe Fr. Jerónimo aquel suceso, en que discurre Fr. Juan sobre el Misterio de la Santísima Trinidad en el locutorio del convento de la Encarnación de Avila, él y la seráfica priora Teresa, entretenidos en tan sublime plática, se elevaron á los altos puestos en oración estática. Estaba el Santo sentado junto á la reja por la parte de afuera, él en una silla y ella por la parte de adentro en un banco. (2) Hable, empero, el insigne Carmelita relator: “Eran ambos insigne devotos de este sacrosanto Misterio, y particularmente el Beato Padre, que recibía frecuentes y altísimas ilustraciones acerca de él. Comenzóse la plática, y en ella (dando la Santa lugar al siervo de Dios, como á Maestro y Padre espiritual) tomó el Beato padre la mano en la declaración de este Misterio. Abrió aquella celestial boca, y trasladando á los labios parte de la luz y altísima noticia que infundía Dios en su alma comenzó á significar tan altamente la soberana profundidad de este Misterio, que parece quería correr el velo á tan cercana Majestad. Salían envueltas las razones en pedazos de luz y de fuego divino (3) y era cada palabra una saeta. Fué engolfando en aquel inmenso océano, y encendiendo más y más el corazón con noticias y luces tan altas, que se iban excediendo unas á otras, hasta que finalmente no pudiendo ya sufrirlo

(1) Cap. VIII.

(2) Con fruición suma de mi espíritu visité ese locutorio en el referido año y admiré el cuadro en que se conmemora tan maravilloso suceso.

(3) ¡Qué imagen tan valiente y expresiva de la elocuencia de San Juan dela Cruz! No es dable, para caracterizarla de un solo golpe, usar con mayor primor de la fuerza y gracia del colorido. Sublime es esta imagen en medio de su brevedad y sencillez.

la flaqueza humana, arrebatado el entendimiento de tan subido objeto, se desprendió de los sentidos. Quiso, como otras veces, impedir el humildísimo varón, pero á su resistencia creció más la fuerza de la impresión comunicada, y redundando su influencia en las potencias inferiores, las llevaba tras sí. Aquí, viéndose ya sin remedio, vencido de aquel poderoso ángel con quien luchaba interiormente, no pudiendo más resistirse, se asió fuertemente á la silla donde estaba sentado, para moderar siquiera de esta suerte la tiranía de aquella elevación. Mas, ¡oh grande y poderoso Dios! vióse en este punto un efecto sobremanera maravilloso, porque asido como estaba á la silla, dió consigo y con ella en el techo del locutorio, y subiendo por el aire en su silla, como en otro carro de fuego, á imitación de su gran Padre Elías (IV Reg., II), parecía querer ascender triunfante como él, ó subir cual fuego á su esfera, ó volar como serafín á la suprema jerarquía. La Santa, que atenta á sus palabras y semblantes, iba recibiendo en sí los mismos efectos, ora de oír al varón de Dios tan altas cosas, ora de verle tan admirablemente suspenso, lo quedó ella también en el mismo puesto, y arrodillada, según que solía estarlo cuando le oía, y con semblante y ademán como de quien le estaba mirando y venerando en aquel divino Espíritu que moraba en su alma. Este espectáculo tan prodigioso de entrambos á dos así elevados acertó á ver una religiosa, llamada Beatriz de Jesús, que después fué monja Descalza, y murió siéndolo en el convento de Ocaña, la cual entrando á dar un recado á nuestra Santa Madre, y abriendo el locutorio, se asombró viendo representación tan admirable y peregrina... ¡Vea ahora el mundo cuál es la fuerza del divino amor! ¡cuán grande el que en aquellos sagrados pechos ardía! ¡cuán maravillosa la luz de esta antorcha de Juan, y cuán divino su espíritu! pues hasta la carne de que estaba vestido se vestía de las condiciones y propiedades de él.,

La fama de Fr. Juan creció en todo el ámbito de la ciudad. “Ya el resplandor de tan gran luz—dice Fr. Jerónimo—no cabía en tan corta esfera como el Monasterio de la Encarnación, y por más que el Beato Padre procuraba encubrirlo y recogerlo, se traslucía y derramaba por toda la ciudad. Corría en ella la voz del Descalzo Carmelita, como de un varón del cielo, de un hombre divino, cuya vida y doctrina eran milagrosas. Comenzaron á comunicarle y conocerle, y aficionados á su trato, cuanto aprovechados con su comunicación, acudían á él por consejo y remedio en sus necesidades, como á oráculo y refugio común. Tenía don particular del Cielo para guiar almas, para desembarazar espíritus, para serenar corazones, y como hay tantos necesitados de este remedio, eran muchos los que le buscaban y hallaban en él. Dióle á muchas personas fatigadas de escrúpulos, á otras atormentadas de melancolías, y á otras también, que engañadas, ó con ignorancia ó con

error, habían perdido el verdadero camino del espíritu. Enseñó el de la contemplación á muchas almas, y en todas las que le trataban era admirable el fruto que hacía.

Relata Fr. Jerónimo varios casos en que mostró Fr. Juan el singular poderío que tuvo sobre los demonios y la luz particular para conocer y discernir espíritus. En ese relato, huelga decirlo, campean la nobleza y gallardía del estilo, cualidades que lucen sobremanera, al referir el suceso en que Fr. Juan trató de reducir á una mujer que fué á tentarle contra la honestidad. "Alzó á Dios los ojos—dice el biógrafo carmelita—y el corazón el humilde Padre, colgándose de los pechos de su divina Providencia, sabiendo que nadie es continente si Dios no da el serlo (Sab. VIII, 21), y que faltando su mano, no hay, constancia aún en los montes y cedros más robustos. Tuvo en esta ocasión propicio al Señor (que este es el fruto de haberlo antes granjeado, y así pudo con su ayuda salir victorioso de esta batalla, quedando no solo libre él del peligro, sino reducida también por su medio la mujer. Armado, pues, con una valerosa constancia y ardiente celo de la gloria de Dios y del provecho de aquella alma, comenzó á reducirla.

"Para lo cual fulminaba razones y flechaba palabras, impelido del afecto interior el fervoroso Padre, deseando encender aquella alma en el amor de Dios. Para lo cual, ¿qué perfección, qué atributo, qué efecto, qué beneficio divino no le propuso y representó infinitamente amable? Y después de haberla atraído con lo dulce y amoroso que hay en Dios, revolvió con lo terrible de la Divina justicia para atemorizarla con su castigo, en cuya ponderación no dejó ira, horror, ni llama que no fulminase sobre aquel corazón, desmenuzándolo entre asombros. (1) Temblaron, sin duda, al trueno y majestad de su voz, no solamente la triste mujer, que ya temía se la tragase viva la tierra, sino también los demonios, que venían armados con su figura. Y así, dejándola ellos del todo libre, pudo volver en sí, y bañada en lágrimas, y cubierta de su antigua vergüenza, se arrojó á los pies del varón santo, pidiéndole perdón y que se le alcanzase de Dios, y reconciliase con él, dándole la penitencia que quisiese. Consolóla el piadoso Padre, y confirmándola en su ya buen propósito, la despidió para que se volviese á su casa, saliendo de la del siervo de Dios hecha un ángel la que había entrado poco antes un demonio." (2)

En la visita que hizo San Juan de la Cruz al convento de la villa de Veas, después de haber salido libre de la cárcel, gracias á la protección de la Virgen, hizo el relato, saboreándose con singular gusto en él, de los dolores y persecuciones que había sufrido, y

(1) Valientes expresiones, notables por su belleza literaria, que reflejan el calor y vehemencia de los afectos que abrigaba el pecho, caldeado todo en amor divino, de San Juan de la Cruz.

(2) Cap. IX.

como oyese después una letrilla en loor de los trabajos que una religiosa cantó por orden de la priora, que lo era á la sazón la venerable Ana de Jesús, tuvo allí un admirable éxtasis, el cual refiere y celebra Fr. Jerónimo con imponderable elocuencia y brío. ¡Y cómo ese relato adquiere singular realce y brillo con tales resplandores de doctrina y gracias de estilo! „ A estos ecos—dice el clásico biógrafo—aquella bendita alma, enamorada de los trabajos y penas, de tal manera se suspendió, que comenzó á desamparar los sentidos, y aunque previniéndolo, hizo señal á la Religiosa (por no poder ya hablar), para que cesase, nada bastó, porque la moción fué tan eficaz, que asiéndose con ambas manos de la reja para que el cuerpo no se levantase en alto, asido en ella se quedó en éxtasis por espacio de una hora... Admiraron todas (las religiosas) no tanto el efecto, como su causa; porque suspenderse el alma cuando Dios se le descubre, cuando le revela sus secretos, cuando le hace plato de los bienes de la gloria, es ordinario; pero que oyendo la voz de penas y de trabajos, de cuyos ecos nuestro natural tanto se asusta, se alboroce el corazón, y por alcanzarlos el alma se eleve y lleve tras sí el cuerpo, que la agrava, si no es de este insigne amador de la Cruz Juan, ni lo habemos visto ni leído. A San Agustín sacó lágrimas la suave melodía del canto y voces de la Iglesia; á Saul suspendió el harpa de David; á Eliseo disponía la música para profetizar: toda esa armonía era de dulzura y aun no arrebatava del todo á sus oyentes; pero consonancia de trabajos cuyo solo eco amarga los oídos, suspender dulcemente una alma, gran fuerza es de amor al padecer. Séame lícito, oh lector, exclamar aquí con San Bernardo (hablando del esfuerzo de San Andrés) y preguntar: ¿Quién es éste que al sonido de los trabajos se alborozaba? Es hombre? ó por ventura ángel? ó alguna nueva criatura, pues tan nuevos y celestiales son sus sentimientos? Pero hombre es, sin duda, pasible y semejante á nosotros, que los mismos trabajos padecidos con cuya memoria se alegra, lo demuestran.,

Enaltece, como es debido, Fr. Jerónimo el modo como San Juan de la Cruz gobernó el escondido convento del Calvario allá en Andalucía. “Lo primero que hizo en su gobierno, dice, fué ajustar con su ejemplo la doctrina, y con su doctrina y ejemplo la vida solitaria de aquella santa Casa. Son los estribos de la vida eremítica la penitencia y oración; su adorno el silencio; su guarda el retiro; su empresa propia la unión con Dios.... Delante de todos como capitán y guía iba el prelado, que como venía tan hecho al padecer y curtido de los trabajos, todos los de aquella asperísima vida tenía por alivio... No consentía que aun padeciendo necesidad, saliesen á pedir limosna por los lugares comarcanos. No tentaba á Dios el religiosísimo Padre en este grande olvido de lo temporal, antes solicitaba su misericordia con esta confianza. Teniendo á aquellos súbditos por verdaderos hijos de Dios, no hallaba en sus patern-

les entrañas lugar donde cupiese el olvido. En todas las partes donde estuvo dejó doctrina de esta virtud, y sentía mucho si algunos religiosos no la abrazaban con todas veras. Decía que el desconfiado era parecido al infiel, y que rarísimas veces se menoscaba la esperanza sin menoscabo de la fé.,

Faltó un día pan en el convento, no obstante mandó San Juan que toda la Comunidad acudiera al refectorio, y allí platicó tan ferrosamente sobre el mérito del padecer, que los religiosos, sin comer bocado, se levantaron de la mesa satisfechos y dieron gracias al Señor lo mismo que si hubieran comido. Acertó luego á llegar á la portería un hombre que traía una carga de mantenimiento con una carta. Leída ésta, comenzó el piadosísimo Vicario á derramar copiosas lágrimas, lo mismo que si hubiera recibido una triste nueva. Sobre esas lágrimas, tan insólitas para casos tales en la vida humana, discurre bellamente Fr. Jerónimo y precisa con gallardía suma todo el mérito y valía de ellas. “Confieso—dice—que quisiera detener aquí la corriente de la historia, y traspasando sus leyes ponderar estas lágrimas, porque como el hermano Fr. Brocardo, (1) y ya más que él admirado (pues sé la causa de ellas), me viene deseo de preguntar al Beato Padre, ¿por qué llora? Llorar porque le socorre Dios una necesidad? Porque le saca de un aprieto? Porque le quita el padecer? Porque muestra para con él su tierna providencia? Por eso mismo. ¿Hánse visto lágrimas por causa semejante? Lloran los mundanos la desgracia ó mengua temporal; los buenos, el haber ofendido á Dios; los espirituales, sus imperfecciones; los más perfectos, el no gozar y ver la hermosura divina; pero ¿llorar por no tener que padecer? Lágrimas porque se remedian penas? Extraña manera de tristeza, y rara fuerza de amor divino. ¡Qué bien conocía este varón santo el incomparable valor de los trabajos, pues siente su pérdida como la de un gran tesoro! Llore, pues, el mundo lo que quisiere, que á mí las lágrimas de este fuerte amador de Dios, no sólo me admiran, pero me animan á padecer por el mismo Dios.,” (2)

Sólo dos amores señoreaban el espíritu de San Juan de la Cruz, *Padecer por Dios y ser menospreciado por Él*, como él mismo así respondió al Señor en Segovia al preguntarle su Majestad: *¿Qué premio quieres por lo que por mí has hecho y padecido?* “Oh fuerte y rara petición!—exclama elocuentemente su biógrafo—¡Oh pecho valeroso! Quién oyó jamás á tal ofrecimiento y promesa semejante petición? Pide Moisés ver la clara faz de Dios. La Samaritana, el agua de vida eterna. Felipe, que le muestre al Padre. Las primeras sillas, Juan y Diego. Pedro la gloria del Tabor. Pablo ser libre de un molesto espíritu. El Angélico Tomás, al mismo Señor,

(1) Era el hermano portero.

(2) Cap. XI.

y nuestra gloriosa Madre Santa Teresa, morir ó padecer; pero nuestro santo Padre con singular y valeroso espíritu, ni pide gloria ni busca descanso, ni admite opción de trabajo ó muerte, sino que resueltamente pide trabajos y desprecios, y esto por medio de trabajos y desprecios.» (1)

Después de haber referido la muerte de San Juan de la Cruz, hace Fr. Jerónimo el retrato de tan esclarecido varón con pincel franco y valiente y mucha elegancia y gravedad á un mismo tiempo, afectando más bien la brevedad y sencillez que una redundante cultura. Resulta la pintura viva y enérgica, llena de frescura y colorido, por extremo simpática y halagadora, y que si mueve á amar al extático Carmelita, no menos despierta el cariño hacia el que con diestro y regalado pincel la trazara. “Era nuestro Beato Padre— dice Fr. Jerónimo—de estatura entre mediana y pequeña, bien trabado y proporcionado el cuerpo, aunque flaco por la mucha y rigurosa penitencia que hacía. El rostro de color trigueño, algo macilento, más redondo que largo, calva venerable, con un poco de cabello delante. La frente ancha y espaciosa, los ojos negros con mirar suave, cejas bien distintas y formadas, nariz igual que tiraba un poco á aguileña, la boca y labios como todo lo demás del rostro y cuerpo en debida proporción. Era todo su aspecto grave, apacible, y sobremanera modesto, en tanto grado que sola su presencia componía á los que le miraban, y representaba en el semblante una cierta vislumbre de soberanía celestial, que movía á venerarle y amarle juntamente. Así acabó aquel gran Descalzo; aquel que dió principio á nuestra Reforma; aquel Doctor místico por ilustración del cielo y experiencia de divinos favores; aquel que encaminó innumerables almas á Dios con su doctrina y ejemplo y todavía encamina; aquel inmaculado en la vida ilustrado, del cielo, tremendo á los demonios, amable á los ángeles y tiernísimamente amado de Cristo y de su madre.”

Pluguiera al cielo que yo hubiera acertado en la realización de mi intento. Sólo sé, que, ayudando Dios, he procurado estudiar con amoroso empeño la fisonomía moral y literaria de Fr. Jerónimo de San José y examinar minuciosamente sus dos principales producciones que le conquistaron un puesto de honor en la Historia de nuestras letras. Cuando otra cosa no haya conseguido, siempre habrá recibido luz y deleite mi espíritu en comunicar con el de tan ilustre sabio; siempre habrá experimentado gratas consolaciones que no olvidaré mientras viva.

De lamentar es que no sean más conocidos en España aquellos escritos, principalmente el *Genio de la Historia*, y que nuestros tratadistas de Historia literaria no celebren á ellos y á su autor con las frases que unos y otro se merecen. ¡Loor al sabio Menén-

(1) Cap. XVI.

dez que encareció el valor de aquella joya literaria!—me place el repetirlo.—Holgárame mucho—sea mi última frase—haber dado ocasión á que otros escritores de mayores luces que las que atesora mi pobre ingenio, se dedicaran á honrar la memoria no tan enaltecida, como debiera serlo, del insigne Carmelita, gloria del solar aragonés, y de tantos otros varones, dignos de ser celebrados por su intelectual grandeza, que no por ser menos conocidos, dejan de reflejar vivos resplandores sobre la por tantos títulos ilustre y veneranda patria española.

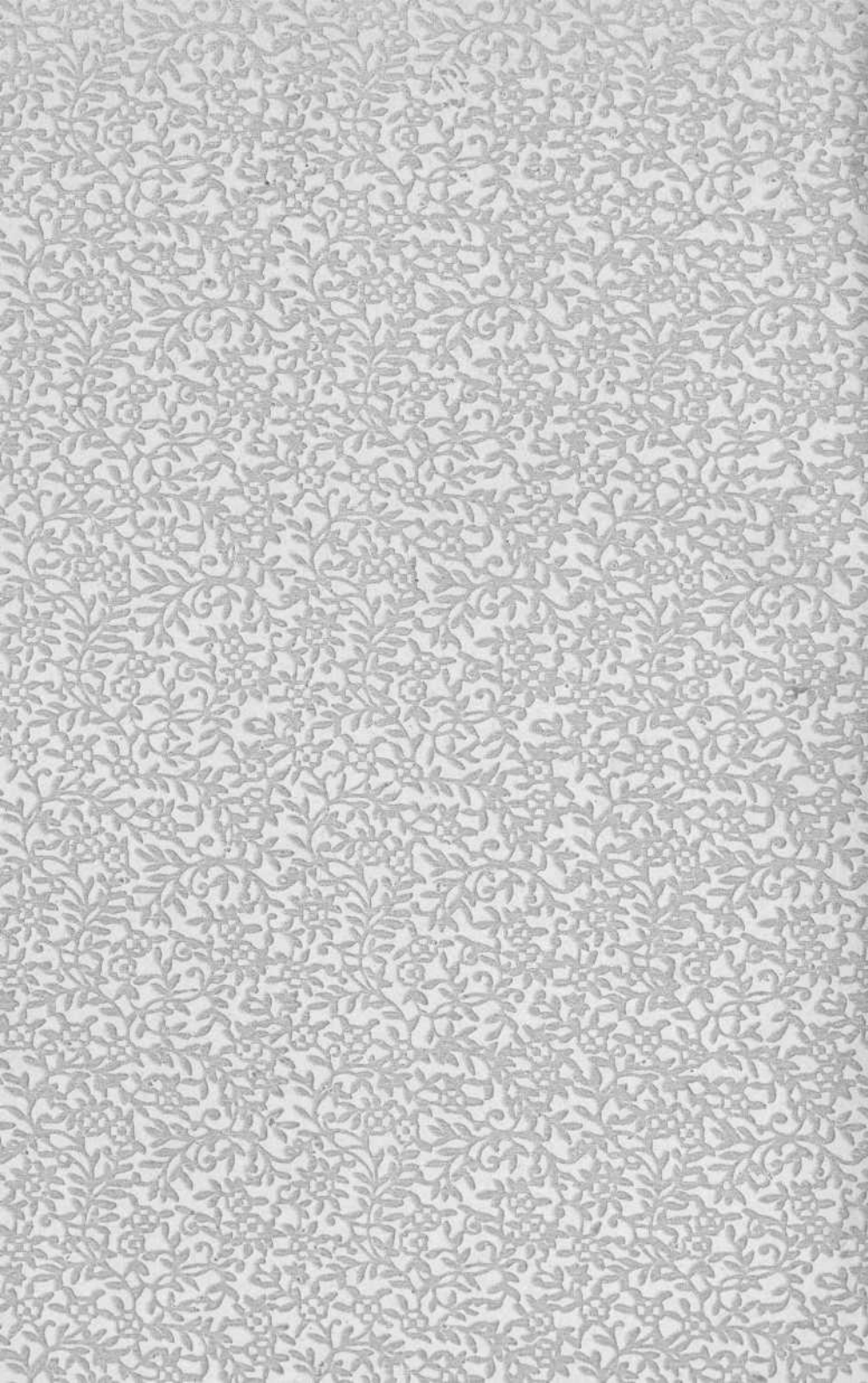
FIN

ERRATAS NOTABLES

PÁGS	LINEAS	DICE	DEBE DECIR
4	9	te asientas	«te asientas
»	21	conservación!	conservación!»
5	25	obras:	obras;
9	34	heroísmo,	heroismos;
10	35	sería	serían
13	5	proceptos	preceptos
18	20	repito,	digo,
20	18	por	pero
34	16	causa	cansa
35	2	aquel	«aquél
39	29	misterio	misterios
42	9	por que	porque
45	21	trataba	trata
50	2	armonizados	harmonizarlos
53	32	o'vida de	olvida la de
56	33	digno	dignos
61	13	fuera	fuere
62	30-31	dignidad» lo	dignidad». Lo
68	5	vilmente	útilmente
»	36	calificó	califica
72	13	edad	edad».
78	10	centro	cetno
»	18	arredrado	«arredrado
80	33	sexo	seso
81	41	á	de
82	23	le	lo
»	58	vigilia	vigilia»
84	10	de sustento	sustento
«	12	misticio	misticismo
86	22	los altos	lo alto
88	3	hacía.	hacía»

ERRATA NOTABLES

Page	Line	Original	Correction
1	1
2	3
3	5
4	7
5	9
6	11
7	13
8	15
9	17
10	19
11	21
12	23
13	25
14	27
15	29
16	31
17	33
18	35
19	37
20	39
21	41
22	43
23	45
24	47
25	49
26	51
27	53
28	55
29	57
30	59
31	61
32	63
33	65
34	67
35	69
36	71
37	73
38	75
39	77
40	79
41	81
42	83
43	85
44	87
45	89
46	91
47	93
48	95
49	97
50	99



MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN X

Libros escritos sobre Carmelitas de la Reforma Teresiana.

Número.....	863	Precio de la obra..... Ptas.....
Estante.....	6	Precio de adquisición. »
Tabla.....	3	Valoración actual..... »

8

